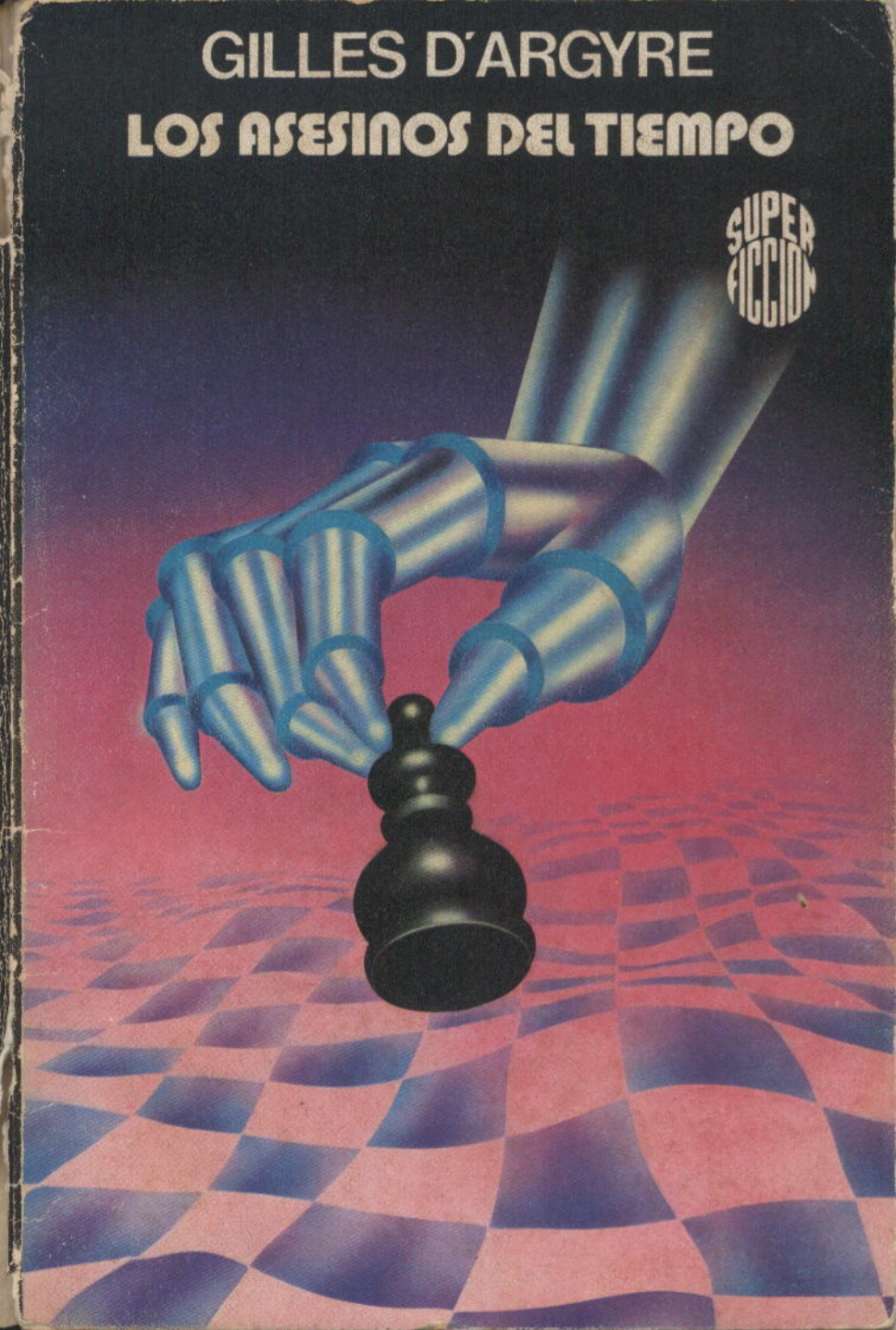
GILLES D'ARGYRE

LOS ASESINOS DEL TIEMPO

SUPER FICCION



Gilles D'Argyre

Los asesinos del tiempo

Ediciones Martínez Roca, S. A.

Título original: Les tueurs de temps Traducción de Alexandre Ferrer

© 1974, Editions Robert Laffont, S. A.

© 1976, Ediciones Martínez Roca, S. A.

Avda. José Antonio, 774, 7.°, Barcelona-13

ISBN: 84-270-0196-7

Depósito legal: B. 39.914 - 1976

Impreso en Romanyá/Valls, Capelladas, Barcelona

Impreso en España — Prínted in Spain

Gilles D'Argyre y su obra

Creo haber conocido bien al vizconde d'Argyre, por lo menos tanto como puede conocérsele, es decir, muy poco. Era un hombre extraño y seductor, reservado y afable. Frecuentemente he envidiado esa genial desenvoltura con la que atraía a las mujeres, sin que ninguna de ellas llegara a tener la menor idea de la multiplicidad de sus conquistas. A decir verdad, no tenía nada de conquistador, y en cualquier cosa que emprendiese parecía que hubiera olvidado por completo el pasado. Podríamos decir que era amnésico si no hubiera demostrado tanta fidelidad al presente. Su desaparición estuvo de acuerdo con su forma de ser. Permitidme rendir aquí una especie de homenaje al hombre que tanto me ayudó y del que tanto he aprendido.

Jamás supe si su título era auténtico, y su origen siempre será un misterio para mí. A veces, riendo, decía que al contrario de tantos seres que deben su nombre al pasado, él había recibido el suyo del futuro. Incluso llegué a soñar que gozaba de una ascendencia invertida, es decir, que en sus cinco novelas había descrito, sin duda embelleciéndola, su propia crónica familiar. Sabemos que en la cartografía oficial de Marte existe un paraje llamado Argyre, a 50° de latitud Sur y cerca del meridiano 40. Además, arguros significa «plata» en griego.

Era un hombre generoso, aunque cuando nos conocimos, en la calle de Saint-Guillaume, no aparentaba ser más rico que yo, por ejemplo. Por tanto, tras testimoniarme una admiración que me turbó y que ocultaba apenas una cierta ironía, se propuso remediar mi falta de dinero escribiendo algunas obras, sin ninguna importancia según él, y cuyo producto sería totalmente para mí. Qué lejos me hallaba de imaginar la colosal fortuna que me reportaría, digna de un Montecristo, y que a partir de entonces me ha permitido dedicarme a la investigación socioeconómica, mi pasatiempo favorito, sin la menor preocupación material. Su objeto, según él, era el de ayudarme a escribir prestándome su pluma. Y aunque, fiel a su voluntad, no he dejado de hacerlo, temo que mi escaso talento haya decepcionado sus esperanzas. No diré que él me viera en la Academia, pero seguramente esperaba de mí un alto destino. Fue el único error que le vi cometer.

Aunque también me inclino a creer que en sus preocupaciones de mecenas, hoy día tan insólitas, su propósito era muy distinto. Como muy bien ha hecho notar Jacques Goimard, Argyre no era ajeno a una cierta inquietud pedagógica. En las conversaciones que sostuvimos, declaraba apasionadamente que un gran país no debe carecer de una imagen del porvenir, y deploraba que la literatura de ciencia-ficción, que a su entender debía contribuir a la formación de esta imagen, fuese importada casi totalmente de América; y no porque menospreciase las obras anglosajonas, al contrario, y prueba de ello es que me obligó a estudiar el inglés para que pudiera descubrirlas en su propia lengua. Lo que ocurría es que él pensaba que tal literatura sólo podía encontrar amplia audiencia si correspondía, aunque fuese insuficientemente, a las preocupaciones, a la tradición y a la cultura de sus lectores; que no era bueno ni posible que un futuro de inspiración extranjera, nacido en otra sociedad, sin otra problemática económica y política, fuese injertado en bloque sobre el tronco europeo. Creía en el diálogo con los autores anglosajones, y en particular los americanos, pero no se identificaba con ellos. Recuerdo que al principio de los años sesenta, en nuestras conversaciones me hacía constar que si América estaba tan obsesionada en proyectar al más lejano futuro sus estructuras e incluso sus vicios sociales, en el fondo era porque no creía en su propio porvenir, y que lo más probable es que no lo tuviera, al menos en las formas conocidas. Opinión que entonces me pareció muy osada y demasiado paradójica para ser algo más que un exabrupto. Pero el mar de fondo que ha agitado y todavía sigue convulsionando a América da una nueva luz a esta teoría y la convierte en algo profético; tanto más por cuanto la mayoría de las obras de ciencia-ficción anglosajonas a partir de finales del decenio de los sesenta manifiestan, no sin delectación, que el futuro es la ausencia de porvenir.

Por eso, Gilles d'Argyre soñaba con reimplantar en nuestro continente una literatura de anticipación fuerte y original, y para hacerlo quería predicar con el ejemplo dirigiéndose con toda modestia al público que le parecía más prometedor y popular, y sin la menor duda, también el más joven. Luego, ya lanzado este primer impulso, Gilles d'Argyre cesó de escribir y desapareció de la escena, pues no era hombre capaz de incrustarse y perseguir una ambición personal más allá de su objetivo.

Hoy, a falta del hombre nos queda su obra, aunque muy breve. Es útil descomponerla en dos partes. Los tres primeros títulos forman una historia continua, la saga de los D'Argyre, que se desarrolla en un porvenir relativamente próximo y describe el destino de tres generaciones de la familia D'Argyre sobre un fondo de proezas tecnológicas.

Los dos últimos títulos son muy autónomos en relación a la saga de los D'Argyre, a pesar de que aparecen como una prolongación de la misma. Podemos preguntarnos si Se proponía escribir una historia del futuro al estilo de las de Robert Heinlein y Michel Demuth.

El cetro del azar y Los asesinos del tiempo constituyen los puntos más avanzados de esta exploración del porvenir. Avanzados, pero muy distantes uno del otro. El cetro transcurre en el siglo xxv, y por lo tanto se sitúa en un porvenir relativamente próximo, histórico. Es en un futuro mucho más lejano, en realidad mitológico, donde se sitúa Los asesinos, cuya acción empieza en el año 27937, y no es seguro que se trate de nuestra era. En una forma mucho más desmelenada que en sus anteriores obras, D'Argyre juega

con el tiempo y el espacio, y no le falta razón a Jacques Goimard, al descubrir en ella un rastro de van vogtismo que contrasta con el realismo, a veces fríamente científico, del resto de sus obras.

De todos modos, ante el crítico, El cetro del azar y Los asesinos del tiempo presentan más de un signo de complementariedad o de similitud. Desde un punto de vista psicoanalítico, que no recusaría el creador de Franz d'Argyre, es interesante considerar El cetro como una novela de la madre, mientras Los asesinos es evidentemente la de la imagen paterna, primero admirada, exaltada, y luego destruida. El orden en que los libros fueron escritos y editados, orden inverso del que presentan en esta colección, también está lleno de sentido: la novela del padre precede a la de la madre, lo que evidentemente es lo contrario de la secuencia de las experiencias del niño. Podría por tanto tratarse de una exploración inversa, regresiva, del pasado subjetivo. Vale la pena detenernos sobre esto.

En El cetro, ya desde el principio, la madre de Ingmar Langdon es, en cierta forma, temida por él. Y pese a que parezca ausente del conjunto de la acción, se descubre al fin que es ella quien ha manejado los hilos, o al menos algunos de ellos. Desde el nacimento de Ingmar, tiende a organizar su vida, a buscarle una esposa, a conferirle un poder, el poder. Pero al mismo tiempo, este poder que pretende asignarle, se lo roba al imponérselo, negándole la oportunidad de conquistarlo por sí mismo y, sobre todo, manteniendo en secreto las maquinaciones mediante las cuales espera conferírselo. En tanto que hijo-juguete de su ambiciosa madre, Ingmar Langdon es ajeno a su destino. Por eso, en la ausencia, es un retrato de madre abusiva, castradora, el que nos hace el autor. Y como por azar, este esquema coincide con el de una sociedad cuyo poder es transmitido por la suerte, es decir, sin adquirir la experiencia de la realidad, de la adversidad. Langdon realiza a su nivel la experiencia de una castración —la del poder político— que ha sido perpetrada a gran escala en toda una sociedad. En cierto sentido, el silencio que se guarda en la novela sobre los responsables del asesinato del estocastócrata Devon, predecesor de Langdon, es significativo: es el asesinato del padre como mito. Y el difícil aprendizaje de la independencia por parte de Langdon pasa por la misma amenaza, y por la frustración, en principio involuntaria, inocente, de las intrigas de su madre. Otros símbolos coinciden en el mismo sentido: por ejemplo el deslizador-capullo en que vive Langdon, quien al principio presenta signos de inmadurez afectiva. Está perfectamente claro que, en este refugio aéreo, Langdon ha encontrado asilo contra las iniciativas —principalmente matrimoniales— de su madre, pero todavía es más claro que se trata de una matriz simbólica. Los escasos datos que se nos facilitan sobre su relación con su exesposa Herbie, también nos hace pensar que ésta era tan inmadura como él, y es únicamente al final de su experiencia liberadora cuando Langdon podrá encarar, aunque en otra forma, el reanudar aquella relación.

El paralelismo entre el papel de la madre de Langdon y el de Sandra Devon es igualmente sorprendente. Una y otra ejercen una influencia indirecta, oculta, pero real sobre el destino de Ingmar, aunque la de la madre nos parece negativa y la de Sandra positiva. Si tenemos esto en cuenta, comprenderemos mejor el hecho de que el libro no concluya con un happy end entre Langdon y Sandra: al casarse con ella, como tal vez era de esperar, Langdon regresaría a una situación a la que toda su evolución le obliga a renunciar. Intuición o habilidad del autor, la frustración final de Ingmar Langdon al no recibir el premio acostumbrado a las aventuras del héroe, es la única conclusión posible y satisfactoria de su experiencia, la que le abre por fin la libertad conseguida. El sacrificio de Ora es igualmente significativo: sólo porque Langdon ha aceptado servirse de una mujer, puede dejar de ser el juguete de otra, por doloroso que esto sea. De este modo descubre en el dolor el precio de la entrega, y a través del sacrificio de Ora la existencia de otra mujer. Como puede verse nos hallamos muy lejos de los estereotipos sentimentales, o más bien sentimentaloides de la novela popular. Desde una perspectiva dialéctica, hay que tener en cuenta que el papel de Clara, la madre de Langdon, es menos negativo de lo que parece a simple vista. En efecto, es su sed de poder lo que en principio bloquea la Máquina del Azar y luego permite su subversión. Es ella quien concentra los factores de la crisis que desencadenarán el desbloqueo de la Historia. Su jugada (trucada) aniquila por completo el reinado del azar. Subrayemos por último, que

son los poderes psíquicos —las capacidades telecinéticas de Ora y del Jugador— los que en el margen pesan en favor de este bloqueo-desbloqueo de la Historia, poderes del inconsciente, poderes que en su esencia son comparables a aquellos de que se cree dotado el niño. La movilización de estos vestigios es indispensable para la organización de una nueva economía «libidinal», como diría Boris Eyzikmann.

Así pues, si El cetro es la novela de la madre-destino, ausente, todopoderosa y quizá malvada, Los asesinos del tiempo es, evidentemente, la novela del padre-mito. Vemos ante todo a los tripulantes del navio proyectado a un lejano pasado, en cierto modo tragados por Cronos, el padre devorador por excelencia, a quien deben matar (el título de la obra es suficientemente explícito) para vivir. Asesinato simbólico que perseguirá, aunque realmente no lo perpetre, Varun Shangrin, héroe dominador, figura paternal casi estereotipada. La novela nos ilustrará en principio de su precedencia para establecerlo después en el ámbito de la pasión y la obstinación, antes de sacar esta conclusión: la caducidad. Es obligado establecer un paralelo entre Shangrin y el personaje mítico de Moisés. Como éste, acaudilla un pueblo de emigrantes; como él, es a la vez jefe guerrero y comerciante; como él, no llegará a pisar la tierra prometida porque ha pecado, es decir, ha concluido un pacto circunstancial con el enemigo, aquí el Runi, o sea el pagano, la entidad de las Runas, a la vez indescifrable (como las Runas) y extranjera; como él, en fin, mantiene relaciones ambiguas con la ley que ha promulgado, quebrantándola para acatarla por último hasta el sacrificio personal en su más íntima motivación: la lealtad, la observancia del pacto secreto.

Shangrin es el personaje histórico por excelencia, el fundador de imperios en oposición al cual se definen Smirno, el hombre del conocimiento abstracto, ineficaz, el sacerdote en cierto modo, y Gregori, su segundo, el hijo espiritual, el discípulo. No tiene nada de extraño que alrededor de esta trilogía no quede demasiado lugar para una mujer, y que Norma Shandi, «novia» de Gregori, aparezca antes como una pálida convención que como un ser real. Al lado de Shangrin, el mismo Gregori parece inconsistente, al menos hasta que es investido por la ley, una ley en cierto modo trascendente, que le designa contra su voluntad y que le obliga a desafiar al padre simbólico, Shangrin, o al menos a constatar su derrota. Y hay que subrayar esta sutileza en lo que vale: no es Gregori quien vence a Shangrin, sino la realidad y sólo ella. Por tanto, no se le permite enorgullecerse de su acción. Es a este precio —el descubrimiento de la fragilidad, de la debilidad— que se le concederá, tanto a él como a los suyos, el franquear el abismo del tiempo, el dominar a Cronos aunque sólo sea provisionalmente. Según la definición orgullosa de la última frase del libro, «en el universo sin límites, la humanidad puede hacer su aparición».

Nos queda descifrar al Runi, este extraterrestre, o mejor dicho, este no-humano en una novela donde significativamente jamás aparece la Tierra, el planeta madre. El lector no familiarizado con el psicoanálisis quizá se sorprenda de la significación que le encuentra, pero es muy exactamente el fantasma del pene de la madre. La misma descripción del Runi nos lo indica: «Un cangrejo velludo. Una especie de caparazón color naranja le protegía una parte del sistema nervioso, partiendo de un cilindro forrado de piel... El Runi podía estirarse hasta alcanzar una longitud superior a los cuatro metros o comprimirse hasta encajar sus anillos en menos de un metro». Este incongruente conjunto es fácil de analizar. Por un lado, el cangrejo, animal marino, o símbolo del agua, y ya se sabe que la asociación entre mar y madre es mucho más que un simple juego de palabras. Este ser se halla equipado de apéndices que «parecían instrumentos quirúrgicos», lo que evoca la imagen de la vagina castradora. Además, este cilindro eréctil está envuelto en pieles. Durante toda la acción, el Runi constituye un misterio, pero sin que esto le impida poseer una ciencia inconmensurable, aun sin tener origen definido, y ejercer sobre el tiempo y el espacio un poder aparentemente ilimitado y consubstancial a los mismos; es prácticamente de esta forma como el niño se representa, o mejor dicho, presiente a su madre.

Durante toda la obra, Shangrin y el Runi aparecen indisolublemente unidos: han hecho un pacto dejando fuera del mismo incluso a Gregori, y un aspecto de este pacto reside en un juego, el ajedrez, en el que curiosamente Gregori no parece interesarse. Lo

sorprendente es que por ninguna parte se alude a ninguna partida de ajedrez entre Shangrin y su segundo, a pesar de que la simple lógica lo reclama. Pero no, el juego de ajedrez es un asunto privado entre el Runi y Shangrin, y se desenvuelve siempre en un espacio cerrado, la cabina del capitán, o bien, al final, en la cúpula esférica de la cámara de navegación, que reproduce al universo. Resulta sugestivo ver en esto la representación de otro juego no menos secreto y conflictivo para el niño. Asimismo, a todo lo largo de la narración, Gregori siente respecto al Runi una mezcla de fascinación y repulsión. Por lo menos dos veces acude al lugar del acto a suplicar a Shangrin que se separe del Runi. Y las dos veces esperará anhelante y quizás aterrorizado en el umbral de la puerta a que el juego prosiga y termine. A sus ojos y en los mismos términos del relato, la salvación de Shangrin y de sus subordinados —traduzcamos: de sus hijos— sólo puede obtenerse a costa de repudiar al Runi.

El apego de Shangrin al Runi nos parece más pasional que racional. Le impele a la decisión de sacrificar a quienes le han sido confiados, al mantenimiento de esta relación, que Gregori teme en el fondo atacar aunque lo desee y contra la cual sólo se decide a intervenir bajo coacción. Estoy tentado a decir que ante sus horrorizados ojos se enfrentan a través de toda la obra el falo paterno de Shangrin y el Runi pene-materno fantasmático, y que sólo puede restablecerse el orden por la imposible derrota de este último. Derrota que únicamente puede ocurrir al final de un combate que agota hasta la muerte las fuerzas de Shangrin, y que como ya hemos indicado es la condición indispensable para la ascensión a la humanidad. Verdaderamente Shangrin es un padre fuerte —la insistencia sobre este punto es característica—, pero resulta casi impotente contra una fuerza más antigua, más universal, y también más secreta: la de la madre, tanto más invencible por cuanto su representación permanece arcaica y no quiere admitir a la humanidad.

Así, por medio de esta explicación, vemos reaparecer una estructura que ya hemos encontrado —o que aparecerá en El cetro, obra posterior— fundada sobre el personaje de la madre omnipotente, manipuladora; mala porque impide el acceso a la autonomía, y buena en la medida en que sin ella la búsqueda de la independencia resultaría imposible. Pero mientras en Los asesinos el padre no muere hasta el final, y asume personalmente lo esencial del ambiguo combate contra la matriz original, en El cetro ya está muerto desde el principio, si aceptamos ver en el estocastócrata Devon una figura dé padre. Resulta, por lo tanto, que el personaje de Langdon es mucho más completo y, lógicamente, mucho más interesante que el de Gregori. El cetro no es una repetición de Los asesinos, pero es el testimonio de una evolución: de lo mítico se pasa a lo político, del sueño a la realidad.

En Los asesinos, el poder de los Runi es indescriptible incluso para los seres más avanzados del más lejano futuro, mientras que en El cetro el reino de la suerte no es imprescriptible, puede ser abolido. La guerra eterna como juego en Los asesinos, tiene vertientes de psicosis insuperable, mientras que la neurosis de Langdon en El cetro puede ser corregida.

Es muy difícil (y sin duda sería indiscreto) decidir si Gilíes d'Argyre ha introducido conscientemente tales recursos en su obra con el fin de poder burlarse in petto de los esfuerzos de eventuales críticos apasionados por el análisis (entre los cuales me cuento), o si su historia personal le ha conducido sin saberlo a introducir en sus novelas la estructura de una «novela familiar». Tengo muchos motivos para creer que tenía un sentido del humor bastante particular, más bien perverso, para dar cuerpo de tal manera a las narraciones más simples en apariencia. Además disponía, y puedo atestiguarlo, de una buena cultura en psicoanálisis, con lo que podía permitirse tales juegos. En su biografía no conocemos nada que pueda hacernos pensar que su personalidad llevase huellas de antiguos conflictos que hubiesen dejado tales rastros. Su infancia, por lo poco que contaba, fue tranquila y feliz. En resumen, lo que aquí nos interesa, como es tradición en tales investigaciones, es la obra tal como la tenemos y no el hombre, al que no se puede aprehender en su particularidad.

Un indicio que apunta en favor de una conciencia en tal sentido en su obra, al menos parcialmente, reside en una aparente debilidad que según ciertos lectores meticulosos desmerece el final de Los asesinos del tiempo. En efecto, Shangrin resuelve el conflicto base de toda la obra venciendo al Runi al ajedrez, pero haciendo trampas. Y todo el mundo sabe que es absurdo e imposible hacer trampas al ajedrez. Gilíes d'Argyre, que era un mediano jugador y me ganó todas nuestras partidas, no podía ignorar tal cosa. Lo que ocurre es que esta trampa esencial es una especie de firma. Sería abusivo ver aquí una salida fácil cuando todo el libro lleva la marca de un constructor meticuloso. Si Shangrin hace trampa —o al menos, dice a Gregori que la ha hecho— no es sólo porque no tenga otro modo de vencer al Runi —lo que sería pueril—, sino porque es el engaño en sí lo que vence al Runi. Se ha dicho que el Runi, por constitución, no puede engañar, lo mismo que la realidad no se engaña a sí misma. Trampeando en el momento en que va a perder, pues, Shangrin demuestra su superioridad trastornando las reglas del juego, situándose fuera del mismo, pero mediante él. Lógicamente al Runi sólo le queda la huida, como al demonio de los cuentos fantásticos, que ve cómo se le escapa un alma en el último minuto, tras un arrepentimiento tan eficaz como tardío. El Runi se ha encontrado ante algo que le horroriza, que le vence: la capacidad de faltar a las reglas aceptadas, la ruptura, el subterfugio. Pero Shangrin, que con esto se ha negado a sí mismo, no puede explotar la victoria ni seguir viviendo. Su trampa es la expresión de un sacrificio supremo, el de los valores a los que ha consagrado su vida, la confesión de su fracaso personal, si es en la confesión donde encuentra la ocasión de su victoria. El sentido es claro: la lógica no basta. No se triunfa de la realidad, de la madre mítica, observando las reglas que ella impone, sino apartándose de ellas, aunque sea en grado insignificante. El hombre es un animal que no se conforma con ser engañado, pero que hace trampas —principalmente con la muerte— y que lo sabe.

Seré mucho más breve sobre las implicaciones sociológicas de las dos obras, por el hecho de que son mucho más evidentes. Es curioso constatar que El cetro del azar, escrito en noviembre de 1962, al regreso de una estancia en Argelia, apareció en julio del 68, al día siguiente de los acontecimientos de todos conocidos. Así pues, los Indignos, esos parias de la sociedad del Cetro, representan a los marginados esperando su momento. Por superficial que sea, el análisis político tiene un algo extrañamente sesentaiochesco. En la cúspide de la jerarquía social, muy simplificada, de la sociedad estocastocrática viven con todo lujo los elegidos de una sociedad de consumo. Pero, aunque los mismos beneficiarios lo ignoren, este lujo sólo es posible por la existencia de un doble proletariado de robots y de productos instalados entre los Indignos, y por lo tanto excluidos del mismo. La institución del poder está directamente derivada de los sondeos de opinión, convertidos ya en sistema. Y el uso del azar en la decisión ya es el colmo en la intercambiabilidad de los hombres, que parece ser el fin último del capitalismo: remitirse al azar, es decidir la total equivalencia de los individuos, con el ineludible corolario de su banalización, de la desaparición de sus valores. Y ésta es la razón por la cual Langdon busca en el pasado vestigios de estos valores; a causa de esta preocupación y a pesar de no ser un hombre providencial, es quizás el único que puede solucionar la crisis del régimen estocastocrático. Ingmar Langdon en sus comienzos es objetivamente un reaccionario, aunque lo sea de una especie pasiva y timorata; pero al ser también el único que ha conservado y amado el recuerdo de una historia, de un pasado, es el único que en su momento puede concebir y llevar a término su subversión. Siente que se ha perdido algo: los acontecimientos se encargarán brutalmente de hacerle conocer el qué. Puede ser característico del grupo social al que pertenece Gilles d'Argyre, el hecho de que no cuente en ningún momento a la masa de los Indignos como fuerza social motriz. El papel social y político otorgado a Langdon no es debido únicamente a las convenciones del género, sino más bien a un prejuicio inconsciente. Prejuicio de aristócrata o prejuicio de intelectual. Pues aunque no se diga explícitamente, es a la cultura, y en especial a la cultura literaria, a quien debe Langdon su capacidad de dominar la situación. Y lo más grave es que es por la generosidad clarividente de Langdon y de Franz d'Argyre, intelectuales aristócratas, que el pueblo de los Indignos puede esperar un porvenir mejor. En esto hay algo que pertenece al reformismo más timorato y que personalmente me molesta. Un factor importante de la acción hace pensar que, o Gilles d'Argyre fue consciente de este problema, o su pluma le ha llevado a incluirlo casi sin darse cuenta: es el papel esencial desempeñado por el

poder telecinético que aparece entre ciertos Indignos, ligado a la misma causa de su indignidad (las mutaciones) y que está ausente entre los «normales», los privilegiados. Poder no consciente, pero latente, del proletariado, poder que puede ser desviado para mejor dominarlos, o que puede servir de arma a la revolución. Esto no es tan sólo una experiencia que Langdon ha encontrado entre los Indignos, experiencia susceptible de motivarlo, sino más bien un medio (en forma de una energía primaria hasta el momento no afectada, no comprometida) de subvertir el reino del azar. Subversión que está anunciada a partir de la escena del Jugador, en la que Langdon comprende progresivamente que no puede perder de vista a un ser que controla la suerte. Una escena esencial en la que se indica la razón fundamental de la exclusión de los Indignos: el recelo hacia un poder incompatible con el funcionamiento de la estocastocracia. Es preciso que este poder sólo pueda ejercerse en un lugar cerrado y fuera de toda referencia a una acción concreta, en un juego de azar que deja de serlo para convertirse en espectáculo. Es debido al espectáculo de su propia fuerza desviada hacia lo insignificante por lo que se maneja a voluntad a estos proletarios, parece decir Gilíes d'Argyre, del mismo modo que en nuestra sociedad, es toda la fuerza revolucionaria de su aspiración a la felicidad la que se les devuelve mutilada en forma de frivolidades estereotipadas.

El grupo social de los intelectuales tiene por función (a la manera de una bisagra) el experimentar con la realidad y luego cambiarla apoyándose sobre las fuerzas sociales en el sentido de un desbloqueo del sistema, de un nuevo y mayor enfrentamiento, y no de una pacificación ilusoria y fraudulenta. El problema planteado por El cetro sería, por lo tanto, el de la proletarización posible, quizá probable, de los intelectuales, y su respuesta es la afirmación de la confianza en su capacidad para cambiar el mundo. Respuesta sin duda optimista, pero ¡ qué ingenua!

El papel de Smirno en Los asesinos es como un eco: la función del intelectual es la de restablecer la razón. Todavía más revelador es el camino seguido en Los asesinos, en que después de la ruptura, la reparación se deja en manos de un hombre al que hay que calificar de excepcional y providencial. Podemos ver aquí como un homenaje indirecto hacia un político de alta talla, cuyas ideas Gilíes ciertamente no compartía, pero al que no negaba su admiración, aunque sólo fuese por su astucia. Cuando no aparece ninguna salida razonable, es preciso remitirse a un jefe carismático que engañe, tantee y no retroceda ante la maniobra o la mentira calculada; que incluso sea capaz de precipitarse en la grieta abierta para esculpirse en ella un imperio a su medida, pero que de hecho, y cuando todo parece desesperado, persiga incansablemente un único objetivo: reducir la ruptura y hacer arribar su navio y sus hombres a las orillas del presente.

La referencia, intencionada o inconsciente, a una época que siempre es la nuestra, está perfectamente clara en el marco de la novela. Dos imperios de dimensiones casi inconcebibles para los magalláneos se enfrentan según las reglas de una estrategia fría y llena de complicidades. Pero esta acción desmesurada, al contrario de lo que ocurriría en un Van Vogt, sólo es percibida a través de sus efectos secundarios: es el cruzar un campo de batalla de tercer orden, lo que provoca la odisea del «Vasco», víctima involuntaria de una trampa preparada para otros. He aquí una imagen muy clara de este mundo de la segunda mitad del siglo xx, donde los grandes adversarios se alian en su propio combate para poder continuarlo y donde, por neutral que uno sea, siempre puede verse metido en un campo de minas o de batalla sin llegar a comprender los riesgos y peligros que esto entraña. En estas condiciones, concluye Shangrin, más vale hacer todo el ruido posible y ponerse tan pesado que los grandes, aunque sólo sea para poder continuar en paz su juego peligroso, decidan poneros en lugar seguro. Concepción muy semejante a la de un conocido bocazas, cuya determinación a veces conseguía hacer respetar a un país por encima de sus medios objetivos, manteniéndose así tecnológicamente apartado de los combatientes, víctimas impotentes del conflicto, y de los verdaderos arbitros del combate. He aquí algo que podría dar qué pensar a quienes denuncian a la ciencia-ficción como pura literatura de evasión, totalmente alejada de la realidad.

GÉRARD KLEIN junio 1974

“Cuando Dios creó el tiempo, lo hizo en gran cantidad...”

Proverbio irlandés

CAPITULO 1

La astronave se hallaba a mitad de camino entre la Gran Nube de Magallanes y la Pequeña Nube de Magallanes, finalizando un fructífero viaje de exploración que había durado doce años.

Se trataba de la expedición más ambiciosa que la civilización humana de Magallanes Menor había enviado más allá de sus fronteras. Sus ediles eran capaces de grandes empresas cuando así lo exigían sus intereses.

Cinco o seis mil años antes, sus antepasados, llegados desde la Prima Galaxia, se habían esforzado por conquistar nuevos mundos y por multiplicarse. En el año 27937 (base universal), que es cuando comienza nuestra historia, la civilización humana de Magallanes Menor contaba con unos seis mil planetas colonizados, cuyo contingente medio de población ascendía a doscientas cincuenta mil almas en cada uno, aunque rozara en algunos los cien millones y se redujera en otros a unas cuantas familias.

El hombre todavía era feliz en Magallanes Menor: podría seguir multiplicándose al mismo ritmo durante cerca de veinte mil años antes de alcanzar los límites del enjambre estelar. Pero ello no le impedía ir a ver lo que ocurría más allá. La distancia multiplica siempre el interés que despiertan los mundos desconocidos.

La astronave era esférica, y podía recorrer en un año un millón de años luz. Cuando partió de Neo-Sirius, su tripulación era de seis mil personas, pero doce años después, debido a los nacimientos y las defunciones, había aumentado hasta siete mil quinientos noventa y uno. De cualquier forma, la capacidad de la nave era para más de diez mil, siendo además considerable la potencia de sus generadores y la de su armamento. Sin embargo, comparado con las distancias recorridas y con los obstaculos superados, el «Vasco» no era más que una cascara de nuez. Los peligros hablan sido enormes, pero los magalláneos eran gentes intrépidas, y las bodegas del «Vasco» rebosaban de riquezas, especímenes y documentos capaces de demostrar que los riesgos del espacio seguían siendo rentables.

Estaba previsto que el «Vasco» alcanzara su lugar de origen en algo menos de dieciocho meses de navegación libre de obstáculos y a través de un espacio conocido. Ninguna masa estelar de importancia podía perturbar, a menos de un centenar de años luz, aquel regreso, y los detectores de ruta permanecían decididamente silenciosos. Hasta los robots habrían tarareado un estribillo electrónico para distraerse si ellos fueran capaces de sentir aburrimiento.

Nada a bordo del «Vasco» permitía suponer que, desde hacía bastante más de un millar de años luz, la nave había irrumpido en uno de los más vastos campos de batalla de la historia. Los navios que en ella se enfrentaban —les daremos el nombre de navios para

mayor comodidad, aunque su semejanza con cualquier aparato como el «Vasco» fuera prácticamente nula— estaban concentrados en ciertos planos del espacio que los detectores del «Vasco» no podían explorar. La lucha venía desarrollándose desde hacía casi siete mil años, sin que los frentes parecieran haber alcanzado todavía su posición definitiva. De hecho, el campo de batalla se había ido desplazando incensantemente a lo largo del tiempo. El origen de aquella guerra se situaba para el «Vasco» en un lejano futuro respecto al cual sus ocupantes no tenían la menor idea, y el conflicto enfrentaba a dos galaxias y a dos razas poderosas.

En principio, la ocasional incursión en el campo de batalla por parte de alguna nave ajena a las dos potencias beligerantes había sido ya prevista por éstas, a fin de que ningún intruso pudiera ni siquiera darse cuenta de la circunstancia. Pero algún error debió deslizarse en aquella previsión.

De hecho, se dieron una serie de desdichadas coincidencias para que el «Vasco» irrumpiera, sin saberlo, en pleno punto crítico de la batalla. Empezó por penetrar en una zona donde la explosión de un «crucero» había, desquiciado las estructuras íntimas del espacio.

De esta forma, la nave fue transferida desde el espacio segundo, a través del cual viajaba, hasta un espacio multidireccional. Una vez en él fue detectada de inmediato por una estación automática, la cual procedió a rodear rápidamente al «Vasco» con un campo de minas. Si sus detectores hubieran estado en condiciones de identificar la naturaleza de dichos objetos, y si el capitán Shangrin hubiera sospechado los riesgos que amenazaban a su nave, habría ordenado el paro inmediato de las máquinas. Pero nadie tenía motivos para sentir la menor prevención al respecto.

Tampoco los disparos de advertencia fueron percibidos, y el campo destinado a inhibir los generadores habitualmente usados por el adversario no ejerció la menor perturbación en los primitivos motores del «Vasco». Por último, la nave pasó a menos de un año luz de una de las minas y la activó, resultando instantáneamente proyectada hacia el pasado sin un estallido, sin una sacudida.

La estación automática envió inmediatamente un informe a la autoridad competente, dándole cuenta de que una nave de origen desconocido había sido puesta fuera de combate. Pero la situación era entonces tan crítica en el sector dependiente de aquella autoridad, tan urgente el apremio de otras necesidades inaplazables, que decidió dejar para más tarde las indagaciones relativas a aquel incidente.

A pesar de todo, un resumen informativo fue expedido hacia el gran cuartel general, aunque coincidiendo con la llegada de otros dieciséis millones de notas que, procedentes de diversos puntos, afluyeron hacia el cerebro principal en el momento en que éste empezaba a dar señales de desbordamiento, motivando así que pasara casi desapercibido.

El hecho, con todo, podría no haber tenido demasiadas consecuencias si las peculiaridades del carácter de los magalláneos hubiesen sido otras.

El «Vasco» estaba bajo el mando del capitán Varun Shangrin. Los ediles de los dieciséis planetas de la Pequeña Nube de Magallanes, que comanditaban la expedición, lo habían dudado una y mil veces antes de elegirle.

Cierto que el capitán pertenecía a una familia que había bautizado buen número de planetas vírgenes y que, personalmente, él había explorado a fondo muchas zonas del espacio, logrando sobre todo —detalle determinante para unos ediles temerosos de perder en arriesgadas aventuras las fortunas anteriormente arrancadas al cosmos— devolver siempre sanas a sus naves y tripulaciones.

Pero la reputación de Varun Shangrin traía también el recuerdo de un hombre propenso a desafiar lo desconocido, pasional, íntegro hasta la violencia, y dotado de un vozarrón

capaz de intimidar a los astros. Algunos le consideraban más un cómitre que un capitán; otros, un feroz guerrero y un egoísta.

En la intimidad de sus refugios, los ediles de Magallanes Menor sentían escalofríos ante las osadías del capitán y su sonrisa fanfarrona, tratándole por lo bajo de pirata, bandolero espacial, desvalijador del vacío y acaparador de todos los vicios. Con todo, no dejaban de admitir que era el hombre idóneo para lanzarse hacia lo desconocido y regresar con las manos colmadas de oro, el espíritu ansiando nuevas rutas y los ojos arrebatados por la visión de mundos maravillosos. Además, les intimidaba la prestancia autoritaria del capitán, el hecho de que fuera mejor traficante que ellos mismos, su modo de invadir, aquellos despachos acolchados con piel y atestados de legajos, con el casco puesto y calzando recias botas, introduciendo consigo heladas reminiscencias del espacio y acres olores de maquinaria.. Una y otra vez les obligaba a exponer el dinero a cambio de esperanzas inciertas, teniéndoles después en vilo durante meses y años hasta su infalible regreso, con el rostro de nuevo curtido por los fulgores de gigantescos soles. Les humillaba que Shangrin arriesgara siempre su vida y ellos sólo sus fortunas, y le envidiaban porque él tenía oportunidades de realizar insólitas transacciones con pueblos míticos e inhumanos que ellos, los pálidos mercaderes de Loma, de Suni, de Amo, de Yorque o de Neo-Sirius, jamás llegarían a conocer. En el fondo, les atormentaba siempre el temor de que, algún día, el capitán se presentase inesperadamente en el cielo de sus ciudades al mando de una flota de guerra.

Le temían, porque siempre los mercaderes de los puertos temieron a sus capitanes. Y su miedo era producto de la ignorancia, pues desconocían el porqué de la vitalidad y la fuerza de Shangrin.

Pero si confiaban en él era precisamente porque le temían, porque le sabían invencible, porque sus naves traían cargas más valiosas que las de otros expedicionarios y porque sus armas no conocían la derrota. Y todo ello representaba beneficios enormes, a cambio de no menores riesgos.

Por eso, los ediles de los dieciséis planetas no pudieron encontrar nada que les conviniera cuando convocaron a sus capitanes; todo eran pegas: demasiado joven, demasiado pusilánime, buen técnico pero mal comerciante, demasiado codicioso, demasiado débil en el mando, sobrado de astucia pero falto de arrojo, demasiado consumido por las enfermedades del espacio, demasiado viejo, demasiado inseguro, demasiado mediocre.

Todos con algún «demasiado». Los altos y bellos capitanes de la Pequeña Nube de Magallanes desfilaron uno tras otro ante los ediles de los dieciséis planetas, pero ninguno acabó de convencer porque todos resultaban inferiores a las necesidades, porque el desafío era superior a su capacidad. La preocupación de los ediles aumentó, puesto que no querían perder al «Vasco», el mayor y más potente navio construido por el hombre en aquella zona del universo.

Hasta que llegó Varun Shangrin. Se encaró con los ediles y dijo: «Me haré cargo del "Vasco"». Viéndoles hacer muecas compungidas, rió estruendosamente ante los altos y bellos capitanes de Magallanes Menor y preguntó a los comanditarios si iban a conformarse con niños imberbes cuando podían disponer de un hombre.

Se le concedió el mando del «Vasco». Aquello significaba para los ediles mayores inquietudes, nuevas arrugas en sus rostros, reactivación de viejas úlceras estomacales y la taquicardia en cansados corazones, pero también mayor prosperidad para el futuro. Añadieron al «Vasco» todo un ejército de científicos, técnicos, espacionautas y soldados.

También agregaron una montaña de recomendaciones; y el nombramiento de un segundo, un avispado joven llamado Gregori, cuyas prometedoras dotes le auguraban para el futuro una fama igual a la de Shangrin, y cuyo frío aplomo podría quizá moderar la impetuosidad del capitán.

Y, siendo en definitiva hombres precavidos, los ediles aseguraron su propio sosiego recurriendo a una precaución adicional: convirtieron a Gregori en una especie de mecanismo de seguridad. Sólo que, como discretos, se guardaron mucho de revelarle al interesado aquella misión suplementaria, ocultándosela también a Shangrin, por supuesto. Fue así como el capitán y su segundo se lanzaron hacia los espacios intergalácticos con su navio y sus tripulantes, con el anhelo ardiente de la conquista que espoleaba los corazones de ambos y, sin que ninguno de los dos lo supiera, con la mente de Gregori «condicionada» y dotada de singulares facultades del todo insospechadas.

Ahora regresaban hacia la Pequeña Nube de Magallanes, sin que hubiera sido necesario activar aquellas facultades, que habrían podido permanecer ocultas si...

Shangrin levantaba tranquilamente la taza de porcelana, cuando un brusco movimiento de su segundo la hizo resbalar de entre sus dedos. El té se le derramó por la barba, mientras la taza, tras rodar sobre sus rodillas, acabó estrellándose contra el suelo. Los ojos azules del capitán llamearon y sus pesadas manos cayeron violentamente sobre la mesa, haciendo vibrar la superficie de metal.

—¿Es que no tiene usted respeto a nada? —rugió—. ¿Ni a mí, ni a un venerable té de Lenqsen?

—'¡Las estrellas! —exclamó Gregori—. ¡Mire!

—¿Qué ocurre con ellas?

Los ojos del capitán se desorbitaron al recorrer con un rápido vistazo la colección de pantallas que cubría toda una pared de la sala. Su rostro, antes enrojecido por la cólera, palideció intensamente.

—¡ Las estrellas han desaparecido de las pantallas durante un segundo, aunque para volver a aparecer en el acto! Pero... ¡no son las mismas de antes! El fenómeno ha sido prodigiosamente rápido, y, de no haber estado yo observándo las pantallas cuando ocurrió, es casi seguro que no lo habría advertido, salvo por su nueva disposición.

—¡ Jamás vi algo parecido! —murmuró Shangrin.

Parecía un oso en movimiento cuando arrancó su corpachón de la butaca: se inclinaba hacia adelante, hacía un esfuerzo y se ponía bruscamente en pie, ligeramente encorvado, con sus ciento treinta kilos de peso, sus casi dos metros de estatura y sus sesenta y siete años de edad, unos cuarenta de ellos pasados en el espacio. Era un hombre de voz tonante, buen técnico y, sobre todo, excelente mercader.

Se acercó a las pantallas, que presentaban su habitual impresión de perfecta transparencia y profundidad.

—No consigo identificar ninguna de estas constelaciones, ni una sola de ellas —empezó a decir—. Sería preciso que hubiésemos dado un brinco increíble para que el paisaje cambiara a tal punto. ¿Cuestión de la posición relativa de los astros?

—Es posible que los controladores lleguen a localizar algunas y que acaben situándonos —sugirió Gregori.

El capitán Varun Shangrin cerró los ojos en actitud meditabunda e hizo restallar dos o tres veces en el aire sus enormes dedos; pero la inspiración no acudió en su ayuda.

—Los astronautas y los pasajeros ya han advertido algo, capitán —avisó Gregori—. Empiezan a inquietarse.

Varios indicadores rojos centelleaban con apremio. Casi todos los puestos de la nave solicitaban entrar en comunicación directa con el capitán, y pronto los agudos timbrazos de las líneas de prioridad dominaron el ambiente. Shangrin no se movía.

—¿Qué piensa exactamente, capitán? —le preguntó el segundo.

Los pesados párpados de Shangrin se levantaron poco a poco.

—Pues..., lo que voy a decirles, muchacho... Después de todo, por lo que me figuro, estamos fuera de ruta. Estoy buscando la manera de presentarles esa circunstancia bajo un aspecto favorable.

—Creo que le va a resultar difícil.

—A la larga será imposible, claro. Pero veré de distraerlos unos diez minutos. Fíjese.

Shangrin dejó caer los dedos sobre un teclado, haciendo que todas las luces rojas se apagaran de golpe. Un solo indicador verde permaneció encendido: era el de los servicios de navegación y rumbo.

—Corten todas las comunicaciones entre la cámara de navegación y el resto de la nave —ordenó el capitán—. Queda prohibida cualquier conversación privada hasta nueva orden. Que todos los hombres permanezcan en sus puestos y que nadie conteste a las preguntas que se le formulen desde el exterior. ¿Entendido?

—A la orden, señor —contestó una voz anónima.

Shangrin la hizo callar accionando otro mando, y después conectó el circuito general. En seguida, todos los pasillos, salas, comedores, cámaras y dormitorios del «Vasco» recogieron los ecos de su voz:

—¡Atención! Les habla el capitán Varun Shangrin. Carraspeó para aclararse la garganta, le guiñó un ojo a su segundo y prosiguió:

—Voy a anunciarles una gran noticia. A raíz de un experimento preparado por mi ayudante Gregori y por mí mismo, hemos conseguido poner a punto un sistema de traslación instantánea y lo hemos ensayado en nuestra propia nave. De ahí la repentina modificación de nuestros horizontes estelares. Aprovecharemos este ahorro de tiempo para visitar nuevas zonas del espacio, sin que ello demore en absoluto nuestro regreso, sino al contrario. Esto es todo.

Y cortó el contacto.

—¿No podía ocurrírsele otro truco mejor? —le censuró Gregori—. Creo que antes de una hora empezarán a echársenos encima.

—Dentro de una hora pueden haber ocurrido muchas cosas —replicó Shangrin—. Es muy posible que demos con algún razonamiento definitivo que nos permita dejar de preocuparnos, como por ejemplo saber qué fue lo que ocurrió en realidad. O bien... —volvió a guiñar el ojo—. Puedo descubrir el secreto de esa famosa traslación instantánea, a no ser que antes lo consiga usted mismo.

—Ni usted ni yo podemos alardear de tanta técnica, capitán. Dudo incluso que este concepto de traslación instantánea llegue a tener algún sentido lógico.

—¡No lo sé! Admito que no somos tan sabios como para encontrar explicación a un hecho así, pero tendremos que inventar al menos alguna historia que lo justifique. Ahí es donde interviene nuestra técnica.

Shangrin terminó su comentario con una gran carcajada.

—Claro que lo más importante será evitar que nadie pierda la calma —convino Gregori.

—No va a ser posible —opinó el capitán—. ¿Quién podría evitarlo? Juraría que en este navio las tripas de más de uno ya empiezan a andar revueltas. Pero acerquémonos a los controladores de ruta; puede que tengan algo que decirnos.

—Vamos —asintió Gregori, sin demasiada convicción.

Sabía que a su jefe no le arredraba fanfarronear ni ante lo más solemne. En numerosos trances, se había salvado y salido de apuros con simples juegos de palabras, dominando situaciones donde otros habrían fracasado incluso con las mejores armas. Pero el hecho de que pretendiera mentir descaradamente a su propio pueblo, a los sagaces magalláneos, le parecía excesivo.

Tan excesivo, por lo menos, como el increíble brinco espacial que parecía haber dado el «Vasco».

Henrik, el hombrecillo calvo encargado del control de ruta, bullía de furor.

—¡ Esto es ilegal! —protestó nada más ver al capitán—. No tiene usted derecho a prohibir las comunicaciones entre este control y el resto de la nave, ni tampoco puede impedir que la tripulación sea informada. ¡Merecería que...!

—¡ Silencio, señor Henrik! —cortó Shangrin con voz tonante—. Tengo mando desde la época en que el capitán era estrictamente quien decía la última palabra. Sé que los tiempos han cambiado, pero no ha sucedido lo mismo conmigo. Por otra parte, cualquier situación de emergencia me autoriza a asumir plenos poderes. De modo que dejémonos de historias y vayamos al grano, que los minutos apremian.

Henrik se tuvo que tragar su cólera y acompañarle a la cámara de navegación. Ésta consistía en una esfera que reproducía el infinito espacio que rodeaba al navio, en donde las estrellas brillaban sobre su fondo negro. Ninguna pared resultaba visible, destacando así las tenues manchas de las nebulosas y los remotos conglomerados estelares entre los cuales relumbraba, de vez en cuando, el fulgor de una nova, como un faro destinado a guiar a los navegantes a través de la laberíntica maraña del universo.

En medio de aquella esfera parecía flotar una amplia cabina, donde permanecían los controladores de ruta. Una pasarela ligera y transparente daba acceso a ella, y Henrik les condujo hacia allí.

En realidad, todo el espacio visible era de creación artificial. En el continuum segundo, donde el «Vasco» se movía a una velocidad muy superior a la de la luz, las estrellas no resultaban visibles de un modo directo. Además, el espacio experimentaba ciertas deformaciones que alteraban las distancias. Por ello, mediante complicados dispositivos se reconstruía sobre las paredes de la esfera la imagen del espacio que habría podido contemplar algún hipotético viajero que lo estuviese atravesando con la trayectoria y la velocidad del «Vasco».

Aquella cámara de navegación era un instrumento tan espléndido como costoso, y su utilidad bastante discutible durante las expediciones largas, pues las maniobras eran ejecutadas en realidad por unos dispositivos automáticos, los cibernadores.

Pero los magalláneos se sentían muy orgullosos de ella. Preferían el control humano al automático, pues permitía una exactitud en la ruta que era envidiada por muchos pilotos de la Prima Galaxia, aunque éstos estuvieran equipados con dispositivos automáticos más avanzados.

—¿Dónde nos hemos metido? —susurró Gregori—. No consigo reconocer absolutamente ninguna disposición en esas estrellas.

Henrik levantó sus brazos con desesperación.

—Ni yo —dijo—. ¡ Nada, lo que se dice nada! Y me conozco de memoria el sector, es decir, el que cruzábamos antes de que pasara esto. ¡ Jamás lograremos volver a nuestra ruta! ¡ Nunca!

—¡ Si vuelve a decir eso —rugió Shangrin—, juro que le retuerzo el cuello y le arrojo al espacio! Saldremos del paso, ya verán, y hasta con beneficio.

—Muy bien, capitán —replicó Henrik con reticencia.

—¿Qué dicen nuestros integradores?

—Nada todavía, pese a que los puse en marcha inmediatamente. Imaginé que, por algún motivo desconocido, habíamos dado un enorme salto en el espacio segundo, y que no lográbamos identificar las estrellas, porque había cambiado la perspectiva. Los integradores comparan sistemáticamente las posiciones de las estrellas que usted puede observar con las indicaciones de nuestros atlas espaciales. Pero, al menos por ahora, no han identificado ninguna constelación de un modo seguro.

—Análisis topológico, ya veo. ¿Alguna nova, alguna nebulosa conocida?

—Nada relativo a las novas. Los integradores no registran ninguna nebulosa, sólo estrellas relativamente próximas. Y a propósito, ¿advierten ustedes algo extraño?

—¡Sí! —intervino Gregori—. Aquí las estrellas son mucho más numerosas que en el espacio que hemos dejado.

—Exacto. Estábamos atravesando la zona desierta que separa nuestras dos Nubes de Magallanes, la Mayor y la Menor, donde las estrellas son relativamente escasas. Aquí, en cambio, se muestran arracimadas con mayor densidad, como en un conglomerado local de escasas dimensiones.

—Ya veo —confirmó Shangrin—. ¿Y la respuesta de los integradores? ¿Será definitiva dentro de...?

—Quizás un minuto, o tal vez nunca. Naturalmente, podemos pedirles en cualquier momento un extracto de sus resultados provisionales.

—¡ Adelante! —decidió Shangrin.

Henrik impartió sus órdenes, y los hombres que ocupaban los tableros empezaron a afanarse hasta que la voz del analizador se dejó oír, sorda y monótona:

—No existe ningún sistema estelar de más de doce unidades que recuerde con una probabilidad de punto cero cinco alguna estructura conocida. Dentro de doce horas, aproximadamente, será posible determinar el aspecto general del cúmulo estelar que nos rodea. No obstante, los primeros resultados indican que su forma es considerablemente distinta al que hemos abandonado. Al mismo tiempo, se han descubierto tres lejanas galaxias que podrían ser la Prima Galaxia, la nebulosa de Andrómeda y la constelación del Cisne. Conviene señalar que las tres aparecen notablemente más próximas de lo que deberían estar según nuestros atlas espaciales, y que su luz...

—¡Hagan que se calle! —bramó Shangrin.

Henrik hizo una señal y el analizador interrumpió su letanía.

—Por supuesto —opinó mirando de reojo a su capitán—, no me he creído ni una sola palabra de su famosa historia de la traslación instantánea. Es mentira, no lo niegue.

—De acuerdo —admitió Shangrin—. ¿Qué otra cosa podía hacer? He tratado de mantener la calma y lo he logrado por ahora. ¿Qué quería usted que les dijese?

—La verdad.

—¿Es decir, que nos hemos extraviado y que posiblemente no regresaremos nunca a nuestros hermosos mundos de origen?

—¿Por qué no?

—¿Y cree que me perdonarán si digo la verdad?

—Lo ignoro —concedió Henrik—. Pero en cambio sé que es usted hombre acabado. El consejo le destituirá.

—Lo cual sería un placer para usted, ¿verdad? Pues las cosas no van a ir tan rápidas. Ante la gravedad de la situación, asumiré plenos poderes. Disolveré el consejo si lo estimo necesario.

Henrik se sofocó.

—¡ No permitiremos que lo haga! Los guardianes intervendrán.

—¡ No temo a los guardianes!

Henrik gesticulaba con sus escuálidos brazos, como si le faltara el aliento. Y Gregori tuvo que llevarse al capitán casi a la fuerza.

CAPITULO 2

—Tiene usted un carácter imposible, capitán —le reprochó Gregori mientras se alejaban del lugar. El segundo tenía la impresión de estar pisando un terreno vidrioso.

Shangrin no contestó. Gruesas gotas de sudor resbalaban sobre su frente. Era capaz de permanecer callado durante horas cuando la cólera le dominaba.

Gregori reflexionó. La situación era realmente grave, tanto material como psicológicamente. Si en el primer aspecto la gravedad no era tan apremiante, ya que, pese a hallarse perdido en un universo desconocido, el «Vasco» podía seguir navegando a expensas de sus propias reservas durante diez o veinte años o quizás hasta un siglo, el cariz psicológico de la situación podía dar lugar a una crisis peligrosa: nadie querría continuar un viaje cuyo destino se ignoraba. La destitución del capitán Shangrin en el curso de las próximas horas era inevitable. Por supuesto él se resistiría a ceder, y tenía partidarios que apoyarían sus trucos y fanfarronadas y le seguirían hasta el fin del universo si hiciera falta. Pero también tenía enemigos en todos aquellos que detestaban sus maneras autoritarias. El conflicto podía estallar entre unos y otros, ya que la inevitable promiscuidad, incluso en un navio tan grande como el «Vasco», contribuye más a enconar las enemistades que a fomentar la solidaridad.

Si Shangrin se atrevía a oponerse al consejo, tendrían que intervenir los guardianes. Pero ello constituía una verdadera incógnita. Era bien sabido que, según las leyes de la

Magallanes Menor, existía en todos los navios el recurso a los guardianes cuando un caso de emergencia exigía la salvaguarda del orden interno. Pero nadie parecía estar ni medianamente enterado de la naturaleza real de dichos guardianes. ¿Se trataría de agentes discretamente incluidos entre la tripulación, o bien de cibernadores capaces de actuar improvisadamente como fuerza de policía? Algunos escépticos sugerían que aquello de los guardianes era pura leyenda, algo destinado a infundir respeto y temor para que las tripulaciones se abstuviesen de motines y para que ningún capitán dejara de someterse al consejo, lográndose así que las leyes fueran siempre obedecidas.

Gregori se decía que el capitán acababa de precipitar deliberadamente la crisis: su disparatada historia de traslación instantánea iba a desencadenar una oleada de indignación capaz de conducirle a su destitución por sentencia del consejo. Era imposible que Shangrin no hubiese previsto la eventualidad: Gregori sabía que era obstinado, colérico, impulsivo y autoritario, pero nadie ponía en duda su reputación de hombre inteligente. ¿Por qué se habría comprometido de aquel modo? ¿Para ganar algunos minutos de tranquilidad? Era absurdo: nadie recurre a una bomba atómica para aplastar una mosca.

Gregori observó las pantallas. Un paisaje de estrellas como tantos otros, como tantos millones. ¿Por qué eran desconocidas? ¿Qué distancias habría entre ellas y las que componían la Magallanes Menor, con sus ciudades prósperas, sus navios, sus fábricas, sus museos y sus mujeres celosas de aquel espacio irresistible que les arrebataba maridos y amantes? ¿Qué clase de abismos? ¿La extensión de todo un universo? ¿Tal vez el infinito?

Las máquinas seguían cumpliendo imperturbables su cometido; invisibles, activados por las irregularidades de un cristal, sus circuitos continuaban observando, traduciendo, anotando, archivando y entregando datos en un torbellino de relampageos continuos. Pero si a ellas les importaba muy poco el significado de fechas y lugares, no ocurría lo mismo con los hombres: después de doce años de viaje, confiaban en avistar muy pronto los hospitalarios puertos de la Magallanes Menor y en disfrutar la parte que les correspondiera del fabuloso botín conseguido; y en su lugar, ¿iban a aceptar un nuevo compromiso con el espacio?

¿Por qué Shangrin se habría precipitado hablando de traslación instantánea? ¿Creyó acaso que era la única explicación para lo que le había ocurrido al «Vasco»? No, no parecía lógico. Pudo decir que la nave había caído en un nudo del espacio, e insistir para calmar los ánimos en la confianza de devolverles a órbita normal. Ese hubiera sido el razonamiento más simple y verosímil sobre el incidente.

Gregori dirigió su mirada hacia el capitán. Shangrin tenía los ojos cerrados y parecía dormir. Pero era indudable que cavilaba, haciéndolo rápida, dura e intensamente. Cuando parecía relajado, desprevenido y a merced de cualquiera, siempre resultaba más agresivo y peligroso para sus adversarios.

Era imposible que el capitán hubiese obrado tan superficialmente. Debía contar con algún medio para convertir en real aquella aparente fantasía de la propulsión instantánea, y estaría tratando de ganar tiempo. Alguien restablecería con suficiente rapidez la situación del «Vasco» para que la reputación de Varun Shangrin no resultara perjudicada. Gregori sospechó que la maniobra del capitán encubría algo.

Pero, ¿de qué se trataría? ¿Quién en el «Vasco» podía desentrañar un enigma como aquél? ¿Uno de los físicos? ¿Algún matemático? ¿Acaso uno de los psicosómatas, hombres habituados a manipular las más increíbles facultades del sistema nervioso humano? Era improbable, pues en tal caso, Shangrin no habría vacilado en decirlo. ¿Y por qué tendría que haber mantenido en secreto tales investigaciones?

Sólo había una persona del «Vasco» que era capaz de explicar algo tan sorprendente, y a quien el capitán tuviese empeño en encubrir a toda costa. Gregori sintió que un

escalofrío le corría la espalda, erizándole la piel de la nuca. ¿Una persona? No, no llegaba a tanto; como mucho, un ser.

El Runi.

Desesperadamente, Gregori trató de evitar el temblor de sus manos. ¡ El Runi! Aquello lo explicaba todo, o casi todo. Las piezas del rompecabezas iban encajando con estremecedora facilidad. ¿Quién sino él podía tener interés en que el navio se desviara en el espacio, emprendiendo quizá la dirección opuesta a la de Magallanes Menor? ¿Quién sino aquel ser repulsivo y enigmático podía ser capaz de lograrlo? Y la presencia del Runi a bordo del «Vasco» era el secreto que el capitán Varun Shangrin tenía mayor empeño en ocultar.

A Gregori no se le había ocurrido pensar antes en el Runi, porque no lograba convencerse a sí mismo de que un ser tan monstruoso pudiera tener conocimientos científicos. Recordaba aquella noche oscura en que, violando de un modo flagrante todas las leyes establecidas, el capitán y él introdujeron al Runi subrepticiamente a bordo del «Vasco». Resultó una extraña experiencia el penetrar como ladrones en la nave que ellos mismos mandaban, engañando a los centinelas y desconectando los circuitos de alarma. Los motivos por los cuales se había obstinado Shangrin en llevar a cabo aquel acto resultaron incomprensibles para Gregori. Pero el capitán parecía querer más a su monstruo que a la parte que le correspondía en el botín. Quizá porque el Runi demostraba tanta pasión como él por el juego del ajedrez, o más bien porque parecía poseer una enigmática ciencia que Shangrin tal vez confiaba en poner a su servicio. Pero, tratándose de aquel ser escalofriante, ¿cómo saber si no sería en realidad él quien acabaría sirviéndose del capitán?

Gregori torció el gesto. Le habían quedado malos recuerdos del planeta de los Runi. Los xenólogos habían decretado que los Runi eran definitivamente idiotas, y toda la tripulación, salvo Shangrin, aceptó aquel juicio. Él se obstinó en enseñar a jugar al ajedrez a uno de aquellos seres. El tablero y sus sesenta y cuatro casillas sirvieron de intermediario entre el universo mental de los Runi y el de los seres humanos. Por último, los xenólogos revisaron su diagnóstico y pusieron a punto dispositivos traductores. Así lograron patentizar incoherentes esbozos de inteligencia por parte de los Runi.

La mayoría de aquellos esbozos no tenían equivalente en la ciencia humana. Sólo algunos parecían responder a una sombra de significado. Pero la incógnita de cómo los Runi habrían logrado penetrar ciertos secretos del universo quedaba sin respuesta. Carecían de civilización visible, de lenguaje, de tecnología o de instrumentos. Se limitaban a recorrer las amarillentas planicies de su planeta alineando algunos guijarros o ramitas según unos esquemas absurdos a simple vista. Luego proseguían su camino. Después, otro Runi pasaba por allí, retocaba algo y se marchaba. Nada más.

Parecía tratarse de una serie de juegos indefinidamente repetidos, y aquello inspiró a Shangrin la idea de enseñarles a jugar al ajedrez.

Gregori avanzó dos pasos hacia el capitán y le tocó en el hombro.

—El Runi —dijo.

Shangrin soltó un gruñido y abrió los ojos.

—Usted sospecha que este paseo suplementario se lo debemos al Runi, ¿verdad? —continuó Gregori.

—En efecto —confesó el capitán.

—Pero si no tiene ningún aparato, ni fuente de energía, ni...

—Ellos pueden hacer cosas de las que nosotros no tenemos la menor idea —replicó Shangrin visiblemente abatido.

—¿Y cree que podrá obligarle a hacernos regresar a nuestro espacio?

—Si consigo vencerle en el ajedrez, creo que sí.

Había desesperanza en la voz del capitán. Gregori sabía que, a cada nueva partida, el Runi hacía gala de asombrosos progresos. Shangrin al principio le derrotaba con facilidad valiéndose solamente de su cerebro. Pero, pese a su experiencia de sesenta años como ajedrecista, no se había atrevido a jugar las últimas partidas sin la ayuda de una calculadora. El Runi poseía una memoria prodigiosa, y su lógica no conocía fallos. Dentro de poco jugaría mejor que cualquier humano. No era muy rápido, puesto que el tiempo era un concepto despreciable en su planeta, pero este factor tampoco importaba gran cosa a los jugadores de ajedrez: algunas partidas duran meses, incluso años.

—¿Por qué no nos acercamos a verle? —propuso Gregori.

—Estaba preparándome para hacerlo —contestó Shangrin—. Meditaba el ataque de Eichenhorn.

Aunque Gregori supiera mover las piezas sobre el tablero, no compartía aquella pasión de su capitán; prefería los juegos más rápidos e intensos, donde la personalidad del adversario se manifiesta más directamente.

Shangrin se levantó con lentitud; el oso estaba fatigado.

—Usted cree que soy el culpable de todo, ¿verdad? Que me empeñé en considerar al Runi como una mina de oro, ¿no? Gregori guardó silencio.

—Pues tiene razón, pero no del todo. Llevo mucho tiempo viajando por el espacio, y ello me ha convencido de dos o tres ideas. La principal es que la expansión del hombre en el universo es un milagro, un increíble y frágil milagro. Hace treinta o cuarenta mil años, no lo sé con exactitud, el hombre se reducía a un solo planeta de la Prima Galaxia, a la que llamaba Vía Láctea. Luego fue ocupando mundos en tres o cuatro galaxias. Nosotros simplemente somos una de esas ramificaciones extremas, muy separadas del tronco original.

»Y el hombre, ese conquistador de las estrellas, aun habiendo superado muchas vicisitudes, todavía no ha chocado con algo capaz de poner en entredicho su poderío. Un milagro, insisto en ello, Gregori; una suerte increíble que, tarde o temprano, tiene que terminar: nadie puede ganar siempre. Alguna vez sucederá algo. Algún cataclismo, o el encuentro con otra especie más poderosa e igualmente dominadora. Será un incidente trivial en apariencia, pero resultará fatal para el hombre. «Como es natural, si el hombre consiguiera aliarse en su juego con otra raza, ello podría representarle una ventaja considerable. Los Runi podrían ser una de esas oportunidades. Uniendo lo que ellos saben y pueden con lo que nosotros sabemos y podemos, la apuesta sería mucho más grande y nuestros medios casi podrían alcanzar la medida de nuestras ambiciones. Claro que existe un riesgo: algún día, los Runi pueden volverse contra nosotros, o abandonarnos en un momento crucial. He aceptado este riesgo, aunque tal vez haya cometido un error.

—No me había hablado usted nunca en esos términos —dijo Gregori.

—¿Para qué? Son palabras tan solemnes que hasta parecen petulantes. Yo prefiero la realidad, lo que es claro y concreto. Casi todos me consideran una especie de viejo zorro del espacio, y tienen razón: me gustan el dinero y el poder, soy despótico y cultivo ideas propias de otra generación. Pero nada de ello me impide predecir las cosas.

Shangrin apoyó una de sus manazas sobre el hombro de Gregori, a quien rebasaba en estatura toda una cabeza.

—Usted pertenece a otra especie. No conoce el temor a los dioses, ni al azar ni al espacio. Puede que esto le llegue con los años. Prefiero no acordarme de cómo pensaba yo a su edad. Pero si algún día le invade esa angustia, también usted cometerá voluntariamente ciertos errores.

Shangrin retiró su mano y se acarició pensativamente la barba.

—Vamos a ver qué opina el Runi de todo esto —decidió.

Gregori se preguntó hasta qué punto habría sido sincero. ¿Cómo saberlo? Pero si aquel viejo capitán simplemente había tratado de conmoverle, casi podía jactarse de haberlo conseguido.

CAPITULO 3

Dentro de su cabina, agobiado por toda una serie de dispositivos destinados a permitirle la supervivencia y la comunicación con los humanos, el Runi tenía todo el aspecto de un cangrejo velludo. Una especie de caparazón color naranja protegía parte de su sistema nervioso, coronando un cilindro forrado de piel y compuesto por siete anillos de un diámetro aproximado al de un cuerpo humano. El Runi podía estirarse hasta alcanzar una longitud superior a los cuatro metros, o comprimirse hasta encajar sus anillos en menos de un metro. En la intersección entre el cuerpo y el caparazón, allí donde se iniciaba el cilindro, surgían crispados como una docena de pequeños miembros articulados; parecían instrumentos quirúrgicos, y para el Runi eran órganos sensitivos así como dedos o utensilios.

Estaba entonces acurrucado sobre el suelo, como un cangrejo encaramado sobre una monstruosa madeja de lana. Tenía al lado un tablero de ajedrez, y su cuerpo parecía aprisionado por los dispositivos de comunicación.

Cuando entraron los dos hombres, el Runi inició una prolongada vibración que los aparatos trataron de interpretar en lenguaje humano.

—Señorseñorseñorseñorseñor... cuándo me devolveréis a mi planeta Señorseñorseñorseñorseñor...

—¡Basta ya, Runi! —cortó secamente Shangrin.

El capitán hundió las manos en sus bolsillos y contempló a su huésped. Los escuálidos miembros del Runi temblaban convulsivamente. Era un espectáculo no poco repugnante.

—Bastayabastayabastaya... —repitió aquel extraño ser. Y se incorporó ligeramente. Una onda recorrió su caparazón anaranjado. «Es completamente estúpido —pensó Gregori—.

Los xenólogos tenían razón. Realmente no comprendo cómo el capitán se obstina en buscar inteligencia en estos animales.»

—Escúchame bien, Runi —dijo Shangrin—. ¿Admites que te he vencido de un modo leal?

—Ciertociertocierto —contestó el Runi.

—¡ Bien! Y tú habías aceptado las condiciones del trato, ¿no? Si ganabas tú, yo me quedaba diez años en tu planeta para mejorar su técnica en el ajedrez; pero si te vencía yo, tenías que acompañarme y pasar diez años en mi mundo. Y ese trato no deja de serte ventajoso, porque yo no espero vivir mucho más de ciento cincuenta años, mientras a ti te importan bien poco dos o tres milenios.

—Ciertociertocierto.

—¡Es exasperante! —se quejó Shangrin— ¡ El sistema traductor ha vuelto a estropearse!

Se inclinó sobre los dispositivos y empezó a revisar todos los mandos, procediendo a un ajuste minucioso.

—¡Veamos ahora! Creo que el Runi va a dejar de tartamudear.

«De modo que era culpa de la máquina», se dijo Gregori. «Debí pensar en ello. Cuando un abismo tan considerable separa a dos especies y éstas tienen que recurrir a un enlace mecánico para aproximarse, ciertas incomprensiones recíprocas habrán de atribuirse únicamente a fallos técnicos. El error de los xenólogos quizá fue el haber confiado demasiado en sus aparatos. Pero entonces, ¿cómo conocer de un modo seguro el pensamiento ajeno? Siempre puede darse el caso de que la máquina introduzca algo suyo en el mensaje. En alguna ocasión será un simple matiz, pero en otras puede tratarse de todo el mensaje, si ha sido creado por la máquina bajo una falsa indicación. Cuando la semántica deja de ser simple juego de palabras, pasando a incluir comportamientos, ínfimos movimientos de miembros articulados y tenues vibraciones de sutiles pelos, ¿cómo estar seguro siempre de lo que el otro intenta transmitir? Los instrumentos no son ya suficientes. Se necesita además la intuición, la vieja y sólida intuición de un hombre como el capitán.»

—Tú no has cumplido honradamente el contrato, Runi —acusó Shangrin—. Has intentado hacer trampa, y has desencadenado un mecanismo que yo desconozco para obligarnos a devolverte a tu planeta. No tenías ningún derecho a hacer eso, Runi, y debes volver a situarnos allí donde nos encontrábamos.

Gregori se preguntó hasta qué punto se podría confiar en el honor de un ser no humano. ¿Acaso existirían para él la honestidad, la palabra dada, el juego limpio? ¿Podían darse tales virtudes en la insólita figura de un cangrejo velludo?

El cuerpo del Runi se desenroscó casi totalmente, haciendo que el caparazón anaranjado oscilara sobre el cilindro y que los miembros articulados se agitaran frenéticamente.

—No es verdad, no es, no es —articuló el dispositivo traductor—. Nos hemos extraviado, extraviado, extraviado...

Hubo un silencio, tras el cual el mecanismo pronunció de un modo más claro y audible:

—No es verdad. Nos hemos perdido, pero yo no soy responsable de ello. Los Runi no podemos lograr tales cosas.

Una vena azul empezó a latir nerviosamente bajo la sien izquierda de Shangrin.

—¡ Dime dónde estamos, Runi! —gritó imperiosamente.

La cabeza del Runi se irguió hasta alcanzar casi el nivel de la del capitán. Millares de hilos finos como cabellos la conectaban a la máquina traductora y la rodeaban con una especie de halo metálico.

«Es imposible», pensó Gregori. «No tiene ningún medio para darnos nuestra situación en el espacio. No dispone de ningún instrumento, ni siquiera de un radiotelescopio, como tampoco de pantalla que le permita observar las estrellas.»

Pero la respuesta llegó muy pronto.

—Seguimos en el mismo punto —informó el Runi—, considerando el movimiento propio de la nave. No hemos cambiado de espacio, ni han variado apenas nuestras coordenadas espaciales.

—¡ Es imposible, Runi! —exclamó Shangrin—. No podemos identificar las estrellas que nos rodean, ni determinar ninguna constelación conocida. Hasta las galaxias han cambiado. ¡ Estás mintiendo, Runi!

—No, nonono, yo no miento. No sé lo que ha ocurrido. Se ha producido un cambio en todo el entorno. La masa ha devorado al tiempo. La inercia es perpendicular a la fase del radio. C ha aumentado. Repito: C ha aumentado.

—La máquina se ha vuelto loca —opinó Gregori—. O quizás el propio Runi.

—No lo creo —replicó Shangrin—. El Runi está tratando de decirnos algo, pero la máquina no posee ningún equivalente apto para expresarlo. El Runi dice en un segundo muchas más cosas de las que nosotros podríamos articular en un mes, pero la máquina traduce solamente lo que tiene algún sentido para ella. Creo que comparados con él, todos nosotros somos unos retrasados mentales: las preguntas que le formulamos le resultan deplorablemente elementales.

«Pero juega muy despacio al ajedrez», pensó Gregori. Y la respuesta acudió a su mente de inmediato: ¿Sería porque aquel ser exploraba sistemáticamente todas las posibilidades? ¿Tal vez pensaba al mismo tiempo en infinidad de otros problemas, de los que ellos no tenían la menor jdea?

—No se trata de ninguna transferencia en el espacio —prosiguió el Runi—, sino de un traslado a través del tiempo. Según entiendo, los sistemas de coordenadas han quedado dislocados en vuestras consciencias. Vuestra nave ha efectuado un gran salto a través del tiempo. Hacia el pasado, un pasado muy remoto. Un salto equivalente a doscientos millones de años de los vuestros.

—La máquina ha vuelto a estropearse —se quejó Gregori. Shangrin le fulminó con la mirada.

—¡Cállese de una vez! ¿No ve que nos está diciendo la verdad?

Gregori se estremeció con violencia.

—¡Es imposible! —protestó.

—Puedo demostrarlo —insistió el Runi, implacablemente—. La cantidad de inercia de una masa depende de la edad del universo, y decrece en función del tiempo. Ahora ha aumentado de súbito. ¿Por qué no miráis si vuestros instrumentos han detectado el efecto?

¿Había un matiz desdeñoso en las últimas palabras del Runi? ¿O sería un desperfecto del aparato traductor? Imposible saberlo.

—Considerado como un sistema cerrado —continuó diciendo el Runi—, el universo va perdiendo masa a medida que envejece. Este fenómeno puede ser atribuido a la expansión o, inversamente, la expansión puede ser tenida por una expresión aproximada del mismo proceso. El tiempo consume la masa. Parece que esta relación es reversible, y que la masa ha consumido al tiempo. No dispongo de medios para averiguar si el incidente obedece a una causa artificial. En algún punto debe existir cierta entidad capaz de controlar el tiempo, y tiene que ser ella quien ha proyectado al navio hacia el pasado. Si mi suposición es correcta, esta entidad no puede ser vencida al ajedrez por ninguna otra; de hecho, el juego no puede tener para ella ningún interés.

La última reflexión del Runi podía parecer completamente fuera de lugar, pero Gregori sabía que no era así. Antes de la llegada del «Vasco» a su planeta, los Runi nunca habían imaginado que pudiera existir en el universo otra especie inteligente. Después, el juego del ajedrez había resultado un eficaz mediador entre dos inteligencias distintas, un instrumento de superlativa importancia.

Todo apuntaba a confirmar un hecho: el Runi les conocía a ellos infinitamente mejor que ellos a él. Y, por vez primera, pasaban a depender de aquel ser, lo que podía sugerirle alguna estratagema.

—¡Doscientos millones de años...! —susurró Shangrin cerrando los ojos.

Se volvió hacia el Runi.

—¿Hay algún modo de regresar a nuestro tiempo?

—No veo ninguno —contestó el Runi—. No estoy equipado para comprender los problemas del tiempo. Solamente he podido comprobar que habíamos pasado sin transición desde un determinado estado del universo a otro distinto. Si nuestra traslación ha sido de algún ser viviente, es probable que sólo él pueda devolvernos a nuestro tiempo.

—¿Y cómo podríamos establecer contacto con esa... entidad?

—No lo sé —contestó el Runi—. Pero deseo que comprendáis una cosa: nuestros mundos son simultáneos en el tiempo, aunque estén relativamente distantes en el espacio. En la época adonde acabamos de ser arrojados, ni vuestra raza ni la mía existían aún. De modo que yo me encuentro tan perdido como vosotros y mi deseo de volver a mi tiempo, a mi planeta y junto a los míos no es menor que el vuestro. Las circunstancias me obligan a ser vuestro aliado.

Shangrin manifestó gran emoción.

—Estamos de acuerdo, Runi —declaró con entonación grave—. Y juntos tendremos que salir del paso. ¿Qué te propones hacer? ¿Necesitas algo especial?

El Runi recobró su primitiva postura, dejando que unas lentas ondulaciones recorrieran sus anillos anaranjados.

—Nada —contestó a través del circuito traductor—. Voy a seguir estudiando los movimientos del caballo.

La partida parecía perdida para Shangrin. Pero Gregori le vio sonreír.

—El asunto va a ser duro —murmuró el capitán.

Y Gregori se preguntó si se estaría refiriendo a su enfrentamiento con los enigmas del tiempo, con una entidad desconocida, o con la tripulación del «Vasco».

CAPITULO 4

El robot-ujier recorría los pasillos concéntricos del «Vasco». Estaba pintado de negro, según la tradición, y una pequeña balanza de oro colgaba sobre su pecho, prendida a una cadenita del mismo metal. Cuando llevaba puesto aquel símbolo podía dar órdenes a un humano y debía ser obedecido por él. Con menos frecuencia llevaba colgada una pequeña espada de oro. Entonces sus poderes alcanzaban a obligar por la fuerza a un humano.

En aquel momento seguía un itinerario bien definido. Iba al encuentro de alguien que no le esperaba, y con este fin penetró en el recinto de un parque artificial, que durante la noche pasada había sido modificado por los robots-jardineros. Éstos habían sustituido el antiguo estanque por un riachuelo; instalaron colinas, plantaron árboles y cambiaron el anterior matiz del «cielo» dándole un tono grisáceo sugerente de nostalgias. La hierba aparecía verde, alta y tupida, mientras que el colorido de las flores salpicaba los taludes. Los robots-jardineros variaban tan a menudo como podían el aspecto de los parques artificiales, con objeto de evitar que los humanos llegaran a cansarse de ver siempre un mismo paisaje. Los cambios los realizaban a intervalos irregulares e imprevisibles, consiguiendo de este modo que ningún humano supiera anticipadamente con qué clase de paisaje iba a encontrarse y la sorpresa pudiese hacerle relativamente feliz.

Pero aquello era harto sabido por el robot-ujier, y la cosa le dejaba totalmente indiferente. Incluso estaba enterado de que el decorado actual trataba de representar un paisaje de la Prima Galaxia, lugar y nombre que para el robot no evocaba sino un conjunto remotísimo de estrellas y, sobre todo, la fuente y el origen de gran parte de aquel derecho legal cuya imposición, acatamiento y respeto constituía la principal de sus misiones. Y si bien era capaz de imaginar que aquella Prima Galaxia contaría sin duda con buen número de mundos, no todos necesariamente iguales al paisaje allí reproducido, en cambio ignoraba que las colinas, el río, la hierba y los árboles instalados reproducían la mítica imagen de un mundo casi olvidado, que había sido la verdadera cuna de la especie humana.

Hasta el mismo robot advertía la singularidad y el exotismo de aquel decorado.

También los humanos se mostraban subyugados por él, pues lo recorrían profiriendo exclamaciones de asombro. Algunos se habían tumbado ya sobre la hierba, mientras un grupo de niños jugaba junto a la orilla del riachuelo, vigilados por una profesora humana. El robot-ujier desaprobaba el empleo de profesores humanos. Opinaba que tal tarea era poco digna para aquella especie. Tan indigna, de hecho, como cualquier tipo de trabajo; y juzgaba la presencia de aquella mujer como el pernicioso reflejo de ciertas ideas modernas.

Avanzó decididamente hacia la profesora sin dejar ninguna huella sobre la hierba, puesto que se movía flotando en el aire, a unos centímetros sobre el suelo.

Una vez frente a ella, la examinó con severidad: rubia, de unos treinta años, vestida con pantalón y blusa azules, con un rostro ovalado de piel suave y ojos de color azul muy claro.

Esbozaba en sus labios una sonrisa tranquila, y su actitud revelaba seguridad en sí misma.

El robot-ujier incrementó un poco su separación del suelo y se encaró con la profesora. No le estaba permitida la pretensión de equipararse de aquel modo con los humanos, pero él consideraba que tal atrevimiento confería mayor dignidad a su misión, dignidad que reflejaba automáticamente sobre los humanos. El robot se había convertido en un experto en casuística.

—¿Norma Shundi? —preguntó. La mujer se volvió con viveza.

—¿Qué desea?

—Se le convoca para formar parte del consejo. La sesión se abrirá a las veinte horas, y figura en la orden del día una demanda de destitución formulada contra el capitán Varun Shangrin.

Ella pareció sobresaltarse.

—¿Destituir al capitán? ¿Por qué?

—La acusación se refiere a un abuso de poder por parte del capitán.

—¡Ah! ¡Ese dichoso incidente! En realidad, ni siquiera sé lo que sucedió. Dígame: ¿recae la acusación únicamente sobre la persona del capitán?

—Su segundo resulta automáticamente implicado.

—¿Gregori? ¡ No es posible! —exclamó la joven con la voz quebrada por una especie de sollozo—. ¡Yo no pienso participar en el consejo!

—Está obligada a ello, salvo enfermedad u otra causa de fuerza mayor.

—Nunca formé en un consejo. Ignoro de qué modo tendría que actuar.

—La mayor parte de los miembros que integrarán el consejo de esta tarde no tendrán sobre el caso una experiencia superior a la suya.

—¿Es que no hay modo de eludirlo?

—Ninguno —contestó el robot.

—¡Pero es un sistema absurdo! —protestó ella—. ¿Cómo puede escogerse a la gente al azar?

—Así lo dispone el reglamento.

El robot-ujier dio media vuelta y se alejó. Era curioso observar cuan diferentemente reaccionaban los humanos cuando eran requeridos para formar parte del consejo: algunos se sentían visiblemente halagados, y otros manifestaban un invencible temor a no saber comportarse debidamente.

Sólo algunos respondían con total indiferencia, pero incluso éstos acudían a la citación. Se habían previsto sanciones para quienes incumplieran aquel deber sin causa justificable, aunque su aplicación se hacía pocas veces necesaria. La pequeña espada de oro y su cadenita permanecían casi siempre inactivas en el fondo de un cajón.

Al robot-ujier todavía le quedaban otros cinco humanos que avisar. La lista de sus nombres había sido decidida por el servicio de estadística, encargado de designar a los componentes del consejo mediante simple sorteo entre los adultos del «Vasco». El sistema democrático vigente en todas las naves de la Magallanes Menor era el supremo perfeccionamiento de los métodos de sondeo de opinión. Desde hacía mucho tiempo estaba demostrado que podían conocerse los deseos y preferencias de población

interrogando solamente a un reducido porcentaje representativo de la misma. La derivación lógica del hecho consistió en confiar el poder a dicha selección. Las sesiones del consejo no eran regulares a bordo de la nave, pues se convocaban únicamente cuando se planteaba algún problema de suficiente gravedad, o a petición del capitán o de un determinado número de pasajeros. Todo el mundo podía resultar designado, a excepción de ciertos especialistas cuya imparcialidad se consideraba necesaria, como por ejemplo, los miembros de las formaciones de combate.

La finalidad perseguida con aquel sistema era que nadie pudiera controlar la composición del consejo. Los robots-ujier tenían asignada, entre otras misiones, la salvaguarda de que tales normas fuesen escrupulosamente cumplidas.

Cuando penetró en la sala del consejo, los ojos de Norma Shundi buscaron en seguida a Gregori. Pero la tribuna aún estaba vacía. Los cargos de la acusación figuraban resumidos en una pantalla luminosa: abuso de poder y práctica de un experimento capaz de poner en peligro a la nave y a sus pasajeros.

Según la ley, la solicitud de destitución se mantenía anónima.

«¿Quién se habrá atrevido a formularla?», se preguntó la joven.

Se instaló en una butaca y dejó que su mirada recorriera el negro techo del lugar, donde destacaba la estela lechosa e irregular de la nebulosa de Magallanes. «¿En qué lugar del espacio estaremos ahora?», consideró. Circulaban por la nave ciertos rumores sobre un incidente que les habría desviado de la ruta. Pero Norma no se sentía muy afectada por el hecho: era relativamente feliz a bordo de aquella nave, disfrutaba cuidando de los niños y, sobre todo, amaba a Gregori.

La profesora advirtió que Henrik, el jefe de navegación, hacía una entrada un tanto espectacular para dirigirse a su puesto. Acudieron finalmente los robots-ujier y la sala no tardó en llenarse. Uno de los colegas de Norma, un muchacho taciturno y silencioso, fue a sentarse a su lado.

Un robot-ujier pronunció algunas palabras rituales y declaró abierta la sesión. Entonces apareció en la tribuna Varun Shangrin, seguido de cerca por Gregori. Se hizo el silencio en la sala durante más de un minuto, mientras Norma devoraba con la mirada las figuras de los dos hombres. Shangrin dominaba al consejo con su gigantesca estatura; a su lado, Gregori parecía casi endeble.

Empezaron a oírse cuchicheos, que Shangrin escuchó impasible. Montañas de documentos se apilaban sobre la mesa de Henrik. Éste los examinaba con nerviosismo y miraba de vez en cuando, furtivo, en dirección al capitán. Shangrin acarició su barba pelirroja.

—¡ Pido la palabra! —bramó.

Los murmullos cesaron al instante.

—Y me la concedo —añadió bajando un poco el tono—. Por lo visto, alguien ha querido aprovecharse de la situación para reclamar mi destitución. Desdichadamente, tal cosa es imposible.

Lanzó una ojeada circular sobre el público y agregó:

—Y digo imposible porque acabo de dimitir. Un componente del consejo se levantó.

—Eso es inadmisible en las presentes circunstancias —replicó—. Exigimos ciertas explicaciones previas.

—¡Sí, sí! —corearon varias voces—. ¡ Queremos saber qué ha sucedido!

Gregori sonreía. Norma se dijo que la situación no sería tan comprometida, y que ellos debían contar con alguna baza capaz de dar un giro radical a la cuestión.

—¿Cuál es su opinión sobre lo ocurrido? —preguntó Shangrin dirigiéndose a su interlocutor. Un ujier intervino sin demora.

—Se ruega al interpelador que se identifique —exigió.

—Peer Nardi, xenólogo —aclaró el hombre.

Era alto y delgado, con el cabello de un gris metálico que le daba un aspecto distinguido, y hablaba con voz contundente, más bien tajante.

—No he dejado de oír algunos rumores que circulan hoy por la nave —añadió—, y de los cuales se deduce que, por algún motivo inexplicable, hemos dado un salto inconcebible en el espacio y ahora nos hallamos en una zona desconocida. También le he oído a usted, capitán, jactarse del descubrimiento de un sistema de propulsión instantánea y pretender que había experimentado con nuestro propio navio. No voy a ocultarle que no me creo semejante invento. Y no me gusta nada este embrollo de supuestos descubrimientos, de mentiras y de misterio. ¿Qué se nos oculta?

Se levantó otro hombre, al que Norma conocía porque vivía en su mismo sector de la nave y por cierta devoción que el individuo parecía profesarle.

—Jal Derin, metrólogo —se presentó—. Trabajo en los instrumentos de precisión, donde he descubierto evidentes aberraciones. He tratado de establecer contacto con el departamento de física de la navegación para comprobar si habían registrado allí algo semejante, pero se me ha negado la comunicación. Eso es inadmisible.

El hombre parecía sinceramente indignado.

Henrik, viéndose directamente aludido, se removió en su asiento.

—Yo tenía mis órdenes —se excusó.

—¿Órdenes de quién?

—Del capitán.

—¿Tiene usted alguna idea respecto al lugar donde nos encontramos?

Henrik vaciló.

—Creo que sí. Pero es algo tan fantástico, que...

—¡Le ordeno que se calle, Henrik! —cortó estentóreamente Shangrin.

Y gesticuló con tanta violencia, que parecía dipuesto a estrangular al jefe de navegación si seguía hablando.

—¡Inadmisible, inadmisible! —protestaron multitud de voces. El capitán pareció ignorarlas.

—¿Alguna otra pregunta? —inquirió.

—¡ Sí! —intervino una mujer—. Soy Dora Norte, biólogo. Algunos rumores afirman que habremos de seguir viajando otros diez años, o quizá más, antes de alcanzar Magallanes Menor. ¿Es cierta o no esta suposición?

—Lo ignoro por completo, señora —contestó Shangrin, cuya voz adquirió de pronto la dulzura de la miel—. Pero debo decirle que, por mi parte, nada me complacería tanto como poder disfrutar diez años más de su grata compañía.

Brotaron algunas risas, rápidamente sofocadas. «Está recurriendo a las bufonadas», pensó Norma. «¿Es ésta la única carta que le queda? ¿Ganar tiempo, divertir a la galería?»

—¡ Protesto! ¡ Que se permita a Henrik hablar! —impugnó Jal Derin.

—Objeción rechazada —sentenció plácidamente el robot-ujier.

—Henrik podrá hablar luego tanto como le plazca —tronó Shangrin—, pero lo hará en su momento. Y ahora, voy a exponerles lo que ha sucedido.

Se restableció el silencio, mientras volvían a sentarse los dos hombres y la mujer.

—El hecho se produjo a las siete horas y treinta y ocho minutos —empezó el capitán—. De improviso, el aspecto de todo el cielo experimentó una radical transformación. Todos los que estaban frente a una pantalla pudieron comprobarlo...

El texto de la acusación, iluminado hasta entonces en el visor situado a espaldas de Shangrin, fue sustituido por la imagen del espacio que en aquellos momentos podía observarse desde la proa del «Vasco».

—Estábamos perdidos... Yo no conocía ninguna de las constelaciones visibles, y necesitaba dar tiempo a los navegantes para que trataran de determinar nuestra posición. Quise evitar que cundiera el pánico, y por eso prohibí las comunicaciones entre la cámara de navegación y el resto de la nave, al tiempo que afirmaba dominar la situación.

El capitán aspiró una gran bocanada de aire.

—Y no era verdad —añadió.

Shangrin introdujo una pausa, pero nadie protestó. Al parecer había decidido jugar la carta de la sinceridad.

—Pensé que lograríamos descubrir rápidamente el origen del fenómeno y que podríamos ponerle remedio. Pero ha resultado imposible.

Varias voces impacientes le interrumpieron.

—¡ Dimisión! ¡ Dimisión!

—Ya he dicho que la presenté —replicó fríamente el capitán. Los robots-ujier recorrieron la sala para restablecer el orden.

—He examinado minuciosamente las estrellas —prosiguió Shangrin—, y se me ha ocurrido una idea. Le he pedido a Henrik que realizara cierta prueba.

Henrik se levantó.

—¡Es fantástico! —dijo—. He recurrido a la ayuda de los cibernadores, y...

Pero el capitán le interrumpió.

—¡Espere! Muéstrenos antes la imagen del cielo que le mandé componer.

—Es que...

—¡Hágalo! Ya hablará luego.

Una pantalla hasta entonces apagada se iluminó presentando el aspecto del firmamento. Las estrellas brillaban sobre un fondo negro. Una simple ojeada permitía comparar ambas pantallas y advertir que, si bien las dos imágenes ofrecían marcadas diferencias, la configuración general de las constelaciones era casi idéntica. Ünicamente, en la pantalla inferior, algunos destellos intensos indicaban la presencia de varias novas no visibles en la superior.

—Esta imagen —explicó Shangrin señalando la pantalla más baja— representa una parte del cielo que ahora nos rodea.

Hizo un gesto y una tercera pantalla se alumbró en lo más alto de la pared.

—Y esa otra nos muestra el mismo horizonte observable desde el «Vasco», pero tal como era antes del fenómeno.

La voz del capitán adquirió una entonación dramática cuando irguió la cabeza y apuntó con la barba a los miembros del consejo.

—Respecto a la pantalla central —dijo—, fruto de los trabajos de Henrik, responde a la particularísima circunstancia de que representa la misma región del cielo enfocada más arriba. Pero, atiendan ahora a lo que digo, representa el estado de dicha región... doscientos millones de años atrás.

Shangrin esbozó una sonrisa demoledora.

—Para ser exactos, un poco más antigua: entre doscientos quince y doscientos treinta millones de años. Ahora le toca a usted, Henrik.

El jefe de navegación removió febrilmente sus papeles, mientras la luz producía reflejos sobre su calva. La excitación que le alteraba se debía más al descubrimiento que al miedo.

—Las analogías existentes entre esta imagen y la región espacial que tenemos ante nosotros son impresionantes —dijo—. Aunque faltan en ella numerosos detalles, que corresponden a cataclismos cuyas consecuencias ya no eran detectables, las constelaciones coinciden en su aspecto general.

—Lo que significa —prosiguió Shangrin— que no nos hemos trasladado en el espacio, sino en el tiempo. Hemos saltado bruscamente hacia el pasado. Seguimos viajando hacia Magallanes Menor, pero ésta se presenta ahora a nosotros tal como era muchísimo antes de que el hombre la colonizara, tal como era hace doscientos millones de años. Es decir, estamos en pleno pasado, en un pasado muy remoto.

—¡ Señor! —pronunció aterrada una voz femenina.

—Jamás volveremos a ver vuestros mundos de origen —sentenció con brutalidad el capitán—. Conviene que se metan esa idea en la cabeza antes de tomar cualquier decisión.

Y añadió categórico:

—Se suspende la sesión, que volverá a reanudarse dentro de veinte minutos. Recuerden los miembros del consejo que, en ningún caso, pueden comunicarse con el resto de la nave durante esta pausa.

El capitán dio la espalda a la sala y salió, seguido por Gregori. Se elevaron entre el público algunos gritos esporádicos, mientras se formaban pequeños grupos que discutían con nerviosismo las revelaciones de Shangrin.

«Es imposible, increíble», pensaba Norma mientras se dirigía hacia los pasillos. ¡ La nave seguía pareciendo tan real, tan segura! Nada había cambiado, salvo algunos puntos luminosos un poco diferentes en el firmamento. ¿Doscientos millones de años? Ella no se sentía ni un segundo más joven. Las estrellas podían pretender que el universo que ahora les contenía fuese doscientos millones de años anterior a aquel otro que les vio nacer, pero seguramente mentían dando una falsa imagen. La joven alcanzó el umbral del reducido despacho del capitán. Gregori estaba de espaldas a ella, sentado ante una pantalla que reflejaba el aspecto del cielo y mostraba siete puntos luminosos desplazándose lentamente entre los astros. Norma avanzó en silencio y depositó sus manos sobre los hombros de Gregori, el cual apagó la pantalla al sentirlas.

—Norma —dijo sin volver la cabeza.

—¿Está ahí? —preguntó ella.

Gregori señaló con la barbilla la puerta del puente de mando.

—Ha estado magnífico —continuó la joven—. Y también tú.

—Yo no dije nada.

—No importa. ¡ Parecías tan seguro de ti mismo!

—¡ Bah! Pura apariencia.

—No creo que lleguen a destituirle.

—No lo sé.

Gregori se levantó y tomó a Norma entre sus brazos. Pero tenía una expresión ausente.

—No debiste venir aquí —dijo.

—¡Sí! Necesito decirte que para mí no tiene la menor importancia el regresar o no a Suni, Loma o cualquier otro de nuestros planetas. Nunca la tendrá mientras tú sigas aquí.

—No vamos a poder vivir siempre dentro de esa nave. Hará falta que, un día u otro, pongamos pie en algún lugar.

—¿Y si no hay ningún ser humano en todo el universo que ahora nos cobija? No me importaría.

—No quise decir eso. Por otra parte...

—¿Qué?

—Nada. Lo sabrás más tarde.

Norma no insistió, limitándose a ceñirse más contra Gregori. Pero él la apartó con suavidad.

—Ahora no es el momento —dijo. Ella retrocedió, decepcionada.

—¿Crees que el capitán realmente va a dimitir? No sabes cuánto desearía que lo hiciera, para que tú quedaras más libre.

—No digas locuras. Ignoro qué decidirá, ni nadie puede preverlo. Pero tiene demasiado cariño al poder para soltarlo con una simple dimisión.

—Está jugando con el temor de la gente, ¿no crees? Por un lado, desearía que le destituyeran, mientras que por otro anhelo su triunfo.

—Sabe manejar a la gente, incluso demasiado bien. Pero la pugna es muy reñida.

—¿Crees que la situación es tan grave como él dice?

—Bastante peor, Norma.

—No consigo creerlo.

El estridente timbrazo anunciando la reanudación de la asamblea galvanizó los pasillos y arrancó ecos de las paredes metálicas. Se oyó gruñir a Shangrin tras la cerrada puerta y percibieron su recio pisar.

—¡Nos veremos más tarde! —dijo Norma, ya desde el pasillo.

Las tres pantallas situadas detrás de la tribuna estaban apagadas. Henrik se debatía como un gnomo entre quienes le asediaban a preguntas. Los componentes del consejo empezaban a adquirir conciencia de su responsabilidad, comprendiendo que también a ellos les alcanzaba la gravedad del momento. La tremenda verdad se difundía como el viento por la inmensa nave. Recorría los núcleos habitados, los parques artificiales, los lugares de recreo, las fábricas y laboratorios, y llegaba, en la periferia del navio, a los puestos de los módulos de exploración y a las estaciones de observación. Sería insistentemente comentada, repetida, impresa y leída. En una o dos horas, la nave no sería más que una angustiada esfera dando tumbos por las ignotas profundidades del pasado.

—Todos habrán tenido tiempo de reflexionar sobre nuestra situación —empezó Shangrin—. ¿Alguna pregunta?

Al principio nadie reaccionó, hasta que se levantó un hombre, un tipo casi tan fornido y de edad tan avanzada como el capitán.

—Arno Linz, jefe de patrulla —dijo—. ¿Conoce usted las causas que han provocado el fenómeno?

Todos conocían perfectamente a Linz. El primer módulo explorador que se posó sobre el planeta de los Runi iba mandado por él. Era un hombre áspero e implacable, un solitario, poseedor de un largo historial de aventuras. Había explorado un número de mundos mayor que cualquiera a bordo del «Vasco», y ello había dejado sobre su cuerpo más cicatrices de las que nadie pudiera exhibir.

—Las ignoro —confesó Shangrin—. Sin embargo —añadió mientras se acariciaba la barba y señalaba una pausa—, he reflexionado a fondo y opino que no se trata de ninguna catástrofe natural.

—¿De modo que el fenómeno fue provocado?

—Sostengo que un viaje a través del tiempo constituye una violación de las leyes físicas. Insisto en que se trata de un fenómeno artificial.

Los murmullos se incrementaron.

—¿Provocado por intervención de alguien del «Vasco»?

—No he dicho tal cosa. Creo que se trata de una agresión exterior.

El rumor de las voces redobló en intensidad. Norma se agarró a los brazos de su butaca y crispó los dedos hasta que le dolieron las articulaciones. Henrik se había levantado mientras tanto y tendía hacia Shangrin un dedo acusador.

—¿Qué le ha hecho llegar a esa deducción? —preguntó.

—He reflexionado, ya lo dije.

—¡Óigame bien, Shangrin! —jadeó Henrik—. Se le ocurren a usted unas ideas muy singulares. Y, además, curiosamente exactas. ¿Quién le propuso encargar esta imagen del cielo correspondiente nada menos que a doscientos millones de años atrás?

Shangrin sonrió, lleno de aplomo.

—Mi dedito meñique —contestó socarrón.

—No pongo en duda su inteligencia, capitán —insistió el jefe de navegación—, pero a nosotros no se nos habría ocurrido lo del salto hacia el pasado. Y ello por la sencilla razón de que tal cosa es contraria a toda lógica. No se trata de una deducción que pueda ocurrírsele a uno por casualidad. ¿A qué se debe que usted la tuviera?

—Me reservo por ahora la respuesta —replicó el capitán. Peer Nardi volvió a levantarse.

—¡Varun Shangrin, capitán de este navio! —exclamó patéticamente—. ¡Le conmino para que conteste a esa pregunta! No tiene usted ningún derecho a retener una información que nos concierne a todos. Se ha referido usted a una agresión, y todo nos hace suponer que está bastante enterado. ¿Tendremos que acusarle de complicidad con el agresor?

El silencio se había vuelto tenso.

—Me he referido a la posibilidad de una agresión —puntualizó Shangrin—, y creo que, de ser cierto, podría constituir nuestra mejor oportunidad.

—¿Por qué?

—Porque a un agresor siempre puede obligársele a reparar de algún modo los perjuicios que ha causado.

Era tanta la majestad y tan olímpico el poder irradiado por el capitán, que Norma se dejó caer en su butaca y cerró los ojos, aturdida. ¿Sería aquello la guerra? ¿Habría algo aún más horrible que hallarse perdidos en el fondo del pasado?

—Admito que no estoy seguro de nada —prosiguió Shangrin—, pero es posible que desde ahora contemos con un elemento que sea capaz de llevarnos a una respuesta. Observen, por favor.

Se iluminó una pantalla, y aparecieron en ella siete puntos luminosos que se movían en formación regular sobre el fondo estrellado.

—Son naves —aclaró el capitán—. Sistema de propulsión primitivo, insuficiente sin duda para largos trayectos interestelares. Estas naves sólo pueden abarcar un radio de algunos años luz. Y por supuesto, debieron ser construidas unos doscientos millones de años antes de que el hombre fuera capaz de abandonar su planeta de origen.

Todo el mundo quedó como petrificado. Tal vez por el miedo, quizá también porque comprendían lo que el momento tenía de único, de increíble. Norma no consiguió decidirlo con exactitud.

—Estos aparatos han sido detectados hace menos de una hora por la sección Observación. Evidentemente, se mueven en nuestra dirección, pero nosotros no constituimos su objetivo.

Norma se dijo de pronto, asustada, que el capitán la estaba mirando muy directamente. Parecía fijar en ella sus enormes ojos azul claro, casi saltones en sus cuencas. ¿Estaría enterado de sus relaciones con Gregori? No era probable porque, de ser así, lo habría desaprobado severamente. Abrigaba grandes planes para Gregori, y sostenía que un capitán ambicioso no podía someterse a sensiblerías.

Pero Shangrin no la estaba mirando a ella.

—Desearía formularle una pregunta a Zoltan, nuestro distinguido biólogo —dijo—. ¿Puede usted decirnos cuál es la antigüedad de la especie humana?

El biólogo se levantó. Era un hombre joven, con una frente desmesuradamente alta y una delgadez que le afeaba. Sus manos recorrían incesantemente la blancura de su bata, con los dedos crispados como las patas de una lívida araña.

—Un millón de años, aproximadamente —contestó.

—¿Cree verosímil que, mucho tiempo antes, pudieran existir una o varias especies parecidas?

El biólogo negó con la cabeza; luego dijo:

—El tema ha sido objeto de muchas controversias, pero las especies más o menos semejantes, digamos humanoides, que el hombre ha podido encontrar en sus exploraciones a través del universo, difieren relativamente poco de la nuestra en cuanto a antigüedad atribuible.

—¿Y en lo que se refiere a otras especies?

—Formalmente, sí. Conocemos vestigios de vida que tienen por lo menos cinco mil millones de años de antigüedad.

—¿Se trataba de vidas inteligentes?

—No sabemos nada sobre ello, aunque creo que no; sin embargo, es probable que haya existido algún tipo de civilización hace más de mil millones de años.

—Podría ocurrir entonces que nos encontráramos un día con ciertas civilizaciones no humanas, ¿no?

—Sí, lo creo posible.

Las manos del biólogo traducían su excitación, y sus ojos parpadeaban. ¿Hasta dónde pretendía llegar el capitán?

—¿Y con alguna civilización humana igualmente antigua?

—No, en modo alguno. Una de las teorías que nos explican la aparición de varias especies aproximadas, dejando aparte la del origen común, supone que las formas de vida se han ido sucediendo a través de grandes etapas, cada una de las cuales corresponde a un estado muy determinado del universo. Nosotros pertenecemos al ciclo del carbono, y todas las especies derivadas de este ciclo aparecieron aproximadamente

al mismo tiempo y siguieron evoluciones más o menos idénticas, conducentes hasta ahora al hombre.

Shangrin se dirigió a los miembros del consejo.

-Zoltan es uno de los mejores biólogos de Magallanes Menor, el hombre que ha formulado el concepto de las eras biológicas y las pautas vitales, sucediéndose como ondas a través del tiempo y del universo —.dijo—. Y él afirma que esas naves que aparecen en la pantalla no pueden estar tripuladas por hombres.

_¡Yo no he dicho eso! —protestó Zoltan—. Solamente sugerí que, a mi juicio, el hombre aún no ha podido aparecer en este universo.

_Muy bien; vamos a solicitar la opinión de Smirno, el jefe del departamento de xenología —propuso el capitán.

Un murmullo recorrió las filas del consejo. Smirno era el adversario más encarnizado de Shangrin, casi su enemigo personal. Sus controversias relativas a los Runi habían hecho temblar las paredes del «Vasco». El asiento del xenólogo había permanecido desocupado durante la primera parte de la sesión, y los del consejo habían atribuido aquella ausencia a la animosidad entre el xenólogo y el capitán. Pero Smirno acababa de entrar casi con sigilo, mostrando un aire tan reservado como pensativo.

—¿Ha examinado usted el aspecto de esas naves? —le preguntó Shangrin.

—Sí —contestó el xenólogo—. Conozco su forma a -grandes rasgos, y su modo de propulsión; pero un examen hecho en menos de una hora no resulta suficiente para...

—Son ahora sus primeras conclusiones lo que nos interesa —le interrumpió el capitán.

Las estrellas y los puntitos móviles desaparecieron de la pantalla, siendo sustituidos por la imagen de una nave desconocida. La amplificación era enorme, tanto, que los detalles llegaban a difuminarse. Pero la forma de huso aparecía muy clara, al tiempo que se veía surgir del casco toda una serie de artefactos: antenas, propulsores, tal vez armamento.

—Este navio ha sido construido por humanos, o cuando menos por humanoides —declaró Smirno.

—¿Se trata de una opinión o de una certeza?

—Digamos de una casi certeza. Existen siempre estrechas relaciones entre la tecnología de una especie inteligente y su aspecto físico. Todas las características de un objeto suelen estar concebidas en función de quien ha de utilizarlas. Creo que, si lográramos capturarlo, cualquiera de nosotros podría pilotar sin dificultad uno de esos aparatos.

—Esta nave aparece ahora situada a una distancia poco inferior a los cinco años luz —aclaró Shangrin—. Ello significa que, hace unos cinco años, estaba viajando por la zona donde la vemos ahora, y que, durante este tiempo, habrá llegado con toda probabilidad a su destino. Pero la civilización que la concibió subsiste todavía, y nos está esperando.

El capitán tendió un brazo hacia el navio fantasma inmovilizado en la pantalla:

—Zoltan pretende que ninguna especie humana podía existir en la era considerada. Es muy probable que tenga razón. Pero Smirno nos dice, en cambio, que esta nave ha sido construida por seres humanos, y todos conocemos su competencia. A primera vista, pues, ambas opiniones resultan incompatibles.

Shangrin sonrió, sin duda satisfecho de cómo lograba barajar su efectos previstos.

—Pero está la circunstancia de nuestro desplazamiento a través del tiempo —añadió—. Tanto Zoltan como Smirno pueden estar en lo cierto. Si los hombres que ocupan estos navios proceden del porvenir, ¿serán ellos quienes detentan el control sobre el tiempo?

—¿Pretende usted establecer contacto con esos seres? —preguntó Nardi.

—Por supuesto que sí. Desde que detectamos esas naves, he mandado reducir nuestra velocidad, abandonando el régimen intergaláctico para pasar a la velocidad interestelar y poder reintegrarnos dentro de poco al espacio normal. Nos estamos dirigiendo hacia el sistema del que parecen proceder los navios. Un sistema que cuenta con seis planetas, dos de ellos aparentemente habitables. Si esas gentes poseen el secreto del viaje a través del tiempo, no dejaremos de arrancárselo; si han sido ellos quienes, haciéndonos saltar el abismo de los siglos, nos han traído aquí desde nuestro tiempo futuro, vamos a hacérselo pagar caro. Si se avienen a ser amigos nuestros, comerciaremos con ellos; si prefieren la enemistad, les haremos la guerra.

—Su seguridad en sí mismo es excesiva, Shangrin —acusó Nardi—. ¿Pretende manipular a su gusto el tiempo y el espacio? Nos oculta cosas que ignoramos, y ahora nos propone un enfrentamiento con seres que parecen disponer de unos poderes superiores, que implican un increíble dominio de la física. Además, aún no ha contestado a mi pregunta.

—¡Ninguna absurda monstruosidad merece ser contestada! —replicó con aspereza el capitán—. Usted podrá aventajarme en ciertos conocimientos, señor Nardi, pero yo tengo algo de lo que usted carece: una envidiable experiencia en el juego del ajedrez. Ello me permite detectar una inteligencia superior siempre que me enfrento con ella ante el tablero. Gracias a esa aptitud he podido ganar ahora y aquí un aliado inestimable. Y no quiero ocultarles por más tiempo que debo a dicho aliado las informaciones que tanto parecen haberles sorprendido.

Algo insólito penetró en la sala. La asamblea vaciló entre el asombro y el asco antes de adivinar de qué se trataba. Parecía un armazón metálico sosteniendo una flaccida masa anaranjada en extraño movimiento. Habríase dicho que era un cangrejo monstruoso prendido en una enorme madeja de lana. Luego taladró el aire un chillido femenino y varios hombres se pusieron en pie con el rostro crispado y amenazador.

—¡ Calma! ¡Que nadie se mueva! —gritó Shangrin—. He aquí a mi aliado: el Runi. Yo mismo ignoraba hasta qué punto iba a sernos valioso cuando lo introduje clandestinamente a bordo de nuestra nave. Les ruego que le hagan una acogida menos hostil, ya que él representa nuestro único recurso para regresar a nuestra época.

«Es incluso demasiado extravagante para resultar pavoroso», pensaba Norma. «¿Un monstruo capaz de jugar al ajedrez? No, no tiene nada de humano... ¿Cómo un ser semejante va a poder ayudarnos? Tiene que sentirse tan solo, tan perdido en el espacio y tan deseoso de volver a su mundo como nosotros, y es imposible que lo consiga sin el auxilio de un humano...»

La joven vio que Smirno pedía la palabra, pero apenas pudo prestar atención a lo que decía el xenólogo.

—En las circunstancias actuales, lo mismo podemos condenar al capitán Shangrin que renovar nuestra confianza en él. Ha pisoteado leyes y reglamentos en todas las formas imaginables, pero es muy posible que su escaso respeto por la legalidad nos proporcione hoy alguna posibilidad de salvación. Cualesquiera que sean mis sentimientos personales con respecto a nuestro capitán, y atendiendo ante todo al interés general y a la supervivencia de la nave, sugiero que continuemos bajo el mando de Varun Shangrin y de su segundo.

—¡ Protesto! —vociferó Nardi.

Pero su grito se perdió entre la confusión general. Los robots-ujier emitieron varios silbidos estridentes que atormentaron muchos tímpanos, y se restableció la calma.

—¿Tiene algo más que decir, capitán? —preguntó uno de los robots.

—Sólo una cosa —agregó serenamente Shangrin, expresándose casi con lástima—. Deseo darles un consejo a algunos de mis jóvenes y atolondrados adversarios. Quiero recordarles que la mejor manera de ganar una guerra todavía consiste en cooperar con el enemigo, en conseguir su ayuda. Nada más, señores.

Los trámites de la votación fueron muy breves. El ochenta y siete por ciento de los miembros del consejo confirmaron al capitán en el mando, y le otorgaron su confianza para afrontar la crisis. Una vez más, Varun Shangrin había logrado vender su mercancía.

CAPITULO 5

El aspecto tan normal, casi familiar, del navio ampliado en las pantallas era lo más sorprendente. Un tremendo abismo de tiempo separaba a sus constructores de los magalláneos, pero los antepasados de éstos habían recorrido la Prima Galaxia con unas naves extraordinariamente parecidas a aquélla. Según las leyendas, los antiguos magalláneos incluso se habían atrevido a franquear las distancias intergalácticas con artefactos apenas más potentes, aventurándose en singladuras increíblemente prolongadas.

Arrellanado en su butaca, Shangrin cargaba su tetera, mientras Smirno contemplaba con nerviosismo las pantallas de la cámara de ruta y Gregori dictaba órdenes a un robot,

—Son ochenta y siete los navios que se mueven por el sistema estelar en que acabamos de penetrar —comentaba Shangrin—. No es demasiado.

—Esa civilización parece hallarse en sus comienzos —comentó Smirno. El xenólogo se esforzaba visiblemente en colaborar, procurando no manifestar su antipatía hacia el capitán—. Seres que se están iniciando en los viajes interestelares. Dudo realmente de que podamos encontrar a través de ellos el medio de recobrar nuestra época.

Aquel sistema estelar contenía siete estrellas relativamente próximas entre sí: había menos de doce años luz entre las más separadas, y la distancia entre las más cercanas no alcanzaba un año luz. Cada uno de los soles estaba rodeado de planetas habitables y en diversa etapa evolutiva. El conjunto reunía las condiciones idóneas para que una civilización pudiera emprender fácilmente la exploración de su espacio. Sus componentes habrían pasado poco a poco de los viajes interplanetarios a las expediciones interestelares. Lo privilegiado de aquella disposición habría hecho innecesaria la laboriosa revolución tecnológica que, siempre según la leyenda, resultó indispensable en la historia de la humanidad nacida en la Prima Galaxia.

—No creo que esa gente sepa realizar el prodigio de viajar a través del tiempo —comentó el capitán—. Pero imagino que también ellos fueron traídos aquí, y que quizá puedan conducirnos hasta quienes manejan en realidad los hilos del asunto.

—Según usted, ¿podrían proceder de una época relativamente próxima a la nuestra? ¿Por qué habrían de saber más que nosotros sobre el caso, si son más primitivos? ¿No estarán padeciendo el mismo infortunio que nosotros?

Gregori dejó de dar órdenes.

—Todo hace suponer que hemos caído en una especie de agujero, una inmensa mazmorra del tiempo —dijo—. Imaginen que algún poderoso pueblo perteneciente a un lejano futuro se ha dedicado a sembrar de trampas el espacio y el tiempo. Y todos aquellos que caen en una de estas trampas se despeñan al fondo del pasado. Si las víctimas cuentan con suficiente tecnología, pueden sobrevivir. Superan una decadencia transitoria y acaban rehaciéndose y colonizando los planetas que les queden más cerca. —Gregori señaló los puntitos que se movían en la pantalla—. Es muy posible que esas gentes desconozcan su propio origen. Es lo que nos habría pasado a nosotros si el Runi no nos hubiera hecho comprender lo ocurrido.

—¡Habríamos acabado deduciéndolo, Gregori! —protestó Shangrin—. Derin, el metrólogo, ya intuía el buen camino. Hubiéramos descubierto que la masa de cada objeto y, por tanto, la del universo, había cambiado.

—Sin embargo —insistió Gregori—, no todas las víctimas habrán llegado a saberlo. Y los poderosos pueblos causantes de estos accidentes quizás están empeñados en guerras cósmicas que, por su misma magnitud, les impidan tomar en cuenta lo que cae en su defensas; pueden ser multitud los navios neutrales atrapados en ellas. ¿Quién presta atención a las miríadas de mosquitos e insectos acuáticos que pululan en los fosos de una fortaleza?

—Es posible —concedió Shangrin—. Pero yo creo más bien que los amos del tiempo vigilan todo lo que hormiguea en sus redes, y que acuden de vez en cuando a tomar lo más aprovechable. Conseguiré que se den cuenta de nuestra presencia por poco que resulte humanamente posible, y les compraré nuestro rescate.

—Suponiendo que posea usted algo que pueda interesarles —intervino el xenólogo.

—Tampoco tenía qué venderle al Runi —replicó el capitán.

Smirno torció el gesto. No le gustaba que nadie le recordara el asunto de los Runi, y menos aún que lo hiciera el propio Shangrin. Fingió enfrascarse en el examen de la nave desconocida, cuyo perfil aparecía extraordinariamente claro. Ahora la tenían a menos de tres meses luz de distancia, lo que sugería la posibilidad de que no hubiese llegado a destino todavía.

—Se distinguen los ventanales en el fuselaje —dijo el xenólogo—. Ello indica que sus tripulantes no han conseguido todavía el dominio del espacio segundo. Todo coincide. —Y se volvió hacia Shangrin para preguntarle—: ¿Qué se sabe de las emisiones rastreadoras?

—La sección de transmisiones podrá empezar a facilitárnoslas de un momento a otro, tan pronto mejore la imagen.

Smirno, pensativo, observaba al capitán. No dejaba de percibir el ligero matiz irónico en cada una de sus respuestas. Parecía estar diciéndole una y otra vez: «Usted es para mí un simple mecanismo técnico, y yo me limito a utilizarle».

La mirada del xenólogo se volvió entonces a Gregori, que estaba examinando unos mapas, y dedujo que todo el aspecto del segundo permitía considerarle un hombre ambicioso. Pertenecía a la xenología intuir las pasiones latentes en las personas y el descubrir en ellas posibles defectos, puntos débiles o sensibles en su intimidad. Gregori aspiraba sin duda a ocupar algún día el lugar del capitán. Y cuando lo consiguiera, probablemente sería muy parecido a él; quizá más cauteloso y menos autoritario pero con mayor astucia e igualmente despótico. Si Shangrin reflejaba olímpica sed de poder y una codicia casi ilimitada, Gregori no delataba aquellos sentimientos aunque ambos hombres fuesen en realidad tal para cual. Ambos eran poderosos, le gustaran o no a él.

En cuanto a Smirno, ¿en qué consistía su pasión? No conseguía contestarse a su propia pregunta. ¿La ciencia? Ni ella le colmaba. Le gustaba vivir pero, contrariamente a la mayoría de los magalláneos, no creía realmente en la felicidad. Se sentía envejecer inmerso en el hastío. Estaba harto de dar tumbos en aquella vieja bola del «Vasco». Envidiaba al capitán y a su segundo porque la actividad a que se dedicaban parecía llenar sus aspiraciones. El xenólogo admitió con amargura que su verdadera pasión era la envidia, una envidia terrible.

Pues, ¿qué era de hecho un xenólogo? ¿Algo más que la quinta rueda de un vehículo? En cualquier caso, un hombre que acompañaba a los expedicionarios y que, nueve de cada diez veces, terminaba el viaje sin haber servido para nada; pero que de improviso podía verse enfrentado a tremendas responsabilidades, tales como el repentino contacto con alguna forma de vida o de inteligencia desconocida. El xenólogo debería saber un poco de todo sin conocer nada a fondo, porque su campo era demasiado extenso. Solamente disponía de una abrumadora montaña de fichas, de todos los datos acopiados sobre formas de vida ajenas y sobre civilizaciones no humanas. Un xenólogo era un hombre que clasificaba fichas hasta nunca acabar, y que con suerte podía agregar algunas a su tiránico fichero.

En los grandes departamentos de documentación de los mundos centrales, los xenólogos de Magallanes Menor desempeñaban una labor mucho más interesante: reunían y comparaban informaciones y edificaban así sus teorías. Esto resultaba de veras apasionante, capaz de conferir un auténtico sentido de la vida. Ya no consistía sólo en combinar fragmentos de biología, de física, de psicología, de lingüística y de intuición para acabar mezclándolos, con mucha imaginación, y llegar así a formarse una vaga idea sobre una especie partiendo de algunos datos heterogéneos.

No dejaban de oírse burlas a bordo de las naves que la xenología era un arte contradictorio. Un juicio que no era del todo infundado, pues el buen xenólogo estaba condenado a intuir lo extraño y a desconfiar de las abstracciones. Pero no ocurría así en los mundos centrales, donde los xenólogos podían utilizar su inteligencia. Smirno se decía que, si alguna vez lograba regresar a Magallanes Menor, pediría un empleo entre los investigadores. Pero era inútil soñar en aquello ahora. ¿Cómo iban a salir de aquel pozo de doscientos millones de años? Estaba condenado a no poder ser nunca lo único que realmente deseaba.

El xenólogo interpeló al capitán midiendo cuidadosamente sus palabras.

—Óigame bien, Shangrin —le dijo—. He aceptado colaborar con usted sólo porque la situación lo exige. Pero si el azar nos permite volver algún día a Neo-Sirius, pienso entablar una querella legal contra usted. Y seré implacable, créalo.

—¡ Perfectamente! —contestó con sarcasmo el capitán, sin dejar de aspirar el aroma que despedía su tetera—. Admito que es usted casi tan claro como el Runi.

—¡ Ya lo tengo! —gritó Gregori—. ¡ Logré conectar una emisión capaz de ofrecernos algo concreto!

Smirno se sintió aliviado ante aquella interrupción. Comprendía que no podía con Shangrin, quien se ensañaba con él recordándole a cada paso el asunto de los Runi. Pero ya le acosaría hasta humillarle, hasta obligarle a suplicar perdón.

En otra pantalla, a la derecha de la nave desconocida, empezó a vislumbrarse una imagen confusa, sacudida por líneas cruzadas. Aunque se alteraba de vez en cuando, acabó fijándose lo suficiente para permitir distinguir la figura de un hombre extrañamente ataviado y que parecía hablar con mucho énfasis. Lucía una corta barba negra que enumeraba unos labios delgados y crueles, y sus ropas parecían tejidas con gruesos hilos metálicos pero lo más curioso era que pendiendo de su cintura, llevaba un verdadero puñal enfundado en una vaina de piel escarlata.

—¿Una raza bárbara? —aventuró Gregori.

—¡Dejémonos de supuestos prematuros! —replicó el xenólogo.

—¿Entiende algo de lo que dice? Smirno negó con la cabeza.

—Yo no soy lingüista —dijo—. Sin embargo, tengo la vaga impresión de reconocer algunas raíces originales. Los sonidos de su lenguaje no difieren mucho del nuestro. Puede tratarse de alguna forma paralela o más evolucionada.

—Los semánticos lo estudiarán —intervino Shangrin—, y creo que podrán darnos alguna traducción en un par de horas. Pero me gustaría conocer su opinión previa, Smirno.

El xenólogo se revolvió con furia.

—¿Quiere ponerme en ridículo, capitán?

—De ninguna manera —negó categóricamente Shangrin—. Sepa que estimo sus capacidades posiblemente más que usted mismo. Ya sé que me detesta, y está en su derecho, aunque ello no nos facilite mucho las cosas. Pero no importa; ahora necesito su competencia, porque vamos a establecer contacto con esas gentes. Mañana mismo.

—¿Piensa abordar alguna de su naves?

—No —contestó Shangrin, embelesado en la contemplación del dorado té que llenaba su taza—, nada de naves. Vamos a poner pie en uno de sus mundos. Y tal vez lo conquistemos.

Smirno pensó que, en el fondo, odiaba al capitán porque le consideraba responsable del error que los xenólogos cometieron al juzgar a los Runi. Pero nada adelantaba con este razonamiento, ni atenuaba su rencor, como tampoco el conocer la causa de una herida alivia los dolores.

El «Vasco» se descolgó desde lo alto hacia la superficie del planeta. Tras circundarlo varias veces como un astro flamígero, eligió una gran llanura situada junto al ecuador y se lanzó sobre su objetivo. El espacio visible en las pantallas pasó del negro interplanetario a un azul progresivamente más claro. Las estrellas se extinguieron para volver a reaparecer y apagarse otra vez, según el navio describía sus órbitas yendo de la luz del día a las tinieblas de la noche para luego regresar a la claridad.

Y se repitió el siempre nuevo y grandioso espectáculo del suelo desconocido en un mundo virgen: continentes que ofrecían perfiles evocadores de formas entrecortadas por masas de nubes, picachos cubiertos de deslumbrante blancura, vastos océanos centelleando bajo la luz del sol como masas de metal fundido y oscuros en la noche como enormes manchas de tinta. Enjambres de puntitos luminosos jalonaban distancias en los continentes sumidos en tinieblas, delatando la presencia de otras tantas ciudades. El tráfico aéreo no era excesivo, y el «Vasco» lo ignoró. Henrik, Shangrin y Gregori vigilaban la gran pantalla esférica de la cámara de navegación, que les presentaba un mapa gigantesco desplazándose lentamente.

—Estamos cometiendo una imprudencia demencial —objetaba Henrik dirigiéndose al capitán—. ¿Por qué no ha situado usted al «Vasco» en órbita? No tenemos la menor idea sobre sus posibles defensas.

—Quiero impresionarles —replicó Shangrin—. Y conozco su armamento. No pueden causarnos ningún daño.

—Por otra parte —observó Gregori—, veo que sólo protegen sus ciudades.

—Lo que me extraña —prosiguió Henrik— es que se hayan negado a establecer contacto con nosotros, después de emitir repetidamente en sus mismas frecuencias. ¡Y nos han contestado con cohetes!

—Están en guerra —recordó Shangrin—, y se habrán figurado que se trataba de una trampa. Smirno está estudiando las fotografías que hemos tomado al sobrevolar sus ciudades y planicies. ¿Podrá aclarar algo?

—Tratará de formarse una idea sobre la clase de sociedades que viven aquí. Una cosa, capitán: creí que Smirno le detestaba a usted cordialmente. Y ahora, en cambio, parece haber borrado de su memoria el asunto de los Runi. Hasta colabora con usted como si nada hubiese ocurrido.

—Me odia, lo sé. Pero eso carece de importancia. Smirno es un hombre frío, y no intentará nada contra mí mientras dure la actual situación. Esperará a que hayamos salido de apuros.

—Yo no me fiaría demasiado.

—¿Por qué no? Él se limita sólo a su labor. Es el mejor xenólogo del navio y uno de los más eminentes de Lorna, y tiene un equipo de científicos de lo más experimentado. Le necesito y no dudo en darle toda mi confianza. He podido comprobar que las personas que me detestan me sirven con más celo que quienes me admiran.

—Ya sabemos el nombre de este planeta —dijo Gregori—. Le llaman Xandra.

No le gustaba el giro que tomaba la conversación entre el capitán y Henrik. Pero sabía que nada le impediría a Shangrin llegar hasta el final de sus sarcasmos.

—Tampoco usted siente ninguna simpatía hacia mí, Henrik —insistió—. Me figuro que ambiciona mi puesto, ¿no? Es normal. Yo, a su edad, hacía ya ocho años que mandaba una nave. Supongo que será eso lo que le mortifica. Se debe imaginar gobernando el «Vasco», dirigiendo esta vieja bola de metal entre las estrellas que tan bien conoce, ¿verdad?

—¡Por favor, capitán! Yo no..., nunca...

—Lo sé. Pero usted jamás llegará a ser capitán, Henrik. Le falta el empuje necesario, sépalo. Yo le llevo diez años de edad, pero sigo doblándole en energías. Yo sé gritar, intimidar si hace falta, pero usted no es capaz de hacerlo. Yo tengo aún sutileza en la mente, pero usted se limita a ser un carácter artero.

Henrik enrojeció hasta la calva, lo que era en él un signo de violenta cólera. Shangrin se complacía en provocar a sus oficiales para manejarlos a su antojo. Cuando ya no fuera capaz de hacerlo y les dejara indiferentes, sería un hombre acabado, habría dejado de jugar con las pasiones humanas y ello anularía su poder sobre las cosas. Estaría muerto.

Enrojecidos por la fatiga, los ojos de Smirno examinaron la pantalla por enésima vez. La imagen era deficiente y la luz demasiado cruda, pero perdía los detalles si atenuaba el brillo. Y eran justamente los detalles lo que él escrutaba obstinadamente, pues ellos deberían informarle sobre el nivel evolutivo de aquel pueblo, sobre su tecnología, sus aptitudes y hasta quizá sus sentimientos.

La pantalla mostraba una ciudad, una de las aglomeraciones urbanas del planeta, no muy numerosas en resumidas cuentas, poco más de un centenar. No era mucho para una civilización que acababa de iniciarse en el dominio del espacio. La ciudad aparecía rodeada de altas murallas. Poco visibles en la pantalla, los edificios se adivinaban comprimidos por el pétreo cinturón, que los ceñía con sus macizos torreones. Todas las ciudades parecían hoscas fortalezas. Y eso resultaba extraño. Ninguna muralla podía ofrecer protección contra un ataque procedente del cielo. Y los habitantes de aquellas

ciudades sin duda temían al espacio aéreo, pues habían lanzado contra el «Vasco» algunos cohetes primitivos dotados de cabeza nuclear que estallaron en la alta atmósfera, mucho antes de alcanzar a la nave, provocando inmensas auroras boreales.

Las pantallas habían registrado la rauda y brillante ascensión, rematada por una estela de humo, de aquellos enjambres de cohetes. Pero un dedo invisible lanzado por el «Vasco» los había hecho estallar prematuramente, creando un repentino infierno en pleno cielo, a millones de grados de temperatura, sin que nada llegaran a destruir en la alta atmósfera de Xandra.

Las ciudades se abstuvieron de disparar nuevas salvas. Sin duda comprendieron su impotencia frente a aquel navio esférico que invadía su espacio.

Planicies y cadenas montañosas se sucedían en las pantallas. Sorprendía que, en una civilización de aquel nivel, las ciudades permanecieran confinadas dentro de recintos amurallados. Normalmente debían cultivar la tierra situada a su alrededor, poseer carreteras y otros sistemas de comunicación, pero nada de ello aparecía. Las ciudades eran como islotes pesadamente equipados para defenderse contra su entorno, como reductos autónomos, aislados y obsesionados por la supervivencia. ¿Qué clase de guerra se estaría desarrollando allí abajo? ¿Acaso los ejércitos se limitaban a desplegarse por las llanuras, a ocupar las crestas, a hostigar las ciudades?

A Smirno le correspondía determinarlo, aunque no dispusiera de ningún elemento bastante seguro para conseguirlo. Si existían allí verdaderos ejércitos, no parecían disponer de medios de comunicaciones razonablemente evolucionados, ni de armamento realmente moderno. Tampoco se concentraban formando cuerpos en número suficiente para que se les viera desplazarse o combatir. ¿Acaso aquella guerra rebasaba los límites del planeta, tal vez los del mismo sistema estelar? ¿Serían acaso las supuestas ciudades insospechadas cabezas de puente de un ejército ajeno dispuesto a invadir Xandra? Era posible que los navios anteriormente detectados por las pantallas como simples puntos luminosos estuvieran enzarzados en alguna dramática batalla. El «Vasco» se había limitado a prestar la misma atención a sus evoluciones que un águila a un enjambre de moscardones. Algún imperio podía estar en trance de nacer o desaparecer. Quizá reinara en Xandra y en todo su ámbito espacial la peor de las anarquías. Y él no podía saberlo; su situación era la de un hombre que contempla la frenética agitación de un nido de hormigas.

Multitud de datos iban acumulándose sobre la mesa de Smirno, pero le aclaraban muy poca cosa. El significado de la mayoría de ellos era demasiado inseguro para merecer auténtico interés, puesto que aludían a personajes y acontecimientos totalmente desconocidos para el xenólogo. Sin embargo, parecía referirse a algún imperio o algo similar, y sin llegar a aquilatar el porqué, se intuía a través de sus términos que aquella supuesta entidad estaba gravemente amenazada.

El navio se inmovilizó a veinte metros del suelo, entre agudos silbidos y huracanes rugientes, como una tempestad. Flotaba como una esfera limpiamente perfilada, como una pulida masa de más de un kilómetro de altura. Era bruñido, bello y enigmático. Probablemente nadie habría visto cosa parecida en el cielo de Xandra. Era un increíble prodigio.

Shangrin soltó una carcajada.

—¡Hemos llegado! —exclamó—. Vamos a observar desde más cerca a esos tipos que quisieron hacernos cosquillas con sus átomos.

—Todo permite suponer —dijo Smirno con voz monótona— que, por lo menos latente, existe un estado de guerra entre los habitantes de las ciudades y los de las planicies. No soy historiador, pero las importantes fortificaciones de las ciudades implican que su superioridad tecnológica no basta para asegurarles el control de todo el planeta. Como es natural, esta hipótesis necesita ser confirmada, pero...

—'¡ Con cuidado, poco a poco! —ordenaba Gregori en aquel momento, ajeno a las explicaciones—. Hagan salir los deslizadores de los grupos siete y nueve. ¡ Sin precipitaciones! Muévanse con precaución y nada de atolondramientos. ¿Cuántas veces habré de repetir que no necesitamos invadir el terreno en un minuto?

—El servicio de observación señala que un escuadrón de jinetes se mueve por el nornordeste, a menos de cien kilómetros, y parece dirigirse hacia aquí.

—No soy biólogo —proseguía Smirno—, pero el estudio de la fauna y de la flora nos sugiere que ninguna sociedad auténticamente agrícola existe en este mundo desde hace al menos...

—La nave se encuentra en estado de alerta C. Nadie puede abandonarla bajo ningún pretexto, a excepción de las patrullas. Sólo se abrirá fuego de índole defensiva. Los deslizadores llevan el armamento habitual.

—¡Vamos allá, hijos míos! —vociferaba Shangrin—. ¡A por el oro, el botín y el comercio! ¡No lamentaremos haber venido, ya lo veréis!

El «Vasco» parecía un hormiguero. En el seno de la enorme esfera, cada miembro de la tripulación ocupaba su puesto: los hombres de la navegación escrutaban el cielo, los biólogos y los geofísicos procuraban determinar si las características de Xandra eran del tipo T, el servicio de detección captaba mensajes que serían descifrados por los lingüistas, y los miembros de las patrullas de exploración revisaban sus armas. Shangrin lucía el uniforme azul de las grandes ocasiones; sobre el fondo oscuro de su atuendo, el rojo de su barba llameaba casi tanto como el disco que colgaba sobre su pecho sostenido por una cadena de oro. Desdeñó guantes y casco ya que solía detestar los sistemas de protección que le aislaban de la realidad, impidiéndole percibir los olores, el viento y el calor del sol.

En la parte baja del «Vasco» las grandes escotillas se abrieron y los deslizadores planearon silenciosamente hasta el suelo. Sobre cada uno de los potentes aparatos oblongos ondeaba una bandera con las armas de las Magallanes, y en el ocupado por el capitán, se había añadido su estandarte, púrpura y negro.

Shangrin revisó las líneas de sus hombres. Aunque el acontecimiento fuese frecuente, los magalláneos siempre procuraban dar cierta solemnidad a su llegada a un nuevo planeta. Los soldados saludaron con vítores a su jefe; para ellos no había perdido ni un ápice de su popularidad, y quedaba fuera de toda duda que jamás la perdería. Sencillamente, un día desaparecería de su realidad para entrar en la leyenda.

CAPITULO 6

Lo Alabulo fue el primero en ver los deslizadores. Cabalgaba en su hexápodo unicornio como explorador de la patrulla, sosteniendo el arco con la mano derecha y llevando el vron sobre el arnés de cuero que cubría su hombro izquierdo. Las alas quitinosas y vibrantes del gran insecto rozaban la mejilla barbuda del hombre, haciendo zumbar el aire con su agudo chirrido mortal.

Entrecerró los ojos para distinguir mejor los objetos que corrían sobre la llanura a una velocidad increíble. Parecían flotar en el aire, volando aunque no tenían alas como las del vron, y se acercaban derechos al escuadrón. Contó siete artefactos.

Hizo encabritar a su montura, volvió grupas, picó vigorosamente y el hexápodo se lanzó al galope. Sobre el hombro de Lo Alabulo, el vron desplegó las alas y se afirmó para resistir el viento de la carrera.

—¡ Son extranjeros! —gritó Lo avisando al Sar.

El Sar levantó su lanza en señal de batalla. Aquellos extranjeros habrían llegado en la gran bola de fuego que cayó desde lo alto, y todo lo que venía del cielo era para el Sar una evidente amenaza; salvo, por supuesto, las naves afiladas como flechas que parecían obedecer misteriosamente al Ulsar y les proporcionaban armas para luchar contra las ciudades. Pero, mientras las naves amigas hacían señales desde el cielo antes de aterrizar, aquellos intrusos no las habían hecho. Serían sin duda aliados de los hombres de las ciudades y habrían bajado para ayudarles. Pero no importaba. Las terroríficas armas puestas a disposición del Ulsar por sus aliados del espacio darían cuenta de aquellos extraños. El Sar estaba seguro de ello porque ya había destruido varias naves de las ciudades, caídas por accidente sobre los llanos o lo bastante imprudentes para haberse atrevido a provocarles.

La velocidad de los aparatos que acudían hacia él empezó a inquietar al Sar. La movilidad de los hexápodos era lo que confería fuerza y poder a sus patrullas. Pero, comparados con aquellos artefactos, ellos se arrastraban con la lentitud de gusanos. Un temible huracán parecía impulsar a los objetos desconocidos, abatiendo a su paso las hierbas de la llanura.

El Sar lanzó la orden de ataque y sus jinetes empezaron a desplegarse, mientras que Lo Alabulo regresaba a su puesto de explorador. El vron había notado la excitación de su amo y hacía vibrar las alas con mayor potencia. Afianzado sobre su carro de combate, el Sar acarició sonriente sus granadas de sol, capaces de fundir las rocas y que pronto volatizarían al enemigo.

Los aparatos desconocidos se detuvieron a tres tiros de flecha de Lo. El explorador esperaba verlos embestir y ya tenía tensado su arco, sosteniendo la flecha con los dientes para conservar libre la mano izquierda y poder soltar con ella al vron. Distinguió a los hombres que ocupaban los objetos voladores y les gritó una sarta de insultos, mientras encabritaba al hexápodo y le hacía caracolear con gallardía, demostrando así que no temía a nadie. Una vez más estaba dispuesto a sacrificar su vida. Los dioses habían ordenado destruir a los demonios que protegían a los hombres de las ciudades; tal era el precio puesto a la libertad de los pueblos de las planicies.

Lo Alabulo soltó al vron y el insecto partió como un rayo, impulsado por el potente brazo de su amo. Éste le vio tomar altura, describir varios círculos y, una vez elegida su víctima —un coloso pelirrojo que se erguía con imprudencia en la proa del mayor de los aparatos—, picar de pronto con las alas inmóviles, las patas encogidas y el aguijón dispuesto a escupir su mortal veneno.

Las picaduras del vron eran mortales de necesidad. Inyectaban casi un cuarto de litro de un veneno tan virulento, que incluso impedía aprovechar la carne de las presas que cazaba. Los vrons se utilizaban exclusivamente para la guerra.

Pero, a medio camino del objeto, el insecto fue frenado y luego cayó a plomo. Alguien, empleando un arma invisible, lo había derribado desde uno de los artefactos.

El furor y la desesperación abrasaron entonces el ánimo de Lo Alabulo. El vron era para él como un hermano. En numerosas batallas le había salvado la vida. El explorador lanzó un grito espeluznante y puso su montura al galope. Disparó su flecha en plena carrera y tuvo la satisfacción de ver que caía de espaldas uno de los ocupantes de los artefactos. Volvió un momento la cabeza y comprobó que el Sar le seguía con todos sus hombres. Mientras una nube de flechas silbaba sobre su cabeza, Lo Alabulo cargó nuevamente su arco.

Hasta que un dardo de fuego le alcanzó en pleno pecho, arrancándole de su hexápodo y derribándolo al suelo. Tuvo todavía tiempo de ver al animal retorciéndose entre llamas y aullidos, hasta que el dolor venció a la furia y la desesperación, y el bravo guerrero, destrozando su arco, se encomendó a los dioses.

—Son bárbaros, en efecto —admitió Smirno—. Van a atacarnos.

—Aún no —replicó Shangrin—. Sé cómo dominarlos. Que nadie se mueva.

El guerrero más cercano se entregaba a una insensata exhibición sobre su montura. Extendió de repente un brazo y algo emprendió el vuelo desde su hombro, sin que pudieran ver claramente de qué se trataba.

—¿Un cohete?

Dejaron que la cosa se aproximara.

—¡ Es un insecto! —exclamó Gregori—. ¡ Un insecto enorme! Shangrin asintió.

—Sin duda entrenan a esas bestias para la caza. En otros planetas he visto aves utilizadas del mismo modo. Juraría que un abejorro de este tamaño puede acabar con un hombre.

Gregori desenfundó y disparó. El monstruoso bicho sufrió una sacudida en el aire y cayó inerte, chocando contra el suelo con un ruido apagado.

Casi en el act'o oyeron un silbido que les hizo agachar instintivamente la cabeza. Detrás de ellos, en un deslizador, un hombre gritó y cayó.

—¡ Una flecha! —gritó alguien.

—¡ Ha muerto!

—¡Atención! —vociferó Gregori.

Los campos de protección fueron establecidos rápidamente y bloquearon la rociada de flechas. Sólo algunas de las primeras pudieron pasar y cayeron sobre los deslizadores, hiriendo o matando a algunos hombres.

Desde lo alto de su carro, el Sar vio estupefacto cómo las flechas de sus valientes guerreros chocaban con un obstáculo invisible. Pero él no creía en los dioses, aunque sabía que los hombres llegados del espacio tenían extraños poderes. Sonrió. A pesar de todo seguía confiado: nada era invulnerable a las granadas de sol. Tomó una de ellas, la acarició, activó el fulminante y luego la arrojó con todas sus fuerzas.

Gregori trataba de adivinar las intenciones de los jinetes, ahora inmóviles. Uno de los soldados había disparado desde un deslizador alcanzando al guerrero más próximo antes de que Shangrin tuviera tiempo de ordenar que aún no se replicara al ataque.

Caía la tarde. En el horizonte, la sabana empezaba a teñirse de un tono malva. El suelo de la llanura debía ser esponjoso, lo que explicaría la escasez de árboles.

—No creo que estos individuos sepan nada sobre viajes a través del tiempo —opinó Gregori. Shangrin se volvió hacia él.

—¿Le parece poco viaje la diferencia entre su aspecto y el nuestro?

—Va a resultar difícil entenderse con ellos. Ya ha habido víctimas.

—Lo sé —contestó secamente el capitán—. ¿Cuántas son nuestras bajas?

—Cuatro muertos y siete heridos.

—Eran unos valientes —dijo Shangrin.

—Seguirían siéndolo si hubiéramos tomado precauciones. El capitán miró inquisitivamente a su segundo.

—¿Ha perdido usted su confianza en mí?

—No. Pero esas muertes han sido innecesarias.

—Nunca pueden adoptarse todas las precauciones posibles. Quien lo supedita todo a la protección nunca consigue nada. ¿O acaso cree que yo me expuse menos que esos hombres?

—Desde luego que no —admitió Gregori.

Fue entonces cuando vieron que se elevaba una esfera reluciente desde el extraño carro de guerra tirado por dos animales, al parecer hexápodos. No revoloteaba como el insecto gigante, sino que describía una parábola hacia ellos.

—¡ Espacio! —exclamó Shangrin—. ¡Una granada atómica!

No estaba seguro de que la pantalla protectora lograra detener el impacto, por lo que apartó a un tirador y tomó personalmente los mandos de un arma pesada. Un chorro de fuego surgió del cañón y rozó la granada al tiempo que otros disparos empezaban a alcanzarla.

El proyectil estalló a suficiente distancia y el cielo se encendió con una blancura deslumbrante, como si fuera todo él metal en fusión. El campo protector contuvo la onda expansiva y la rechazó en dirección a los guerreros.

El Sar fue derribado violentamente de su carro. El golpe había tumbado a los dos hexápodos, matándolos sin duda. El vehículo volcó. Era un milagro que él hubiera salvado la vida.

Se levantó con dificultad, desenvainó la corta espada y miró a su alrededor. Un pequeño grupo de sobrevivientes huía a rienda suelta hacia el norte, mientras otros pugnaban por dominar a sus desbocados animales y los heridos chillaban y gemían por doquier.

El desastre había sido enorme. La granada había estallado demasiado pronto. Era habitual que alcanzara su objetivo antes de hacer explosión, pero en aquel caso, cuando la tocaron, los flamígeros dedos de los extranjeros, su incomprensible mecanismo había funcionado.

El Sar se reprochó el haber permitido que Lo Alabulo se pre-.cipitara al atacar. Tal vez habría sido posible pactar con los extranjeros y lograr para sí un éxito sensacional entre los de su clan, con lo cual habría eclipsado quizá la persistente estrella del Ulsar, cuyo prestigio parecía ilimitado desde que los aliados del espacio le pasearon en sus naves y que, según decía, había dialogado en persona con los mismísimos dioses.

Y los mortales dedos de fuego iban a posarse ahora sobre él. Los grandes aparatos avanzaban majestuosos, flotando en el aire lo mismo que una canoa sobre las aguas. El Sar levantó su espada y se dispuso a combatir: aquellos artefactos podrían arrollarle y triturar su cuerpo, pero él estaba dispuesto a morir luchando.

Enorme y ensordecedora, una voz llenó el aire sobre la cabeza del Sar. Hablaba el lenguaje de las ciudades, una lengua muy semejante a la de los hombres de las planicies, de la que sólo se distinguía por el acento. Mucho tiempo antes, aquel matiz había

significado irreconciliables diferencias de casta, y aún solía excitar la cólera en el corazón del Ulsar.

Pero aquella voz hablaba de paz. Elogiaba la valentía de los guerreros de las planicies y les proponía una alianza. Y también prometía tesoros.

Aturdido, el Sar depuso su actitud combativa. Luego contempló su espada y se echó a reír.

La voz de Shangrin retumbaba con el poder y la majestad de las olas del mar. Crecía e invadía el cielo, para volverse luego suave y persuasiva al infiltrarse entre los juncos. Pronunciaba frases gloriosas, conminativas, amenazadoras, amistosas.

—Somos mercaderes —decía Shangrin—. Los mundos son muy numerosos en el cielo, y nosotros nos dedicamos a ir de uno a otro para llevar siempre la dicha y la riqueza. Venimos de una civilización poderosa y controlamos grandes fuerzas, pero somos gentes pacífica. No tenemos intenciones de atentar contra vuestros bienes ni vuestras vidas.

El Sar vaciló. Todo aquello podía ser una sarta de mentiras, pero, si tal hubiera sido su intención, aquellos intrusos habrían podido fulminarle ya con sus rayos. Él iba provisto de sus amuletos, aunque creía poco en su eficacia: también los llevaba Lo Alabulo, y de poco le habían servido. En cambio, el Ulsar prescindía de ellos y era evidentemente temido y respetado. De cualquier forma, se sabía a merced de los recién llegados.

Arrojó al suelo su espada y se dirigió hacia los artefactos cruzando el herbazal. Fue entonces cuando el mayor de ellos descendió hasta el suelo. Una puerta se abrió en un costado y un hombre alto y corpulento, con una barba pelirroja, bajó decidido los cuatro peldaños metálicos.

Y también él caminó a través de los tallos. Avanzó hasta el Sar y le tendió la mano.

El Sar no acababa de dar crédito a lo que veían sus ojos. Aquella enorme esfera caída del cielo debía ser sin duda una estrella, pero era insólitamente fría al tacto. Antes de decidirse a entrar dentro del inconcebible artefacto, contempló impresionado el torrente de hombres y de material que éste vomitaba y tragaba. Pero el de la barba roja insistía en enseñarle el interior, y finalmente tuvo que ceder. Además, le acuciaba la curiosidad de saber cómo era una estrella por dentro.

Y así pudo ver el oro, las armas y unas granadas mil veces más potentes que las de los piratas. Le asombró ver que aquellos hombres de la estrella curaban a sus guerreros heridos por la explosión prematura, y cómo resucitaban a muchos que él mismo habría mandado rematar.

Le acosaron a preguntas y se sintió invadido por la desconfianza. ¿Por qué se empeñaban tanto en saber si su grupo actuaba en solitario, dónde tenían el campamento, quién era el Ulsar, contra quién estaban luchando, si solían visitarles otros hombres desde el espacio?

Pero le habían llenado las manos de oro, y colgaron de su cinto una espada mucho más buena que la que él había abandonado entre los juncos. Hasta le regalaron una pistola igual a la que llevaban los soldados de la estrella, un arma extraña que adormecía en vez de matar.

Acabó por estallar en carcajadas de júbilo y, durante el banquete que le ofrecieron después, contestó a todo cuanto quisieron saber.

Explicó que no actuaba en solitario, sino que formaba parte de un ejército muy numeroso mandado por el Ulsar. Él era uno de sus lugartenientes, y estaba convencido de que su jefe podía ser considerado como el principal dirigente de su bando en la

guerra que allí tenía lugar. El Ulsar era sin duda un hombre duro e implacable, pero también justo. Luchaba para borrar de la superficie del planeta las ciudades. La guerra era necesaria y justificada, pues en otros tiempos los habitantes de las ciudades habían tenido esclavizados a los hombres de las llanuras.

Le preguntaron cuánto tiempo hacía de aquello.

El Sar tuvo que hurgar en su memoria. Fue antes de que él naciera. Se trataba de hechos que narraban los guerreros más ancianos, y que el Ulsar repetía a sus soldados para enardecerles. Mucho tiempo atrás, no podía precisar cuánto, los hombres habían vivido felices en Xandra: tenían aldeas, cultivaban la tierra y, sobre todo, cazaban.

Hasta que llegaron unos hombres del cielo. Eran de otra raza y no muy numerosos, pero nada resistía al poder de sus armas. Sometieron a los habitantes de Xandra, les obligaron a edificar sus ciudades y acabaron convirtiéndoles en esclavos.

Aquello duró mucho tiempo. Estallaron algunas rebeliones y todas fueron cruelmente sofocadas. Pero luego, poco a poco, los privilegiados de las ciudades fueron relajando su vigilancia; necesitaban cada vez más esclavos dentro de sus murallas, y hasta confirieron a algunos de ellos un relativo rango.

Se intensificó entonces el robo de armas y la revolución obtuvo señalados éxitos. El ejército del primer Ulsar logró conquistar tres ciudades y arrasar hasta sus cimientos. Aquel Ulsar era muy hábil. Se dijo que había recibido ayuda de los dioses, gracias a lo cual consiguió capturar algunas naves interplanetarias y obligar a sus tripulantes a que las pilotaran para él. Hasta que un día se aventuró hacia las estrellas y jamás regresó de aquel viaje. También decían que una parte de sus naves se habían convertido en piratas y traficantes, y eran precisamente las que proveían de armas al actual Ulsar, sucesor de aquel otro de quien se sospechaba que había firmado extrañas y terribles alianzas en los remotos países de los soles. El Ulsar que ahora les mandaba incluso les había dado a entender que muchos mundos estaban empeñados en la misma lucha que tenía lugar en Xandra, y que se avecinaba el día en que todos los ex esclavos podrían unirse para aniquilar a los opresores en todo el ámbito del universo.

—¿Qué piensa usted de todo esto, Smirno? —preguntó Shangrin.

El xenólogo estaba contemplando en una pantalla las luces de una ciudad y el movimiento de unas aparentes luciérnagas que eran de hecho otros tantos aparatos aéreos. Aquel tráfico debía corresponder a un sistema de vigilancia.

—Nos convendría hablar con ese Ulsar —contestó Smirno—. El Sar no es más que un guerrero. En cambio el otro, según parece, es alguien importante, seguramente la cabeza política de esta situación.

El capitán se mostró de acuerdo.

—Buscaré al Ulsar, y le propondré una alianza.

—Me extrañaría que él pudiera aclararnos algo sobre nuestro problema. Creo que lo harían mejor los que le proveen de armas, aunque media un verdadero abismo desde la simple navegación interplanetaria y las granadas nucleares hasta los viajes a través del tiempo. ¿No sería preferible tratar de establecer contacto con las gentes de las ciudades?

Shangrin hizo una mueca de disgusto.

—Estarán menos enterados que el Ulsar. Al parecer, son sociedades en decadencia, francamente degeneradas. ¿Ha visto los clisés que nos han pasado los pilotos de las naves exploradoras?

—No —contestó Smirno.

—Enséñeselos, Gregori —le pidió Varun Shangrin a su segundo.

Éste los entregó al xenólogo sin decir palabras. Las fotografías habían sido obtenidas mediante un teleobjetivo muy potente, y mostraban parte de una muralla. Al pie de la misma se amontonaban, en trágicas pirámides, incontables cráneos humanos.

Smirno se estremeció.

—Gengis Khan, Hitler, Tarn... —murmuró.

—Ignoro lo que para usted significarán esos nombres —dijo el capitán—, pero yo sé lo que es un genocidio cuando lo veo.

—Éstos sí serán bárbaros —opinó Gregori. Smirno sacudió la cabeza.

—Peor, mucho peor. Porque, pretendiéndose civilizados, levantan esas horribles pirámides con la misma sangre fría que nosotros instalaríamos un espantapájaros. Eso demuestra que odian y temen a sus ex esclavos.

—¿Quieren saber mi opinión sobre el caso? —dijo Gregori—. Creo que la población de Xandra se debió efectuar en dos etapas. Hará muchísimo tiempo, quizá varios milenios, alguna astronave o tal vez toda una flota de ellas llegaría a este planeta, probablemente después de viajar a través del tiempo como nosotros. Sus tripulaciones lograrían sobrevivir, instalarse y reemprender su civilización partiendo casi de cero. Y digo casi porque, según habrán observado, el Sar posee algunos conocimientos de astronomía y parece que los explosivos nucleares no tienen secretos para él.

—Es posible que su pueblo haya aprendido algo de ello durante el cautiverio en las ciudades.

—Podría ser, pero no lo creo. Imagino más bien que sus conocimientos proceden de las tradiciones orales conservadas por los pueblos de las llanuras. Pero déjenme continuar mi hipótesis. Mucho tiempo después de esta primera colonización de Xandra, una segunda oleada de invasores llegó al planeta. Éstos procederían también del futuro, y habrían llegado accidentalmente, o sin esperanzas de regresar a su época; de no ser así no se habrían decidido a emprender una guerra de resultado incierto. Pero estos segundos pobladores poseerían una técnica más avanzada que los primeros, y no dudaron en aprovechar su superioridad para sojuzgar a los primeros ocupantes del lugar. Necesitaban esclavos para levantar sus ciudades y construir su armamento, así que echaron mano de los más débiles. Luego, con el tiempo, fueron impregnándose de la mentalidad de sus vasallos y acabaron declinando hasta degenerar en una barbarie tecnificada.

Shangrin depositó sus manazas sobre los hombros de su segundo.

—¡ Sutil teoría, Gregori! —alabó—. Llegará día en que sea usted tan fuerte como yo, siempre que aprenda a beber té. Pero olvida un detalle, el más importante.

—¿Un detalle? ¿Cuál?

—Nosotros somos la tercera oleada.

Desconcertado, Gregori se volvió hacia Smirno y luego de nuevo hacia el capitán. Observó entonces que Shangrin cubría sus ropas habituales con una fina y resistente cota de malla de metal rojizo, y se asombró ante semejante capricho.

—¿Qué piensa hacer ahora? —preguntó Smirno. Shangrin se rió jovialmente.

—Ya lo dije: pactaré una alianza con el Ulsar. Y después tomaré las ciudades, unas tras otra, hasta conquistar el planeta entero.

—¿Y luego? No creo que sus planes lleguen a darnos la clave del tiempo.

—Luego nos queda el espacio. Pasó usted por alto un segundo detalle en su teoría, Gregori.

—Los demás mundos —sugirió Smirno.

—¡ Exacto! La guerra de Xandra es sólo parte de un conflicto mayor entre dos imperios. Uno de ellos renace de sus cenizas y el otro trata de sacudirse el yugo al que está sometido. Pero estoy seguro de que, entre los recuerdos de alguno de estos imperios, o entre sus secretos, encontraremos lo que buscamos. Y entonces pienso comprarlo, o arrebatarlo por la fuerza.

—Dos imperios... —susurró Gregori.

—Digamos más bien tres —le corrigió Shangrin—. Los dos enfrentados... y Magallanes.

CAPITULO 7

Gregori aspiró profundamente, pero el aire de aquel parque artificial no tenía el vigor de tierra y de agua, de viento y de noche, que podía respirarse en la atmósfera de Xandra. También las perspectivas resultaban falsas y demasiado cortas las distancias, aparte de que el cielo no tenía suficiente profundidad y los relieves destacaban pobremente. Sin embargo, durante los viajes largos, Gregori solía buscar allí la ilusión de un contacto con la naturaleza y de un espacio libre. Saliendo de una angosta cabina o de un pasillo rectilíneo, el parque artificial parecía tan vasto como un planeta.

Vio a Norma rodeada de los niños. Ella gozaba cuidándolos. Si lograban regresar a Lorna, tal vez se casarían, pero no antes de que la crisis actual estuviera resuelta. Gregori pensó en los niños. Si el «Vasco» no conseguía recuperar aquellos doscientos millones de años, ¿qué iba a ser de ellos? ¿Cuántas generaciones tardarían en regresar a la barbarie?

Norma le vio llegar y corrió a su encuentro. Él la abrazó y la besó.

—No lo hagas delante de los niños —protestó la joven. Gregori sonrió.

—¿Cuándo podremos salir? ¡Tengo tantas ganas de respirar el aire libre! También quiero que los niños conozcan lo que es un verdadero planeta.

—Todavía no. El lugar no es seguro. Está lleno de bárbaros.

—Algo oí decir. Sin embargo, tú sí volverás a salir.

—Es necesario. Por otra parte, tampoco son tan peligrosos.

—¿Y él? ¿Qué va a hacer?

—¿El capitán? Se propone hacer la guerra. Ella le miró, horrorizada.

—Quiere atacar las ciudades. Cree que encontrará en ellas algún dato para resolver nuestro problema, y sus habitantes se niegan a negociar con nosotros.

Norma se separó y contempló pensativamente el juego de los niños.

—Estuvo magnífico durante el consejo —dijo—, pero te juro que me da miedo. No me gusta su forma de reírse. ¿Por qué se empeñó en cargar con aquel monstruo?

—¿El Runi? Yo mismo le ayudé a introducirlo en el «Vasco».

—¿Para qué?

—Así lo quiso el capitán. Ya sabes que no es hombre cuyas órdenes quepa discutir.

—Pero lo que hizo era ilegal.

—No para él. Y el Runi podía significar una baza formidable.

—¡Pero Gregori! ¡Cómo puedes comparar un posible beneficio con la seguridad de la nave entera y sus ocupantes?

—El Runi no es ninguna amenaza para nuestra nave. Al contrario, podría ser nuestra única tabla de salvación.

Norma no insistió, fijando en él sus claros ojos. Parecía insólitamente joven y resuelta. Gregori sabía que no era demasiado inteligente, pero tampoco era eso lo que buscaba en ella.

—¿Y esa guerra? —preguntó la joven—. ¿Crees que el capitán está en lo justo al desencadenarla?

—Poco importa ahora la justicia; aún tardará doscientos millones de años en ser implantada.

—Para mí nunca dejó de existir. ¿Piensas seguirle hasta el fin?

—Creo que sí. No podemos hacer otra cosa, y Shangrin es un gran capitán.

—Si pretendes llegar demasiado lejos, trataré de impedírtelo, Gregori. La guerra significa más muertes, mayores sufrimientos.

Gregori no pudo ocultar una sonrisa. La indignación de Norma era la de todas las mujeres de Magallanes Menor. Seguras de sí mismas, constituían el símbolo del tiempo, de la seguridad y hasta de la ley; templaban los arrojos de sus hombres con más eficacia que un ejército de jueces, pero incitándoles al mismo tiempo a dar lo mejor de sí mismos. A fuerza de intuición, ellas defendían a sus hijos y hasta a la misma especie, oponiéndose en caso necesario a la ciega codicia masculina.

Entre Shangrin y Norma, la pugna parecía demasiado desigual. Pero podía no serlo tanto. Era posible que sólo una mujer consiguiera vencer a aquel viejo solitario que había derrotado al espacio, a tantas razas extrañas, a las asechanzas de los mundos nuevos, y que ahora pretendía enfrentarse con el tiempo.

La caravana tardó cuatro días en alcanzar el campamento del Ulsar. Los deslizadores habrían podido cruzar las sabanas y llegar a los contrafuertes montañosos en un tiempo infinitamente menor, pero Shangrin había preferido seguir el lento paso de las monturas de sus aliados. No juzgó conveniente hacer alarde de su poderío.

Los jinetes abrían la marcha, encuadrando a Shangrin y al Sar. El capitán cabalgaba el animal de uno de los guerreros muertos, y lucía su cota de malla rojiza y una espada de

acero. Se diría que, al fin, acababa de encontrar para sí el papel más idóneo, como si hubiera nacido para surcar inacabables llanuras con la espada en la mano y la roja barba al viento. El Sar había abandonado su carro roto y rechazó la oferta de que le construyeran otro nuevo, aunque aceptó encantado la espada de tungsteno que los extranjeros le forjaron al fuego nuclear.

Los deslizadores seguían a los jinetes transportando el séquito de Shangrin: Gregori, Smirno y dos dotaciones de combate, una pequeña fuerza de treinta hombres, todos ellos con su cota de malla y ciñendo la espada al cinto, pero ocultando otras armas más peligrosas, pues Shangrin no solía conceder a nadie una confianza ilimitada.

Cabalgaron cuatro días sin que el capitán diera el menor signo de fatiga. El Sar hubo de admitir que el uso de máquinas no había menoscabado la resistencia física de aquel extranjero, como les sucedía a los despreciables habitantes de las ciudades. La conversación entre Shangrin y el Sar fue continua durante el camino, y en el ánimo del guerrero nació un enorme respeto hacia la poderosa civilización que lograba forjar semejantes hombres. Por vez primera en su vida, el Sar se dijo que acababa de dar con una personalidad más poderosa que la del Ulsar. Si Shangrin le hubiese propuesto que le acompañara hacia los espacios, no habría vacilado en hacerlo.

Ascendieron hacia el norte y avanzaron a través de un fangoso laberinto de marismas. Durante casi todo un día, las cabalgaduras se movieron con el agua al pecho y las plantas acuáticas se enredaron en las espuelas de los jinetes, que arrastraban consigo una estela verde. El suelo se afianzó después y tuvieron que cruzar angostos desfiladeros azotados por violentas ráfagas de viento, lugares moldeados miles de años atrás por fantásticos glaciares. Alcanzaron las colinas rocosas hacia el mediodía de la cuarta jornada. El tiempo era seco y caluroso. Los matorrales azules hormigueaban de caza. Se vieron obligados a dar un prudente rodeo para evitar una gran colmena de vrons salvajes, una especie de colina sospechadamente regular y que, pese a la distancia, se adivinaba profusamente perforada y llena de galerías y depósitos subterráneos, verdadera esponja hecha de piedra, tierra y arena aglomerada por la saliva de aquellos asesinos con coraza de quitina.

Las delgadas humaredas que se elevaban del campamento del Ulsar rasgaron el cielo de la tarde, cuya nítida pureza evocaba la tersura de la seda. En lo alto de los mástiles ondeaban varios estandartes con el emblema del jefe. Cuando un vigía golpeó un gong y sopló después en una enorme trompa, el lugar se animó como un hormiguero. Brillaron las armas esgrimidas por guerreros parapetados tras las empalizadas y, en respuesta a un gesto del Sar, una banderola de colores trepó hasta la punta de un mástil. Las pesadas puertas de madera se abrieron de par en par, mientras un enjambre de niños se lanzaba pendiente abajo para recibir a los recién llegados.

Shangrin ordenó a los pilotos de los deslizadores que detuvieran sus aparatos, mientras Gregori examinaba con sus gemelos el campamento del Ulsar. La empalizada cubierta de vegetación impedía ver bien las instalaciones interiores, y sólo los estandartes conferían al recinto un aspecto militar. Pero la ciudadela parecía antes campamento provisional que una base permanente, sugiriendo que los partidarios del Ulsar eran gentes nómadas. Hubo civilizaciones parecidas en la remota historia de la humanidad, y Gregori recordó que casi todas ellas habían dejado recuerdos bastante desagradables. Quizá todo fueran prejuicios, pensó. La historia había sido registrada siempre sobre tablillas de barro o escrita en papel por gentes pertenecientes a las ciudades y enemistades tradicionalmente con las tribus nómadas. Objetivamente, nada permitía asegurar que los ciudadanos fueran más civilizados o menos crueles que los nómadas, aunque su cultura pudiera ser superior. Por lo que a Xandra se refería, el salvajismo se evidenciaba más en las ciudades; ello se debía sin duda a la inferioridad numérica de sus habitantes.

Cabalgando junto al Sar, Shangrin franqueó las puertas del campamento. Vio ante sí una especie de cráter, cuyo fondo estaba ocupado por filas de tiendas perfectamente alineadas. Los límites del cercado quedaban ocultos por otras construcciones, algunas

de ellas de madera. El lugar parecía muy extenso, ya que un recinto próximo parecía contener centenares de hexápodos. El cráter se prolongaba a bastante distancia, adquiriendo mayor profundidad; era posible que terminara en un pozo o que contuviera profundas cavernas, aunque su aspecto general no sugería un origen volcánico.

De pie entre un reducido número de guerreros, un hombre ataviado con los ricos colores propios de los bárbaros les miraba. El Sar saltó de su montura y se postró ante él. «El Ulsar», pensó al instante Shangrin.

Hizo un esfuerzo por disimular su decepción. Esperaba encontrarse con algún coloso desbordante de fuerza, dispuesto a desafiarle a cualquier tipo de lucha física, con un tipo capaz de anonadar a sus adversarios con su palabra, su hacha o su astucia rudimentaria.

Pero el Ulsar era en realidad un hombrecillo endeble y moreno, nervioso y con los ojos brillantes. No llevaba ningún arma. El menor empujón por parte de cualquiera de los gigantes que le rodeaban habría bastado para derribarle al suelo. Aquel hombre debía ser inconcebiblemente hábil para llegar a adquirir ascendiente sobre un pueblo para quien la fuerza bruta era el mayor mérito. Ni siquiera pertenecía a la misma raza que los hombres a quienes dominaba, a menos que fuese el producto de algún carácter hereditario recesivo. ¿Procedería acaso de alguna de las ciudades de Xandra? ¿Habría pertenecido al pueblo avasallador y renegó luego de él? La historia registraba más de un caso en que los grandes libertadores salieron de las filas opresoras.

—¡Salud! —saludó Shangrin, sin descabalgar.

El Ulsar sonrió. No era la suya ninguna mueca inquietante, ni siquiera desagradable, sino una sonrisa inteligente, casi amigable.

—Bienvenidos —contesó con sencillez.

Dos guerreros ayudaron a Shangrin a bajar de su montura.

—Vengo de allá arriba —dijo el capitán señalando el cielo con un gesto enfático.

—De las estrellas —precisó el Ulsar.

—En efecto —confirmó Shangrin, algo desconcertado. E hizo una señal a los dos hombres de su escolta, que saltaron de sus hexápodos y se acercaron con sendas arquillas.

—El Sar me ha descrito vuestro poderío —prosiguió Shangrin—. Somos mercaderes, y deseamos iniciar unas transacciones pacíficas con este pueblo. Aspiramos a ser vuestros amigos.

La voz del capitán sonaba concisa y cortés, aunque desprovista de obsequiosidad y servilismo. Levantó la tapa de las arquillas.

Pero el Ulsar permaneció impasible, y sus palabras fueron frías cuando habló.

—Los regalos simbolizan amistad entre gentes iguales. ¿Sois el jefe de nuestro pueblo?

—Yo soy el jefe, en efecto —confirmó categóricamente Shangrin—. Mi gente es muy numerosa. Vivimos en un gran navio, que nos trajo aquí a través del espacio. El Sar lo ha examinado y podrá describirlo.

—Lo creo.

Shangrin devolvió los cofrecillos a sus hombres. Por primera vez conocía a un jefe de tribu que no se precipitaba ávidamente sobre los regalos ofrecidos. Evidentemente,

aquel Ulsar no era un bárbaro. El capitán deseó tener a Smirno a su lado, pero el xenólogo se había quedado junto a Gregori.

—Os veré esta noche —decidió el Ulsar—. Os alojaréis en mis tiendas.

Después guardó silencio, mientras sus ojos negros y penetrantes se fijaban en los de Shangrin con insistencia y, según le pareció a éste, con cierto destello irónico.

—¿Por qué no ordenáis al resto de vuestros hombres que entren con sus máquinas? Tienen ahí espacio suficiente para posarse con facilidad, si no temen a los hexápodos y a los niños.

Shangrin procuró dominar su irritación.

—La puerta es demasiado estrecha —alegó.

—Me he fijado bien en esos artefactos —observó el Ulsar entornando los ojos—, y juraría que pueden volar por encima de la empalizada. Al fin y al cabo, han franqueado los vacíos existentes entre los mundos.

—Desde luego que sí —aceptó Shangrin—. Pero no hemos venido desde las estrellas metidos en esas naves tan...

—No, ya sé que no —le interrumpió el Ulsar—. Llegasteis en un gran navio esférico.

El capitán se mordió los labios. ¿Acaso era telépata? ¿Sería ése el secreto de su dominio sobre aquel pueblo? ¿Era capaz de leer en la mente de sus interlocutores? En tal caso, las complicaciones no habrían hecho más que empezar.

—Enviaré a uno de mis hombres para que les transmita la orden de entrar —capituló finalmente.

—¡Vaya! —se extrañó el Ulsar—. Creo que olvidáis lo prácticos que son esos aparatitos que permiten hablar a distancia, y que los hombres de las estrellas suelen llevar siempre consigo.

—¿Por qué no? —aceptó Shangrin, ya desafiante.

Y se llevó una mano a la boca para susurrarle algunas órdenes a Gregori, procurando que el Ulsar no sospechara que toda la conversación anterior había sido transmitida y registrada en los deslizadores. ¿Lo ignoraría realmente?

—Hablaremos esta noche —repitió el Ulsar—. El Sar os acompañará a vuestras tiendas.

Dio media vuelta para alejarse pero, apenas dio unos pasos, se detuvo y volvió la cabeza.

—Por cierto —dijo—, podéis llevar todas vuestras armas. Confío en vosotros. Quiero que os consideréis como mis invitados.

Shangrin se volvió hacia sus hombres con un gesto de impotencia, mientras los deslizadores proyectaban sobre ellos una enorme sombra al salvar la empalizada. Volvió la claridad y se atenuó el vendaval levantado por los aparatos, que fueron posándose en el cuadrilátero rodeado de las tiendas.

El asunto iba a ser difícil. Y, si se trataba de una trampa, bien podría decirse que acababan de meterse en la boca del lobo.

La tienda estaba lujosamente amueblada. Depositadas sobre mesas de extrañas maderas, varias garrafas de cristal contenían licores. Las alfombras cubrían el suelo, panoplias de

armas pendían de soportes de hueso y los asientos de cuero, imitando sillas de montar, formaban círculo alrededor de una gran chimenea de cobre repujado.

Pensativos y meditabundos, Shangrin, Gregori y Smirno se calentaban las manos al amor de la lumbre.

—Podrá tener maneras de bárbaro —consideraba Smirno—, pero demuestra saber demasiado para un ser salvaje.

—Recuerden que ha viajado por el espacio —observó Gregori.

—Lo que me gustaría saber —susurró Shangrin mientras se acariciaba la barba— es de dónde procede exactamente.

La tetera se calentaba al fuego bajo la vigilante mirada del capitán, atento al punto de ebullición del agua. La retiró de pronto y echó dentro de ella un pellizco de hierbas olorosas.

—No creo que nos haya tendido una trampa —opinó Gregori—. Parecía más bien medir nuestras fuerzas. Sabe de sobras que si consiguiera destruirnos aquí, no tardaría en ser atacado por el navio, prácticamente indestructible para él, y muy capaz de arrasar todo el planeta. Smirno asintió.

—Se sabe vulnerable, y por eso se ha mostrado tan altivo. Quiere convencernos de que no nos teme. Apostaría a que así ha sido como consiguió llegar a Ulsar, pues no le doy la menor oportunidad en cualquier lucha física contra el menos fuerte de sus guerreros.

Shangrin olió el aroma del té.

—¿Quién sabe? —objetó—. Le estuve observando bastante bien y, aunque aparentemente endeble, puede resultar insospechadamente vigoroso. No pasará de los cuarenta años. Si sabe pelear, si posee ciertos conocimientos sobre la anatomía y el sistema nervioso humano, nada le impediría vencer a un adversario dos veces más pesado que él. Por regla general, los pueblos bárbaros no conocen los secretos de la lucha personal. Hay que conocer lo que todo hombre tiene debajo de la piel para poder defenderse o atacar con eficacia.

—¿Quién se lo habría enseñado?

—Volvemos al mismo problema: ¿de dónde procede? Pero tiene usted razón. Parece haberse olido algo y quiere demostrarnos que no se dejará manejar, que no nos hagamos ilusiones en cuanto a que se preste a conquistar las ciudades en nuestro provecho y sacarnos así las castañas del fuego.

—Se ha dado prisa en sugerir que le consideraba a usted como a un igual. Aunque a primera vista parecía hacerle un honor, en realidad afirmaba que su persona no desmerece en nada del primero. Es decir, que el andrajoso jefe de una pequeña horda de bárbaros vale tanto como un capitán del espacio.

—No nos enfrentamos con un jefecillo andrajoso —juzgó Shangrin con una ambigua sonrisa—. Esperaba encontrar aquí una especie de fiera bélica, de maneras expeditivas y brutales, pero me ha salido un diplomático sutil. Me pregunto hasta dónde sería capaz de llegar en ajedrez.

—¿Por qué no enseñárselo? —sugirió Smirno—. ¿No se trata acaso de un magnífico recurso para llegar a un mutuo entendimiento?

—O de la disputa. No, no busco este tipo de desafío. Es al Runi a quien me gustaria tener aquí; su opinión podría serme muy valiosa. ¡Suele tener unas ideas tan profundas...!

—Respecto al universo físico, quizá sí —admitió Smirno—; pero cuando se trata de hombres...

—Es un jugador de ajedrez excepcional, y los hombres son como piezas de un juego que tiene por tablero el universo físico.

—Creo que su presencia podría enojar e incluso aterrorizar al Ulsar —intervino Gregori.

—¿Usted cree? —ironizó el capitán sorbiendo su té—. Yo diría más bien que son hermanos.

CAPITULO 8

El banquete ofrecido por el Ulsar se desarrolló según las mejores tradiciones bárbaras aunque, de acuerdo con la íntima convicción de Smirno, exagerando la ostentación. Bajo el toldo de una tienda inmensa, los sirvientes habían dispuesto larguísimas mesas. La del Ulsar, a donde fueron conducidos los tres magalláneos, dominaba las demás desde lo alto de un estrado. El Ulsar fue el último en presentarse, no haciéndolo hasta que todos sus lugartenientes, que lucían abigarradas túnicas de relumbrantes colores, crujientes sedas y dagas labradas con pedrería colgando al cuello de cordones de piel, se hubieron sentado en medio de una ensordecedora algarabía. Además habían traído consigo pesadas copas de estaño, y los sirvientes —sin duda prisioneros capturados en incursiones contra las ciudades— se apresuraron a llenarlas con un vino claro.

La entrada del Ulsar impuso silencio. Iba seguido de un grupo de esclavos agobiados por el peso de un gran cofre que cada uno de ellos cargaba sobre los hombros. Cuando él se hubo instalado en su sillón de madera cubierto de pieles coloreadas, los siervos abrieron los cofres y dispusieron para su mesa una vajilla de oro. Dirigiéndose después hacia un velador situado al pie del estrado, procedieron a presentar los regalos de Shangrin: un enorme diamante tallado con delicado arte tras haber madurado casi una eternidad en las entrañas de un asteroide, una magnífica panoplia, y una misteriosa caja adornada con pedrería que el capitán tomó un momento para accionar un resorte y hacer que brotara de ella una inesperada melodía. Los dignatarios del Ulsar quedaron boquiabiertos, y hasta el propio jefe pareció embelesado. Llenó su copa, ofreció el brindis a su huésped y vació el líquido dentro de un brasero mientras pronunciaba una plegaria a los dioses.

Smirno se preguntaba si todo aquello no sería una comedia, cuando el Ulsar dio unas palmadas y los platos empezaron a sucederse. Agarró con ambas manos un enorme trozo de carne y lo devoró a dentelladas; luego impartió nuevas órdenes e hicieron su aparición las bailarinas. ¿Qué pretendían ocultar tras aquel burdo despliegue de bárbaro lujo, tras aquel derroche de colores, de ruidos, de manjares, de vinos y de danzas salvajes e incitantes? Una joven acudió junto al xenólogo e hizo gesto de beber en su copa; él no dudó de su sinceridad, comprendiendo que trataba de complacerle, y su belleza le impidió rechazarla. Pero aquel exceso de todo le hacía creer en un alarde muy premeditado. El Ulsar se comportaba como un auténtico jefe bárbaro: vociferaba, batía incesantemente las manos para pedir más comida, vaciaba copa tras copa y cambiaba estruendosas risotadas con Shangrin o soltaba sonoros manotazos sobre los hombros de Gregori. Embutido en su tornasolada cota de malla, el capitán no se dejaba aventajar. Él, por lo menos, desempeñaba su papel a la perfección, y lo hacía tan maravillosamente, que se habría dicho que en su interior acababa de despertar otro bárbaro no menos auténtico. Y quizás era realmente así, pues el ruidoso placer que parecía experimentar

en aquel banquete podía formar parte de su íntima naturaleza. Sin embargo, se advertía que no por ello dejaba de seguir siendo Varan Shangrin, el siempre prevenido capitán.

El grupo de acólitos del Ulsar armaba un barullo desmedido. Algunos de ellos habían desaparecido entre los pliegues de los manteles, mientras otros perseguían por encima de las mesas, en medio de un estruendoso pisotear de botas y derribo de copas y vasijas, a las bailarinas demasiado ágiles para el torpe paso de los borrachos. Shangrin y el Ulsar hablaban de cacerías, mientras Gregori parecía ligeramente ensimismado. Smirno observó que el segundo se movía furtivamente para introducir en su boca una pildora contra la embriaguez. Por su parte, aunque hubiese bebido tanto o quizá más que su anfitrión, el capitán parecía aguantar el alcohol sin necesidad de ninguna ayuda artificial.

De vez en cuando, y al parecer aún no lo bastante borracho, alguno de los hombres de las revueltas mesas se levantaba y desaparecía por unos instantes. Smirno sospechó lo que iba a hacer: la capacidad del estómago humano tiene sus límites, mientras la glotonería y la sed de un bárbaro inmerso en los excesos se rebela contra aquella realidad. Pero cuando un esclavo acercó una vasija de oro a la boca del Ulsar y éste se hundió tranquilamente dos dedos en la garganta para vomitar con mayor soltura, el xenólogo no pudo contener una tremenda náusea. Le consoló comprobar que Gregori demostraba idéntica reacción, aunque la dominó en el acto. Pero Shangrin estuvo magnífico: imitó sin vacilar a su anfitrión y dedicó una rápida mirada de enojo a sus dos compañeros cuando les vio rechazar aquel recurso con un gesto tan breve como contundente.

Adaptarse. Ésa había sido siempre la consigna de los mercaderes. Ser romano en Roma, aullar con los lobos, compartir el pan y la sal con anfitriones y huéspedes. Pero existían ciertos límites. ¿No se estaría burlando de ellos aquel Ulsar, no trataría de exagerar deliberadamente su salvajismo para convencerles de que era el jefe bárbaro que ellos querían que fuera?

El cariz de la conversación entablada entre Shangrin y el Ulsar parecía estar cambiando. Gregori intervenía en ella de vez en cuando y era casi siempre para corroborar, al menos en apariencia, los criterios del Ulsar. El capitán y su segundo se aplicaban de hecho a una sutil maniobra inquisitiva, pero su anfitrión no se decidía a decir nada realmente interesante, por lo que las preguntas de Shangrin empezaron a hacerse más directas.

—Tengo entendido que vuestro pueblo lleva ya cierto tiempo sosteniendo algún tipo de comercio con el espacio —dijo. El Ulsar sonrió durante un buen rato.

—Compramos armas a algunos traficantes. Ello nos permite luchar casi en igualdad de condiciones contra los tiranos de las ciudades.

—Pero si las ciudades controlan el espacio, las entregas para vuestro pueblo adolecerán sin duda de irregularidad y escasez.

—Es posible. No os ocultaré que me complacería compraros armas a vosotros.

—Ello os permitiría conseguir una rápida victoria sobre las ciudades. Ya que, según deduzco, la superioridad numérica en hombres está a vuestro favor, ¿no? Sin embargo, veo que las ciudades resultan prácticamente invulnerables.

Los rasgos del Ulsar se contrajeron un instante.

—Así es, en efecto.

Su dicción se había vuelto ligeramente dificultosa.

—Por otra parte —consideró Shangrin—, no podremos confiar en mantener un comercio aceptable con este planeta mientras las ciudades continúen detentando el monopolio del espacio.

Y se inclinó hacia el Ulsar para susurrarle confidencialmente:

—Ellos nos dispararon algunos cohetes intentando destruirnos, pero, naturalmente, no lo consiguieron.

—No negaréis que veníais dispuestos a tratar con los de las ciudades —dijo el Ulsar.

Shangrin sacudió vigorosamente la cabeza.

—No vinimos con ninguna intención, puesto que ignorábamos la situación política de este planeta. Por otra parte, si las ciudades cuentan con su propia red planetaria, ésta no nos habría permitido que le hiciéramos la competencia. —El capitán soltó una ruidosa carcajada y añadió—: Tengo la costumbre de no meterme nunca en las disputas políticas existentes en los mundos con los que comercio. Es una especie de principio. Aunque, en cierto sentido, aquí preferiría ver triunfar a vuestro pueblo de guerreros.

—¿De veras? —sonrió el Ulsar.

Dio unas palmadas y una jarra volvió a escanciar líquido en las copas.

—Somos hermanos, ¿verdad?

Y, al decirlo, palmeó afectuosamente la espalda del capitán.

—Aliados —rectificó Shangrin—. Sí, estoy seguro de que me causaría placer veros triunfar contra las ciudades.

—¡Viles opresores! —farfulló el Ulsar, con la cabeza inclinada.

—Creo que acabaré poniendo a vuestra disposición los medios para lograr la victoria.

—¡Cochinos cobardes...!

—Naturalmente, necesitaría tener una participación sobre el botín. Y también el monopolio provisional del comercio con este planeta.

—¡Sus días están contados...!

—Y establecer contactos con vuestros proveedores actuales. Podríamos organizar una flota conjunta y conquistar el espacio. Estoy convencido de que lograríamos controlar todo el sistema con bastante rapidez, y quizás hasta extendernos más allá. Las ciudades se rendirían en todas partes.

—Muchos, muchos piratas en el espacio —masculló el Ulsar.

—Los convertiremos en corsarios —aseguró Shangrin, enardeciéndose—. Y en mercenarios. Tengo con qué pagarles.

Pero el Ulsar se irguió inopinadamente con majestuosa lentitud.

—¿Qué es exactamente lo que pretendéis? —preguntó con una voz normal, fría, controlada, en la que no parecía quedar el menor vestigio de embriaguez.

Shangrin fingió sorprenderse.

—¿Yo? ¡ Pues el beneficio, por supuesto! —contestó con voz de borracho.

Pero el capitán notó que, por debajo de la mesa, un pie de Smirno le pisoteaba frenético. («¡Vaya, llegó el momento!», pensó.

—¡ No! —replicaba imperiosamente el Ulsar—. ¡ Sé que buscáis otra cosa!

Quedaba claro que todo lo anterior había sido pura comedia. El Ulsar parecía perfectamente sobrio.

—Y también el poder, como es natural —añadió Shangrin—. Es importante que actuemos aliados contra las ciudades. Pero hemos tenido una jornada agotadora y esta cena ha sido copiosa. ¿Por qué no dejamos los detalles para mañana?

El capitán mostró con un amplio gesto la bacanal que seguía teniendo lugar a su alrededor en medio de un griterío ensordecedor.

El Ulsar sonrió levemente.

—Vuestra embriaguez es tan fingida como la mía, y lo mismo digo respecto a la de vuestros compañeros. La demora siempre es mala consejera, y ambos tenemos la misma prisa en aclarar las cosas. ¿No es así?

—En efecto —concedió Shangrin.

Gregori hizo un gesto de asentimiento.

El Ulsar se levantó y batió con fuerza las manos, haciendo que su señal restallara en el ámbito de la tienda. Decreció el tumulto y acabó por imponerse el silencio. Todos los que estaban aún en condiciones de hacerlo dedicaron su atención al estrado, mientras las bailarinas se inmovilizaban y uno de los esclavos, sorprendido, dejó caer un copa que se rompió con estrépito. La oscura mancha del líquido derramado brilló sobre el suelo al reflejo de las antorchas.

—¡ Salid! —ordenó el Ulsar con voz potente—. ¡ Fuera todos!

Hubo una instantánea carrera hacia las puertas. Los comensales capaces de sostenerse salieron con paso tambaleante, ayudados por las bailarinas, en tanto que una nube de esclavos acudía para llevarse al resto. Algunos protestaron al ser despertados tan bruscamente, pero sus voces fueron acalladas. Arrodillada todavía a los pies de Smirno, la muchacha que había bebido en su copa le miró con ojos inquisitivos, pero él le hizo una discreta seña y la joven se alejó en silencio.

Una segunda oleada de sirvientes retiró rápidamente servicios y vajillas, envolviéndolo todo en los manteles.

Inmóviles y silenciosos en el estrado, los magalláneos observaban al Ulsar. Smirno se dijo que el hombre les estaba haciendo una demostración de su poder: podía reinar sobre una horda de bárbaros, pero él distaba mucho de serlo. Mientras engullía dificultosamente un comprimido contra la embriaguez, el xenólogo consideró que aquel hecho volvía a plantearles el enigma del verdadero origen de aquel individuo. Cuando quedaron completamente solos y el Ulsar volvió a sentarse, reflejando en su rostro una expresión mezcla de ligera ironía y de mal disimulada y ávida curiosidad, Smirno se sintió en extremo aliviado al escuchar la voz de Shangrin formulando sin rodeos la pregunta capital:

—¿De dónde procedéis vos? Indudablemente, no pertenecéis a la misma raza que este pueblo.

—Podría devolveros la pregunta —replicó el Ulsar—. He oído hablar de la mayoría de las civilizaciones que nos rodean, pero no procedéis de ninguna de ellas.

Jaque mate. Shangrin colocó sus manazas sobre la mesa.

—El hecho es que ambos tenemos un interés común en la conquista de las ciudades. Vos buscáis con ello el dominio de todo el planeta, y yo pretendo encontrar en ellas ciertos informes que necesito.

—No ambiciono dominar este mundo —replicó el Ulsar—. Sólo deseo liberarlo de la opresión de las ciudades. —Y sonrió al añadir—: Si somos aliados, podemos ser francos el uno con el otro; pero para llegar a la alianza nos es indispensable la previa franqueza. Una especie de círculo vicioso, ¿verdad?

—No —intervino Gregori—. Lo que nosotros buscamos, también lo podemos encontrar en otra parte, mientras vosotros nunca lograréis tomar las ciudades sin nuestra ayuda.

—Es posible —meditó el Ulsar—. Puede que vosotros no me necesitéis para nada.

Levantó su copa y la contempló con aire divertido.

—Quien mide su vino no caerá nunca en la embriaguez —sentenció—. No, yo no soy de aquí. Ni siquiera nací en este planeta. Lo sospechabais, ¿no?

Shangrin asintió.

—El caso es —prosiguió el Ulsar— que la situación política aparecía bastante confusa en esta región del espacio. Desde mucho tiempo y hasta hace algunas décadas, un imperio poderoso se extendía sobre una treintena de mundos, dominando particularmente este planeta.

—El imperio de las ciudades —puntualizó Smirno.

—Digámoslo así —convino el Ulsar—. Ese imperio estaba compuesto por una casta dominante, integrada por descendientes de razas invasoras, y por una plebe infinitamente más numerosa de esclavos que constituía de hecho la población primitiva de cada planeta. La crueldad de la casta dominante carecía de límites. Varias rebeliones estallaron en diversos puntos, pero siempre fueron reprimidas de un modo implacable. Los pueblos oprimidos de los distintos planetas no disponían de ninguna flota espacial, y solían ignorar la misma existencia del imperio intersideral que les sojuzgaba. Cuando estallaba una rebelión, a los opresores les bastaba enviar una potente flota para sofocarla. Para que una revolución pudiese contar con un mínimo de probabilidades de éxito, habría sido necesario hacerla estallar en varios mundos a la vez, y que sus organizadores dispusieran de los necesarios medios de coordinación, es decir, de una flota propia.

»Sin embargo, en algunos mundos las hordas aisladas lograron sobrevivir y llegaron a organizarse. Consiguieron incluso infiltrarse en las ciudades, adquirir ciertos conocimientos rudimentarios de tecnología y hacerse con algunas naves. Empezó entonces una fase de feroces luchas entre varias facciones rebeldes, empeñadas cada una de ellas en hacerse con el control final del movimiento revolucionario. Al fin, uno de los grupos acabó por imponerse a los demás, y cuando las condiciones le fueron favorables, desencadenó un levantamiento general, esta vez organizado. Previamente había enviado hombres entrenados a la mayor parte de los planetas afectados, al objeto de soliviantar a las poblaciones y de dirigirlas en el combate. Se inició así una guerra que empezó desarrollándose esencialmente sobre el mismo terreno de los planetas más perjudicados. Hace ya dos siglos que esta guerra continúa, y el imperio retrocede sin cesar. La revolución acabará por exterminarlo, o por expulsarlo del ámbito planetario.

El semblante del Ulsar se endureció al añadir:

—Yo pertenezco a dicha organización. Fui enviado a Xandra hace más de veinte años, y mi misión está finalizando. La casta opresora ha quedado confinada tras las murallas de sus ciudades, y este planeta alcanzará su total libertad en pocas décadas.

—¿Y qué sucederá entonces? —preguntó Smirno.

—No soy yo quien dirige la organización —contestó secamente el Ulsar—. La batalla abarca a unos sesenta y cinco planetas, y yo soy solamente el engranaje encargado de controlar la que aquí tiene lugar. Dos o tres mundos han sido ya liberados. Naturalmente, nosotros tenemos nuestro programa: queremos constituir una federación entre los planetas que han estado sometidos al imperio, y hacer que estos pueblos sumidos en la barbarie adquieran el sentido de una auténtica civilización.

—Noble programa —juzgó Shangrin—. Aunque, a decir verdad, no parece que haya escrúpulos en la elección de los medios.

—Ante todo tenemos que ganar la guerra. Después atenderemos a otras cosas. Vuestra ayuda puede ahorrarnos años de lucha.

—¿Cuáles son vuestras fuerzas en el espacio? —preguntó el capitán.

—Bueno, no es todo tan sencillo. El imperio tiene mejor flota. Por nuestra parte, contamos con algunas naves que cuidan de los enlaces y distribuyen agentes y armamento allí donde pueden hacerlo. Pero la confusión de la guerra ha fomentado cierta anarquía en esos tráficos: navios que pertenecieron a nuestra organización se dedican ahora a una piratería más o menos declarada, mientras otras federaciones próximas envían traficantes para ofrecer armas indistintamente a las ciudades y a nosotros. Hay por lo menos treinta o cuarenta facciones distintas disputándose el espacio. El imperio se hunde, pero nuestra organización no es todavía bastante poderosa para hacerse cargo de su sucesión.

—Un interregno —sugirió pensativamente Smirno.

Y consideró la caótica mezcla de pillajes, escaramuzas, asaltos, matanzas e inseguridades a que podía dar lugar la situación. Así pues, el sector del espacio en donde el «Vasco» se había adentrado, tan seguro de poderes y de su velocidad, era escenario de una guerra sangrienta. Comparada con la potencia invencible de Magallanes Menor podía parecer una rivalidad entre nidos de hormigas, pero los hombres morían en ella.

—Ellos ignoran todo esto, ¿verdad? —preguntó Gregori.

—¿Mi pueblo? Por supuesto. Se lo voy explicando poco a poco.

—Y toman por dioses a los hombres del espacio.

—Sí, pero eso les da mayor fe y arrojo para desafiar a los demonios de las ciudades. Smirno carraspeó.

—Me temo que pocos de ellos alcancen a disfrutar los frutos de esta guerra —dijo.

—Es muy posible —admitió el Ulsar— que jamás conozcan lo que es la paz. Pero luchan por sus descendientes. ¿Y vosotros? ¿Para qué o para quién haríais aquí la guerra?

—Ya os dije que... —empezó Shangrin.

—¡No, insisto en que no! —le interrumpió violentamente el Ulsar—. ¡ No me vengáis otra vez con esa tonta historia de provechos y poderes! No me convence, la verdad. Vosotros no sois piratas, ni pertenecéis a ninguna civilización próxima.

—Vinimos de muy lejos —insinuó Gregori. El puño del Ulsar golpeó la mesa.

—¡ No os pregunto de dónde venís, sino desde cuándo! Porque no es la distancia lo que os preocupa, sino el tiempo, ¿verdad?

Shangrin dejó escapar un silbido entre los dientes.

—¿De modo que también lo sabéis? ¿Conocéis algún pueblo capaz de viajar a través del tiempo?

—¿Creéis que esta guerra duraría tanto si nosotros controláramos el tiempo? Oídme bien: ni los hombres del imperio, ni los autóctonos, ni ninguna de las civilizaciones que nos rodean, han nacido aquí. Los sabios del imperio están enterados de ello, aunque no posean datos relativos a la verdadera época de sus antepasados. Y algunas leyendas de mi pueblo hacen vaga referencia a unos primeros hombres que franquearon años y siglos como si fueran simples riachuelos. Parece que, sea accidentalmente o de modo premeditado, varios navios fueron y están siendo arrancados del espacio, aquí y allá, a intervalos de varios siglos. Cada nave capturada procede de un futuro diferente. Vosotros sois los últimos en llegar, y sé que buscáis la manera de regresar a vuestra época. Creéis que las ciudades poseen este secreto y, en vista de que ellas se niegan a negociar con vosotros, habéis decidido arrancárselo a la fuerza.

Shangrin torció aviesamente el gesto.

—¿Y vosotros? —preguntó—. ¿Vais a decirme que, por vuestra parte, no se ha intentado restablecer contacto con el futuro?

—¿Para qué? Nosotros pertenecemos a este mundo, y tenemos pendiente en él el resultado de una lucha. Más adelante, tal vez.

Smirno se dijo que el razonamiento del Ulsar no carecía de lógica. Integradas en aquella época, sus gentes necesitaban escalar una interminable cadena de generaciones para alcanzar a los hombres olvidados que fueron sumidos en aquella mazmorra de tiempo.

Pero, a la vez, todo aquello resultaba desesperanzador. Aunque el imperio y sus adversarios conocieran o sospecharan su origen, ambos lo ignoraban todo sobre el control del tiempo. De nada serviría la conquista de las ciudades.

El capitán se levantó pesadamente.

—Desearía beber un poco de té —dijo, con cansancio—. ¿Os importaría que pasemos a nuestra tienda?

La tetera ronroneaba sosegadamente. De no haber sido por el lujo bárbaro que seguía rodeándole, Shangrin podía creerse nuevamente en la sala de navegación del «Vasco». Pero sentía revolotear a su alrededor muchos espectros: restos de navios extraviados, residuos de crueles imperios destruidos por sus propias víctimas, consignas revolucionarias y, abarcándolo todo, la franqueza cruda, fría y lógica del hombre singular que, valiéndose de medios primitivamente despóticos, pretendía luchar en pro de la libertad y se sentaba ahora frente a él.

Según se mirase, el Ulsar parecía haberse puesto a su merced. Sin embargo, aquello podía ser un recurso sutil para influir sobre sus futuras decisiones. Le había desvelado la posibilidad de un próximo y aventurado paso en el que, sin duda, podía equivocarse. Pero ni el peor de los errores agravaría la ya bastante comprometida situación en que se encontraban.

En cualquier caso, era preferible optar por la batalla. Si el «Vasco» estaba destinado a no regresar nunca a su época, sería preferible que sus ocupantes se unieran al bando

victorioso. Los días de las ciudades parecían contados, y si los magalláneos conseguían desempeñar un papel determinante en su derrota y en la constitución de la futura federación libre, tampoco sería imposible que llegaran un día a dominarla.

El capitán sacudió vigorosamente la cabeza. Casi podía predecir lo que ocurriría. Las ventajas tecnológicas del «Vasco» eran tan considerables, comparadas con las de la organización revolucionaria, que les resultaría fácil a los magalláneos hacerse con el poder una vez lograda la victoria. Era probable que una nueva tiranía, más sutil y menos cruel que la anterior, se estableciera en aquella región estelar. Hasta que, transcurridos algunos siglos, se hiciera necesaria otra rebelión. Y un segundo «Vasco»...

—Decíais que son muchos los navios caídos aquí desde el futuro —preguntó Gregori, dirigiéndose al Ulsar—. ¿Sabéis si alguno de ellos poseía una tripulación no humana?

Smirno habría jurado que el Ulsar vacilaba imperceptiblemente ante aquella pregunta. Resultaba muy difícil leer en un rostro desconocido emociones correspondientes a una civilización aún menos conocida, pero el xenólogo estaba convencido de que, por primera vez, el Ulsar se turbaba en presencia de sus invitados. Aunque nada era seguro, Smirno redobló sus esfuerzos para penetrar el pensamiento de aquel jefe de los bárbaros.

—¿Qué queréis decir? —respondió el Ulsar—. ¡Oh, no, jamás se dio ese caso! No conozco ninguna civilización que no sea humana.

¿Había realmente un matiz de inquietud en su voz? ¿Contenía acaso aquella duda alguna posible pista, algún indicio? ¿Les estaba ocultando algo aquel individuo? Smirno lamentó no disponer allí de un detector de mentiras para saber definitivamente a qué atenerse.

Shangrin rodeó con ambas manos la hirviente tetera.

—Pues nosotros sí —declaró sjn rodeos—. Hemos encontrado alguna de ellas, y hasta logré ganar un aliado. Os diré que sus poderes son inmensos, y que van a sernos indispensables para el éxito de nuestra lucha. Pero, naturalmente, necesito su opinión sobre el caso. De hecho, no puedo comprometerme sin consultar antes con él.

—¿Un ser no humano? —el Ulsar parecía experimentar ciertas dificultades en hacerse a aquella idea—. ¿Cómo es? Shangrin se volvió hacia el xenólogo.

—Descríbaselo usted, Smirno. Al fin y al cabo, es su especialidad.

Smirno hizo una mueca, pero no protestó.

—Se hace llamar a sí mismo el Runi —dijo.

Y lo describió minuciosamente, pero absteniéndose de revelar ciertos detalles, tales como el notable sentido táctico y los singulares poderes perceptivos que poseía. De hecho, lo presentó como una especie de gusano velludo dotado de inteligencia, es decir, lo que el Runi venía a ser en definitiva.

El Ulsar parecía reflexionar.

—¿No es peligroso? —preguntó. Esta vez fue Shangrin quien contestó.

—No. Es un aliado fiel, que nos ha prestado ya grandes servicios.

—¿Y qué os ha pedido a cambio de ellos?

—Nada. Fue su curiosidad científica lo que le indujo a compartir nuestro viaje.

—¡Ah! —exclamó el Ulsar.

Shangrin sirvió el té en pequeñas vasijas de barro. El Ulsar probó con curiosidad aquel líquido ardiente e hizo una mueca.

—¿Procede este Runi de la misma época que vosotros?

—Más o menos —contestó Shangrin.

—¿Hace mucho tiempo que ambas especies mantienen relaciones amistosas?

Shangrin pensó que le sería fácil mentir, pero tampoco vio en ello ningún objeto.

—No —respondió—. Nosotros fuimos los primeros en establecer contacto con su planeta.

—Entiendo —dijo el Ulsar, y probó un segundo sorbo de té. Luego murmuró—: Prefiero el vino.

—El té es menos nocivo.

—¿De qué época procedéis exactamente? La pregunta parecía inocua, pero Smirno la fijó en su memoria. ¿Qué significado podría tener una fecha para el Ulsar?

—Del año 27937 de nuestra era —declaró Shangrin—. Que viene a ser, aproximadamente, dentro de doscientos treinta millones de años, aunque tal vez haya que introducir muchas correcciones. El tiempo no transcurre con igual ritmo según se cuente a bordo de una nave interestelar o permaneciendo en cualquiera de los mundos que ésta enlaza.

—Estoy enterado de ello —aclaró el Ulsar, quien parecía inexplicablemente aliviado—. Creo que el origen de nuestros pueblos se sitúa en vuestro futuro —prosiguió—. Las leyendas son bastante imprecisas, pero imagino que vuestro tiempo quedará más o menos en los inicios de nuestra era. Los primeros navios llegados a Xandra procederían sin duda de un futuro estimable en dos o trescientos mil años más allá de vosotros y, en cuanto a los opresores, de otro futuro aún más lejano.

—Así, en cierto modo, nosotros venimos a ser vuestros antepasados —consideró Shangrin.

—La regresión ha atenuado las diferencias. De hecho, vosotros estáis más avanzados que nosotros. El tiempo es algo muy complejo.

—¿Os parece posible que algunas naves hayan franqueado el tiempo por su propia voluntad? El Ulsar enarcó las cejas.

—¿Pretendéis saber si vuestro navio cuenta con alguna probabilidad de regresar a su época? Pues bien, yo diría que sí. Creo que existe una leve posibilidad.

—Pero no lo será tanto si nos decidimos a aliarnos con vuestro pueblo, ¿verdad? El Ulsar sonrió.

—Quizá. ¿No sois algo desconfiados?

—Eso forma parte de mi experiencia en las transacciones.

—Ya. No os falta razón.

Los ojos del Ulsar se entrecerraron y su rostro reflejó de pronto vejez y cansancio: profundos surcos atravesaron su frente, al tiempo que se le ajaban las mejillas. Aquel

hombre experimentaba el agobio de sus responsabilidades. Aunque solía disimularlo bajo una máscara de aplomo y energía, ahora desnudaba su verdad ante los extranjeros.

—No somos más que simples juguetes —suspiró—. ¿Cómo os explicáis el hecho de que sean tantos los navios arrancados de su época y arrojados luego aquí?

—No sabemos nada en concreto —admitió Shangrin—. En nuestro caso, la caída fue fulminante. Nos dimos cuenta de lo sucedido casi por casualidad. Hemos considerado algunas posibilidades. Puede tratarse de un fenómeno natural, una especie de torbellino espacial, una vorágine casi inconcebible por su magnitud y extensión, que succiona a los navios en algún punto del continuum y los proyecta bruscamente a otro. Las partículas elementales sufren a veces los efectos de fenómenos parecidos, aunque a escala infinitamente más reducida.

El Ulsar movió la cabeza, dubitativo.

—Pero la otra probabilidad que hemos considerado —prosiguió Shangrin— nos sugiere la sospecha de que, en un futuro fabulosamente lejano, alguna raza logró adquirir el dominio del tiempo y se dedica a hacer juegos malabares con nuestros navios, proyectándolos hacia su pasado o hacia su futuro. Tal vez lo haga para protegerse, o bien obedeciendo a un plan del cual no tenemos la menor idea. Esta región estelar parece ser un punto clave para ellos, según resulta de la gran cantidad de navios que han venido a parar aquí en el plazo de algunos siglos. Si los amos del tiempo nos tratan como a piezas de su juego, cabe suponer que vigilan nuestros movimientos y reacciones para que nada altere sus planes. De forma que debe existir alguna posibilidad de identificar esta fuerza oculta, algún medio de tratar con ella.

—Lo hay, estoy seguro —afirmó el Ulsar—. Y creo que estos amos del tiempo mantienen contactos indirectos con algunos de los imperios que nos rodean. Yo no estoy situado a un nivel lo suficientemente alto en la organización como para conocer esas relaciones; pero sé que, en sus comienzos, recibió poderosas ayudas de entidades superiores y anónimas. Y las seguimos recibiendo a través de intrincados enlaces e intermediarios; sobre todo, ciertas clases de armas que nadie en esta zona del espacio podría producir. Se comenta en el cosmos la existencia de dioses inaccesibles, de entidades todopoderosas que rigen los rumbos de la historia y deciden ajenos destinos desde sus remotos antros perdidos en las tinieblas. Las gentes del imperio, por su parte, también reciben misteriosas ayudas. Todo sucede como si, tras la fachada de nuestra guerra, se desarrollase otro conflicto mucho mayor e invisible, aunque perpendicular a nuestro espacio y librado en el gran campo de batalla del tiempo.

Shangrin se inclinó hacia su anfitrión.

—Habláis como si tuvierais alguna prueba de lo que estáis diciendo —sugirió.

—Sí —replicó el Ulsar—, la tengo. Pero, antes de mostrarla, necesito que pactemos nuestra alianza.

—¡ Imposible! —exclamó el capitán—. No tengo costumbre de comprar nada sin examinar previamente la mercancía.

—Escuchadme bien —advirtió el Ulsar—, si ambos nos unimos y conseguimos el dominio total de Xandra, si la organización logra el triunfo y se crea la proyectada federación, nada os impedirá conocer las ramificaciones y contactos que acabo de mencionar, llegando quizás hasta los mismos amos del tiempo. Estoy seguro de que, a la vista de la conmoción que provocaremos aquí, acabarán por manifestarse. Puede que no estén tan lejos como cabría suponer, y pensad que ésta es vuestra única oportunidad.

—Aun así, antes quiero ver la mercancía —insistió Shangrin.

—¡ Bien, conforme! —aceptó finalmente el Ulsar, que parecía haberse decidido súbitamente—. Voy a revelaros un secreto sobre el que nadie, absolutamente nadie, a excepción de mí, tiene la menor idea en este planeta. Ya decidiréis cuando lo hayáis visto, y no dudo de vuestra respuesta.

Cuando el Ulsar se levantó, toda la fatiga parecía haber desaparecido de su semblante. Con una sonrisa singular tensando las comisuras de sus delgados labios se dirigió a la puerta de la tienda y levantó el tapiz que la cerraba.

—Seguidme —dijo, sumergiéndose en la noche.

El campamento dormía. Las antorchas salpicaban la oscuridad desde lo alto de las empalizadas; silenciosos centinelas las recorrían, sólo delatando su presencia al ocultar ocasionalmente la luz de una estrella. Lejos, al extremo de una fila de tiendas, brotaba una canción incierta, repetida a coro por un grupo embriagado. Algún ladrido taladraba de vez en cuando la noche, alternado con los prolongados y monótonos bramidos de los hexápodos.

Detrás del grupo, la tienda que acababan de abandonar semejaba una masa oscura, monolítica. Detenidos en el rectángulo central del lugar, los magalláneos distinguieron el perfil de los deslizadores; su superficie de metal pulido captaba oscilantes reflejos, mientras, en su interior, los hombres debían dormir protegidos por una guardia.

El Ulsar dio unas discretas palmadas y un gigantesco guerrero surgió con sus armas de entre las sombras.

—Toma una antorcha y sigúeme —le ordenó el jefe. El hombre se apresuró a obedecer.

—Tenemos nuestros focos —advirtió Shangrin.

—No importa —contestó el Ulsar—. De todos modos, voy a necesitar a ese hombre.

Cruzaron el campamento tras la danzante luz de la antorcha, que despertaba a su paso el violento colorido de las tiendas y animaba de vez en cuando el ondear de un estandarte que remataba el extremo de una lanza hincada en el suelo. Aunque llegaba hasta ellos el apagado rumor de alguna voz, el silencio y la quietud eran casi absolutos dentro del recinto. La disciplina del Ulsar debía ser implacable, o quizá los soldados habrían conservado desde la época de su cautiverio en las ciudades la costumbre de retirarse a sus madrigueras al caer la noche. Los magalláneos se asombraron al observar armas que formaban entre sí un inconcebible contraste: espadas, corazas y lanzas bárbaras junto a estilizadas siluetas de cohetes en su dispositivo lanzador. Aunque aquellos artefactos no fuesen producto de una tecnología excepcional, costaba creer que hubieran podido ser construidos en Xandra, salvo quizás en las ciudades.

—¿Es frecuente la captura de material en los arsenales del imperio? —preguntó el capitán.

El Ulsar volvió la cabeza hacia Shangrin.

—No; es un caso excepcional —explicó—. Suelen volarlos antes de rendirse. Estos cohetes proceden del espacio, pero su eficacia contra las ciudades es escasa, pues hay allí pantallas protectoras prácticamente invulnerables.

Smirno se fijó en el hombre que sostenía la antorcha. Sus rasgos eran tan primitivos como macizos sus miembros. ¿Cómo los cohetes ultrasónicos podrían compaginarse con su universo elemental? Era de suponer que, para aquel tipo, la explosión de los átomos no sería otra cosa sino el trueno de un dios; pensaría que eran los dioses quienes combatían sobre su cabeza, y trataría de ayudar a los que le fuesen propicios poniendo en ello su mejor voluntad, aunque seguramente sin hacerse demasiadas ilusiones.

«¿Habrá realmente tanta diferencia entre esos bárbaros y nosotros?», se preguntó Smirno. «Porque, también por encima de nuestras cabezas...»

Estaban las estrellas, en efecto, y ellas ocultaban el secreto de ignoradas entidades que habían llegado a dominar el tiempo.

El grupo empezó a descender en silencio hacia el fondo del cráter, haciendo rodar piedras a su paso. Shangrin observó que aquel embudo constituía una posición estratégica muy singular: sus bordes no eran lo bastante altos como para ocultar el campamento ni para protegerlo eficazmente contra un asalto directo, pero lo hacía perfectamente detectable desde el aire y, sobre todo, desde el espacio. Pero entonces recordó que ellos no habían vista nada desde el «Vasco». El hecho era extraño pues, aunque el cráter hubiera escapado a la atención de los vigías y rastreadores humanos, los cibernadores no habrían dejado de registrarlo. ¿No era aquello un nuevo enigma?

Por su parte, Gregori comprobó que la forma de la gran depresión no era circular. La negrura de sus paredes se perfilaba sobre oscuridad azulada del cielo y vio que la altura de aquéllas tampoco era regular, sino mucho mayor en el lado hacia el cual avanzaban ellos. Era un cráter en forma ovalada, asimétrica: la parte que dejaban detrás apenas tenía bordes marcados y era muy ancha y redondeada, mientras el extremo contrario iba estrechándose y parecía terminar casi en punta, rematada por un gran peñasco en forma de espolón. Justo allí la hendidura empezaba a hundirse en el terreno hasta una profundidad que no se acertaba a adivinar.

Aquello no podía ser de origen volcánico. Aunque ciertos fragmentos de roca parecieran vitrificados por la acción de una temperatura fabulosa, su composición no recordaba la lava volcánica, ni tampoco una falla granítica. Las paredes del supuesto cráter parecían de la misma naturaleza que las tierras sedimentarias de la planicie circundante.

Gregori llegó a la inevitable conclusión de que todo evocaba el impacto de una especie de proyectil monstruoso, algo que habría embestido contra el suelo de la llanura bajo un ángulo de pocos grados, casi tangencialmente. El presumible meteoro habría amontonado ante sí, al socavar el suelo, las capas rocosas que formaban el actual espolón, al tiempo que proyectaba hacia atrás los restos, convertidos en los presentes bordes más bajos.

La pendiente por donde el grupo descendía se fue acentuando hasta obligarles a asegurar cada paso. El soldado empezó a vacilar y acabó por detenerse, dejando que el Ulsar tomara la antorcha. El semblante de aquel hercúleo personaje aparecía convulso de terror, y Shangrin dedujo que no era solamente la presencia del Ulsar la causa de tal reacción.

—Vamos a ver a los dioses —declaró éste dirigiéndose al guerrero.

La expresión del hombre se iluminó en el acto.

—¡Franquearemos las puertas del cielo! —exclamó con voz ronca—. ¡ Oh, gracias, mil veces gracias, libertador mío!

Ante la estupefacción de los magalláneos, el soldado cayó de rodillas ante el Ulsar y le besó las manos.

—Camina —le ordenó éste.

El hombre se levantó, volvió a tomar la antorcha y reanudó la marcha con mayor ligereza. Tuvieron que atravesar una especie de pequeña barrera formada por piedras blancas que destacaban a la luz de las estrellas, como una frontera prohibida. Algún temible tabú vedaba seguramente el paso al fondo del cráter, haciendo innecesaria la presencia de una guardia porque la superstición de los bárbaros lo convertiría en un templo inviolable.

El camino descendía en espiral, pegado a las paredes. A la derecha de los caminantes, el fondo del pozo se perdía en las tinieblas. Gregori se preguntó si la progresiva estrechez del sendero acabaría condenándoles al abismo, y si todo aquello no sería una trampa que, inopinadamente, les tendía el Ulsar. Inquieto, deslizó las manos en los bolsillos y acarició las empuñaduras de sus armas.

El espolón no tardó en dominarles, de modo que el peñasco parecía colgar sobre sus mismas cabezas. El resplandor de la antorcha les permitía ir identificando una sucesión de estratos, que venían a ser como la rúbrica dejada por el fuego o por alucinantes energías que hubiesen desencadenado allí sus poderes. El cráter se perdía ahora oblicuamente a sus pies, de tal modo que el grupo quedaba como suspendido sobre aquel precario sendero esculpido en la pared, entre ésta y un abismo circular tan extraordinariamente vasto, que la luz de la antorcha no lograba alumbrar el lado opuesto. Gregori tuvo que luchar contra la tentación de encender su foco y dirigir el haz luminoso hacia el fondo.

CAPITULO 9

La estrechez de la cornisa acabó obligándoles a avanzar lentamente y en fila de a uno. El guerrero les precedía, perforando las tinieblas, seguido por un apresurado Ulsar y cerraba la marcha Gregori, quien tenía puesta toda su atención en el paso más bien inseguro de Smirno, preocupado a su vez por no distanciarse demasiado del capitán. A medida que iban adentrándose en el cráter, las estrellas parecían apagarse sucesivamente.

El guerrero y el Ulsar se detuvieron en un punto donde la cornisa se ensanchaba y parecía terminar. Shangrin escrutó la oscuridad, aunque por el lado del abismo nada le aclaraba los posibles motivos de la expedición.

Pero el Ulsar daba la espalda al fondo y miraba hacia la pared. Los magalláneos pudieron observar que algo o alguien había abierto un estrecho túnel que perforaba la roca y penetraba en la montaña, aunque la boca estaba obstruida por una pesada roca, una bola de piedra toscamente labrada.

El soldado fijó la antorcha en una grieta del peñasco. Las manchas de humo sobre la piedra atestiguaban que no era la primera vez que alguien se detenía allí. Siguiendo las instrucciones que le daba el Ulsar, el gigante empujó con toda su fuerza, logrando apenas que la piedra rodase unas pulgadas.

Shangrin consideró que se trataba de un sistema sorprendentemente primitivo, extrañándole que el Ulsar no hubiese previsto otro mejor. Pero después advirtió que, pese a su aspecto burdo, el bloque se ajustaba a la abertura como la llave en una cerradura; se habría necesitado un explosivo muy poderoso para moverla, a menos que alguien supiera dónde y en qué sentido empujar. El sistema era elemental, pero nada le impedía ser eficaz.

La enorme piedra giró al fin, silenciosamente. Se había desplazado muy poco y quedaba ya en una nueva posición de equilibrio. Habría bastado empujarla con un solo dedo para que volviera a ocupar su alojamiento primitivo. A una señal del Ulsar, el guerrero se metió en el túnel, y los demás le siguieron.

Nuevamente se encontraron ante un descenso en espiral, excavado en la roca con medios muy rudimentarios. Las marcas de las herramientas aún se veían en la piedra,

como miles de huellas dejadas a su paso por otros tantos insectos. Los magalláneos adivinaron que el túnel había sido abierto a través de la montaña para poder alcanzar el fondo del cráter y llegar así hasta el objeto que había provocado tan enorme conmoción.

La temperatura era templada. Gregori captó una especie de olor a ozono. ¿Habría acaso en el fondo alguna instalación, tal vez una fábrica?

La antorcha se inmovilizó de pronto con tal brusquedad, que Shangrin estuvo a punto de tropezar con el Ulsar. Una corriente de aire fresco les acarició el rostro. Cuando el guerrero levantó la antorcha, el capitán advirtió que todo el grupo se hallaba sobre una gran caverna subterránea, inmensa y llena de oscuridad, probable fondo del cráter. Las fuerzas desencadenadas allí dentro debieron ser fabulosas, pues toda la roca aparecía cristalizada y evidenciaba haber padecido temperaturas inconcebibles. Shangrin recordó haber visitado otros lugares igualmente profundos, identificados como producto de la explosión de gigantescas bombas estelares en el interior de la corteza de algunos planetas. La semejanza era extraordinaria.

Se habían detenido junto al borde de un abismo, de donde no brotaba ninguna luz. Sólo aquella brisa, como una corriente que barriera las paredes de la gruta y que, procedente de la entrada que habían dejado abierta, fuera a perderse en las profundidades del cráter.

—Arroja la antorcha —le ordenó el Ulsar al guerrero.

Shangrin estuvo a punto de protestar, pero comprendió que el Ulsar sabía lo que estaba haciendo. A pesar de todo, los magalláneos eran superiores en número y armamento. La antorcha empezó a caer con lentitud y acabó por acelerarse en rápida trayectoria, mientras su llama crecía con la velocidad de la caída.

Les pareció que no acababa de llegar al fondo. Luego, mucho más abajo del primer resplandor, pareció adivinarse una luz gemela, como si la primera se reflejara en un espejo. Pero el supuesto reflejo aumentó en intensidad, como una hoguera en trance de prender, y comprendieron en seguida que aquel destello nada tenía que ver con la luz de la antorcha. Era un resplandor azulado, muy suave, que se extendía como los círculos concéntricos en el agua al recibir ésta el impacto de una piedra, y vencía poco a poco la oscuridad circundante. Nacía aproximadamente en el centro de la caverna, cuyas paredes veían ahora surgir de las tinieblas. Cuando la luz azul alcanzó los bordes del lugar, vieron montones de guijarros de aluvión y el puntito más brillante de la antorcha, que ya había llegado abajo. Junto a ella, se distinguía la presencia de unos objetos blanquecinos y empequeñecidos por la distancia. El guerrero cayó de rodillas. —Mira lo que hay abajo —le dijo el Ulsar. El hombre obedeció, murmurando algo incoherente que se parecía a una fervorosa plegaria. Lo demás ocurrió con tanta rapidez que los magalláneos no tuvieron tiempo de reaccionar. El Ulsar sacó de su cintura un afilado estilete y lo hundió hasta la empulladura en la nuca del gigante. Éste se desplomó sin un gemido. El Ulsar arrancó su arma y brotó sangre de la herida, aunque muy poca. Luego, empujándola con un pie, el jefe hizo rodar a su víctima sobre el borde de la cornisa. El cuerpo cayó al vacío y sobre los guijarros del fondo, con un sonido blando y repugnante. Entonces los magalláneos adivinaron la naturaleza de los objetos blanquecinos: eran esqueletos humanos. La distancia los hacía parecer restos de insectos, y su número era estremecedoramente abundante.

En cada una de sus visitas, el Ulsar debía sacrificar un hombre. «No vacilamos en la elección de los medios, porque tenemos una guerra que ganar», había dicho antes. Shangrin sintió un escalofrío en la espalda. ¿Y aquel hombre se hacía pasar por libertador?

Pero el capitán se abstuvo de protestar. De nada habría servido, lo sabía, pues tenía demasiada experiencia de los hombres y los mundos del universo. Lo más probable sería que el Ulsar no entendiera los motivos de su indignación: para él había sido un gesto necesario, natural, desprovisto de crueldad. Era preciso guardar el secreto, y nada

más. Por otra parte, el jefe demostraba así a los hombres del espacio la importancia del misterio que condescendía a revelarles.

El objeto enorme y oblongo que empezara a vislumbrarse en el fondo de la caverna estaba iluminado por entero. Era una gran nave espacial. Debió caer del cielo un siglo o un milenio antes, atronando la atmósfera de Xandra y dejando tras de sí una estela de fuego. Habría perforado el suelo del planeta moldeando el cráter, proyectando tierra y cascotes a centenares de metros de distancia y abriéndose un oblicuo camino hacia aquel postrer reducto donde ahora aparecía confinado.

El impacto debió ser de una violencia sobrecogedora, puesto que la nave había continuado su trayectoria perforando la corteza más de trescientos metros antes de ver frenado su empuje y acabar de liberar sus torrentes de energía. Pero lo más increíble era que su estructura no resultó visiblemente deformada por el choque ni por la penetración. No se advertía en su superficie, al menos desde aquella distancia, la menor abolladura o un simple rasguño. Era evidente que, en iguales circunstancias, cualquier navio magalláneo habría quedado reducido a un montón de cenizas y fragmentos de metal.

—¿Podremos bajar al fondo? —preguntó Shangrin.

El Ulsar asintió y sonrió con ironía. Comenzó por inclinarse sobre el borde del abismo, hizo una inspiración profunda y saltó. Permaneció un breve instante inmóvil, como suspendido en el vacío, como una mancha oscura flotando muy alta por encima de aquel lago de luz azulada. Luego empezó a descender con lentitud hacia el fondo, parecido a una araña deslizándose por un hilo invisible.

Levantó hacia ellos la cabeza a mitad de camino y les hizo enérgicas señas para que le siguieran.

—Debe haber un campo antigravitatorio —susurró el capitán.

—Saltaré yo primero —propuso Gregori.

Vaciló sólo un momento y se lanzó. La mancha azul empezó a crecer tan rápidamente que pensó: «Voy a estrellarme contra el fondo. Tengo que detenerme o...». Y su descenso cesó bruscamente, dejándole suspendido en el aire como si hubiese chocado con algún invisible colchón elástico. Cuando levantó la cabeza y vio recortarse sobre el borde de la roca los alarmados rostros del capitán y de Smirno, su cuerpo empezó a flotar hacia arriba con un ritmo lento e irregular. Comprendió así que, inconscientemente, al ver a sus compañeros había sentido el deseo de reunirse de nuevo con ellos.

Desde abajo el Ulsar, gesticulando, insistía en que le siguieran. Gregori luchó contra el instintivo terror que estaba a punto de dominarle y pensó: «Quiero bajar». Su teoría se reveló acertada: se reanudó el lento descenso y acabó por posarse sin novedad sobre el fondo azulado.

Vio que Shangrin gesticulaba como llamándole, pero la voz le llegó tan atenuada y deforme que resultó ininteligible. Los microrradios no funcionaban; la nave desconocida estaría rodeada por un halo energético que perturbaba las leyes físicas normales. Por otra parte, el dispositivo antigravitatorio resultaba de una sutileza casi inconcebible: se regía por las reacciones cerebrales de quien intentaba llegar al fondo. Gregori dedujo que sus constructores fueron seres humanos o, al menos, no muy diferentes a los de su propia especie, pues los detectores del sistema lograban captar, registrar y convertir ínfimas descargas de impulsos nerviosos e imperceptibles contracciones musculares para actuar en consecuencia.

Habría apostado doble contra sencillo a que aquello no tenía que ver con ninguna clase de principios telepáticos, sino que se fundaba en la interpretación de las señales dadas por el sistema nervioso al cuerpo para bajar, subir, o desplazarse lateralmente. No

dependía del mecanismo semántico impuesto por las palabras «subir» o «bajar». Por lo tanto, cualquier ser razonablemente parecido a un humano, e incluso un animal superior, podía servirse de él.

Gregori se preguntó qué sucedería si probasen aquel mecanismo con el Runi. Quiso subir para explicar a sus compañeros el sistema, pero vio que ya descendían con prudente lentitud.

Desde el otro lado de la gran cavidad, el Ulsar les hacia señas para que se acercaran. Lo hicieron deslizándose sobre la superficie curva y pulida, que ahora no parecía de un azul tan uniforme, sino cruzada por franjas alternativamente claras y oscuras sobre un fondo siempre igual. Aquéllas cambiaban de intensidad con un ritmo que la mirada percibía casi como una vibración. La forma de toda la caverna coincidía aproximadamente con los perfiles del navio, aunque la roca llegaba casi a tocar el casco azul en algunos puntos y dejaba en otros un paso relativamente libre. Hacia la parte posterior, la bóveda bajaba y parecía cerrar toda salida más allá del cráter. Era presumible que algún derrumbamiento hubiese cegado el camino.

—¿Cuánto tiempo llevará ahí ese artefacto? —inquirió Gregori.

—No puede ser mucho —juzgó Smirno—. De lo contrario, el fondo del cráter se habría ido llenando de escombros y las paredes mostrarían mayor erosión. Supongo que, como máximo, algunas décadas, o tal vez menos.

El sonido de las voces se propagaba mal, como si el ambiente del lugar fuera demasiado denso. Alguna radiación debía entorpecer la propagación del sonido.

Una breve y contundente señal del Ulsar les hizo saber que se proponía conducirles hacia el interior de la nave. Cuando llegaron a la pared opuesta de la gruta, descendieron por un sendero labrado en la roca. Se movían a lo largo del casco gigantesco e inalterable, semejantes a gusanos acechando una fruta caída y buscando el lugar propicio para introducirse en su interior y sorberle el jugo. De pronto, una abertura ovalada vino a alterar la uniformidad de aquella superficie. Daba a un pasillo estrecho por el que anduvieron en silencio, inmersos en un resplandor verdoso. Cruzaron salas desiertas e incomprensibles, en cuyas paredes se abrían como unos nichos vacíos. Smirno imaginó que podían ser estaciones de partida para probables proyecciones instantáneas de un punto a otro del artefacto, o quizá mucho más lejos, fuera de la misma nave y hacia otras cavidades que podían enlazar con ellas conectando con ciudades u otros navios de una civilización inconcebible. Los techos de las salas mostraban figuras luminosas, eléctricas y móviles que se desplegaban en repentinas pulsaciones y se diluían lentamente para reaparecer con otro aspecto. No vieron rastro alguno de instrumentos, mandos, palancas, armas, libros de registro ni detectores. Por último, Shangrin comprendió que buscar allí tales cosas habría sido un error tan pueril como si un bárbaro pretendiera encontrar en el «Vasco» piezas de museo tales como velámenes, sextantes o una rueda del timón.

Aquel artefacto navegaba a través del tiempo, y no sólo por el espacio, y debía ser tan diferente del «Vasco» como éste lo era de un velero.

No tardaron mucho en explorar las zonas accesibles y que, según calcularon, representaban apenas una centésima parte del volumen total. Nada permitía adivinar la posible existencia de alguna puerta capaz de dar paso al resto de la máquina. Shangrin no se hizo la menor ilusión en cuanto a la posibilidad de forzar las paredes, pues la resistencia de su constitución excedía las propiedades de la materia normal, gracias a ciertas alteraciones del espacio, tal vez incluso del tiempo. De hecho, ambos conceptos quedaban fatalmente vinculados.

El grupo se detuvo en una vasta sala triangular cuyas paredes debían ser insensiblemente curvas, dado que sus ángulos parecían menos cerrados de lo que hubiera exigido la geometría euclídea. Por añadidura, las esquinas del recinto daban la

impresión de flotar, en un movimiento que engañaba y fatigaba la vista. El Ulsar se tendió materialmente en el aire, y sus acompañantes no tardaron en imitarle. Bastaba con pensarlo una sola vez para conseguirlo, sin que luego fuese necesario un esfuerzo permanente para seguir flotando en aquella posición.

—¿Qué os parece? —comentó el Ulsar—. Este navio surgió como de la nada pocos años después de mi llegada a este planeta. En aquel momento yo me encontraba en otro lugar de su superficie, pero la noticia no dejó de llegar allí. Confieso que, al principio, no le concedí gran importancia, y lo mismo les sucedió a los opresores de las ciudades, ya que sus esfuerzos por localizarlo no fueron nada extraordinarios y fracasaron por completo.

Se interrumpió para mirarles y mostrar su habitual sonrisa.

—Sin embargo, el choque había sido de una violencia fuera de lo común. Ocasionó un verdadero temblor de tierra y el ruido pudo oírse dentro de un radio enorme. Pero el cráter no podía ser visto desde el aire por las escuadras del imperio. Nosotros dimos con él por la sencilla razón de que nos movemos de un modo mucho más lento, arrastrándonos penosa y humildemente por el suelo en vez de surcar orgullosos el cielo.

El Ulsar giró juguetonamente sobre sí mismo, lo que inspiró a Smirno un vago malestar y una impresión de inquietud. A pesar de su bárbara indumentaria, aquel hombre parecía encontrarse allí en su ambiente adecuado, como si fuese el dueño del lugar. Y por más que, en contraposición, Shangrin imaginara haber casi conquistado el navio y se esforzara en aparentarlo, seguía siendo allí un extraño; muy seguro de su poder y de su derecho y nada intimidado, pero vencido por la magnitud del enigma. Por su parte, Gregori no era sino la sombra del capitán: sin duda lograría grandes cosas en el futuro, pues no carecía de valor y astucia, pero de momento le faltaba el prestigio que confiere una madurez bien aprovechada. En cuanto a él, Smirno, se consideraba un simple ojo curioso y un tanto hastiado, riguroso a veces y siempre observador. Era justamente en un lugar como aquel, extraño, desconocido y al margen del tiempo, donde las personalidades se revelaban con más crudeza, donde los detalles cotidianos se diluían para dejar traslucir la naturaleza misma de cada ser. En la desnudez de aquella sala, Shangrin parecía rodeado por un invisible halo rojizo; otro resplandor, éste verdoso e* igualmente inexplicable, nimbaba al Ulsar, confundiéndole casi con las paredes de la estancia. Pero ni Gregori ni Smirno gozaban de semejante distinción.

—De modo que el cráter era prácticamente invisible desde lo alto —proseguía el Ulsar—, tan invisible como indetectable lo que había penetrado y quedado bajo tierra, aquí mismo. Algún dispositivo cerraba y sigue cerrando el espacio sobre sí mismo, rechazando los rayos de la luz o desviándolos, no lo sé. Desconozco esas cosas que vosotros sabréis mejor que yo. Cuando se llega al lugar andando, se advierte en ciertos días una especie de temblor en el aire que rodea el cráter. Algunos lo atribuyen al calor, pero no tiene nada que ver con la temperatura. Creo que se trata de una rara contracción del espacio, tal vez del tiempo. Algunos esclavos, al huir de las ciudades, se refugiaban por casualidad en el cráter, y no tardaron en observar que las naves del imperio dejaban de perseguirles mientras permanecían ocultos aquí. Más tarde comprendí el motivo: mirando desde el cielo, sólo se distinguía la llanura ininterrumpida, sin vestigios de alteración. Supongo que el dispositivo proyecta y muestra solamente una imagen permanente del pasado, retenida, inalterable, como un escudo ajeno al paso del tiempo. A primera vista, naturalmente, yo me limité a verificar dos hechos valiosos: el enigmático poder que representaba este navio y, sobre todo, el excepcional refugio que constituye este cráter.

—¿Habéis conseguido mantenerlo inviolado? —preguntó Shangrin.

—Sí. Hemos tenido que aniquilar en dos ocasiones unas expediciones pertenecientes al imperio que, sin duda por casualidad, se habían aventurado a pie demasiado cerca de sus límites. Eran destacamentos de escasa importancia, y las ciudades no se preocuparon de investigar sobre su desaparición. Ya tenían suficiente trabajo con atender a otros frentes.

—¿Y ya se podía llegar entonces hasta el mismo navio?

—No. Cuando yo vine aquí, el cráter era un recinto sagrado y empezaba a establecerse una religión basada en él. Los fugitivos que lo ocupaban se creían protegidos por los dioses. Algún curioso había descendido hasta el fondo del embudo y vislumbró a través de las grietas ese resplandor azulado, sobrenatural. Hubo incluso quienes trataron de explorarlo, pero no regresaron jamás.

»Más tarde descubrí lo que les había sucedido: el único paso practicable les conducía necesariamente a la parte posterior del navio. Y en aquel punto existía una especie de torbellino azulado, de indescriptible poder y violencia. Aunque no era muy extenso, quien cometiera la imprudencia de acercarse demasiado, quedaba fulminado. He visto varias veces cómo consume en una fracción de segundo a hombres llenos de vida y de vigor. No es nada concretamente material, sino algo tan misterioso como un dios vengativo y cruel. Para mí es la encarnación misma del tiempo, donde todos los minutos y segundos son registrados, abrasados y aniquilados. El desdichado que resulta alcanzado por el torbellino se ve instantáneamente proyectado hacia el último futuro o hacia el pasado más remoto, tal vez hacia la nada. Decidí provocar un derrumbamiento y cerrar el cráter por aquel lado; en su lugar hice abrir el túnel que hemos seguido. Así he llegado a descubrir cosas muy curiosas en esta nave, tal vez lo más insignificante que contiene, pues ignoro de dónde procede ni qué civilización fue capaz de construirla. Sin embargo, estoy seguro de que fue concebida por o al menos para hombres, y creo que pertenece a un futuro muy lejano. Por otra parte, en ningún lugar del espacio que nos rodea puede darse una tecnología tan increíblemente avanzada.

»Y así como nos consta que muchos son arrancados del futuro y lanzados aquí contra su voluntad, creo que esta nave dejó su tiempo y vino involuntariamente. Puede que sufriera algún accidente y que su tripulación desapareciera, mientras el aparato continuaba su ruta hasta chocar con nuestro planeta. También es posible que su desplazamiento a través del tiempo fuese calculado con poca precisión, causando una imprevista captura por la gravedad de Xandra. Hay otras muchas posibilidades que soy incapaz de imaginar. Incluso puede que alguien siga con vida en las profundidades de este artefacto. No lo sé. Aquí sólo impera el silencio más absoluto, pero hay ciencia por todas partes. Yo vengo bastante a menudo para meditar. Mi pueblo dice que me alejo para dialogar con los dioses. Hasta ahora he sido el único en poder realizar el viaje de ida y vuelta, y no sé quién me concede el privilegio. Observad ese techo.

Todos miraron hacia arriba. Aparentemente uniforme, prescindiendo de las vagas redes de resplandor que parecían palpitar sobre la superficie, el techo empezó a llenarse de formas imprecisas, de sombras y claros que iban adquiriendo coloración, se entrecruzaban y ocultaban alternativamente unas tras otras, se combinaban y separaban luego en una sucesión calidoscópica de acontecimientos abstractos. Aquello podía ser como una alucinación de las retinas fatigadas, pero al mismo tiempo tenía un extraño realismo y una incomprensible lógica interna que la mente no dejaba de advertir, pero que no conseguía descifrar. ¿Se trataba de alguna escritura, tal vez de una matemática inaccesible?

—He llegado a interpretar algunas de estas series —dijo el Ulsar—, pero no consigo expresarlas en palabras. Y sin embargo, han acabado por transformarme íntimamente: me han transmitido una lógica peculiar y creo que también un mayor rigor y lucidez en mis conclusiones. ¿Será pura ilusión? ¿Me hallaré en presencia de un indescriptible mapa del tiempo, de rutas sutiles vedadas para nosotros, que enlazan entre sí las eras temporales? ¿Se trata quizá de un vulgar juego? Sea lo que fuere, me ayuda a comprender un poco mejor a quienes construyeron este portentoso navio.

La voz del Ulsar se intensificaba. Aunque desprovista de pasión, adquirió mayor nervio y apremio.

—Y lo que este navio ha hecho, otros como él lo repetirán con mayor éxito. Supongo que siguen surcando los espacios o el tiempo a nuestro alrededor. También supongo que, cuando nuestro poderío sea lo bastante grande, se decidirán a establecer contacto con nosotros o dejarán de deslizarse entre las redes de nuestro control. No pueden estar lejos, no mucho: sólo detrás de la trama de las cosas, ahí mismo.

—¿Podría traer aquí a mis científicos? —preguntó Shangrin. El Ulsar meneó la cabeza.

—Sus instrumentos no funcionarían. Hice venir a algunos sabios capturados en las ciudades, y todos ellos se apasionaron tanto en desentrañar este misterio que habrían regresado una y otra vez si yo lo hubiera permitido. No pudieron averiguar nada y me vi obligado a ordenar que les mataran. He aquí la prueba que os prometí. Ya veis que existe un paso hacia el futuro; es como una cerradura, y os corresponde encontrar la llave.

—Nos la dará la victoria —aseguró Shangrin—. Seré vuestro aliado, Ulsar. Conquistaremos las ciudades, libraremos el espacio y dominaremos al tiempo...

—No hay aliado tan insconstante ni adversario tan eterno como el tiempo —replicó sonriente el Ulsar.

Tras abandonar la sala y la nave, el grupo trepó a la cornisa y llegó nuevamente al túnel. Doblado el primer recodo, el resplandor azul fue decreciendo hasta extinguirse, obligándoles a hacer el resto del camino en completa oscuridad, pues los focos que llevaban se negaron a funcionar. Smirno se sintió aliviado cuando sus párpados pudieron defender a los doloridos ojos, pues al dejar a sus espaldas la caverna y la eterna noche, les hirió en las pupilas la radiante claridad del día.

CAPITULO 10

Los cohetes llovían sobre la ciudad de Tczila. Desde el cuartel general magalláneo, parecían simples flechas plateadas surgiendo a enjambres desde las montañas, enhiestos sobre su estela de humo blanco, escalando tan altos el espacio que ningún ruido delataba su vuelo, y precipitándose luego sobre su objetivo con un silbido atronador. Los errores en las trayectorias eran mínimos.

Pero ninguno de los artefactos alcanzaba el blanco. Chocaban a varios kilómetros de altura contra algún obstáculo invisible y estallaban allí. El calor y las radiaciones resbalaban sobre el parapeto energético que protegía a la ciudad, sin impedir en ningún momento el paso de la luz solar, pues Shangrin podía distinguir perfectamente con sus gemelos el brillo de macizas construcciones. Las explosiones de los cohetes formaban nubes que el viento arrastraba poco a poco, y toda su fuerza moría ahí, sin inquietar seriamente a los habitantes de Tczila.

Era la eterna razón por la cual el resultado de aquella guerra permanecía indeciso. Los revolucionarios batían las murallas de las ciudades como las olas de un mar embravecido, pero nada conseguían contra sus defensas. Por su parte, ni los efectivos humanos ni el equipo del imperio eran suficientes para poder contraatacar con eficacia. Ambos bandos solamente podían combatirse mediante complicidades en el campo adversario, pero décadas de conflicto habían acabado por agotar las posibilidades de este recurso.

Si, a pesar de todo, alguna ciudad había caído bajo la presión de levantamientos internos, no podía decirse que tal fuera el caso de Tczila: montañas de cráneos

pertenecientes a esclavos que habían resultado sopechosos se alzaban como siniestras pirámides junto a las puertas.

Shangrin se dijo que por aquel motivo la espada había sobrevivido a la aparición del cohete. El combate cuerpo a cuerpo seguía siendo instrumento de destrucción en masa; el arco, las flechas y las cargas a lomo de hexápodos se combinaban con los rayos mortales, y los deslizadores con los carros. A través de sus gemelos, el capitán podía ver las columnas de guerreros del Ulsar asaltando la ciudad. Las mismas tropas del «Vasco» se mantenían en reserva, a cuyo efecto habían sido entrenadas en el manejo de ciertas armas primitivas que lanzaban proyectiles en vez de emitir haces de rayos desintegradores. Se trataba de un técnica que tanto el imperio como el Ulsar estimaban superada, pero que podía resultar muy capaz de alterar el curso de aquella guerra.

Shangrin se había opuesto al empleo directo del «Vasco» en la contienda. Quería mantener su navio al margen de todo compromiso durante el mayor tiempo posible, limitándose a poner a disposición del Ulsar su habilidad estratégica personal y la eficacia de sus equipos de combate.

Las armas habituales de los magalláneos habían resultado inoperantes contra el dispositivo protector de las ciudades, que las hacía estallar inofensivamente. El capitán hizo oídos sordos a las quejas del Ulsar, hasta el día en que éste le hizo presenciar cómo un nutrido destacamento de sus guerreros, armados con granadas nucleares y pistolas lanzadoras de rayos, embestía de frente contra la muralla de la ciudad. Cuando todo el grupo se desvaneció en una sola y terrorífica llamarada, Shangrin se mordió los labios y ahogó un juramento. Las demostraciones del Ulsar solían ser de una particular contundencia.

Smirno tuvo que admitir que el capitán no era tan inhumano como había supuesto. El xenólogo observaba los preparativos de la batalla con gran curiosidad. Era la primera vez que asistía a un combate desde tan cerca, y era también probablemente un caso único aquel enfrentamiento entre armas tan dispares. La ciudad quedaba demasiado lejos de Smirno para que él pudiese advertir señales de actividad sobre las murallas; no obstante, de vez en cuando veía desaparecer un puñado de guerreros entre una nube de humo. Alguno de los cohetes ligeros de la ciudad había dado en el blanco, mientras los numerosos incendios que asolaban la llanura indicaban que los sitiados utilizaban rayos térmicos. Surcando el cielo a escasa altura y protegidos por el parapeto invisible, grandes naves negras de forma lenticular se movían como aves de presa, pero no podían hacer gran cosa. No era posible lanzarse proyectiles nucleares desde la ciudad, puesto que habrían estallado antes de salir por efecto del propio campo energético protector. Era una guerra tan insólita como llena de contradicciones.

Gregori esperaba la hora H. Sabía que el verdadero problema estratégico del asalto a la ciudad se reducía a la neutralización del impenetrable escudo energético. El Ulsar era incapaz de conseguirlo, pero los técnicos del «Vasco» creían haber dado con la solución.

El campo protector era de tipo subnucleónico, formado por partículas de masa muy inferior a las que intervienen en las vibraciones electromagnéticas, Por tanto, su longitud de onda era muy superior, del orden de las distancias intersiderales. El nivel energético del campo protector era muy bajo, casi despreciable, pero indirectamente producía una discontinuidad en la estructura del espacio y actuaba a nivel de subpartículas, en virtud de la relación que existe entre energía y materia. Ello bastaba para hacer estallar las armas nucleares, los rayos de las pistolas emisoras o cualquier agresión semejante.

Paradójicamente, lo magalláneos no sabían generar un campo de naturaleza semejante, fruto de una tecnología más avanzada que la suya. Pero la fuerza generadora debía ser indudablemente de una elemental simplicidad. Ello explicaba que el imperio hubiese conservado aquel recurso, aunque el principio teórico seguramente habría caído en el olvido.

Los magalláneos no podían suprimir aquel campo oponiéndole otro de signo contrario, pero sí debilitarlo robándole energía. Una simple antena afecta a las características de cualquier campo electromagnético alterno, por cuanto absorbe energía. La proporción de energía de tal modo extraída de las radiaciones suele ser despreciable en comparación con la cantidad emitida, pero existe la posibilidad teórica de llegar a absorber toda la energía puesta en juego.

Y el problema se simplificaba en el caso de un campo subnucleónico, ya que éste padecía unas limitaciones muy concretas; rebasado cierto nivel de perturbación, iba decreciendo en función de la decimosexta potencia de la distancia, hasta anularse prácticamente a escasos centímetros.

Y ahí radicaba el punto débil que intentarían aprovechar.

Gregori consultó la esfera de su reloj, cuya tonalidad pasaba lentamente del amarillo hacia el rojo, al tiempo que ciertas cifras iban apareciendo en los recuadros. Correspondían a señales emitidas por las unidades que, una tras otra, anunciaban estar preparadas para entrar en acción.

Cuando la esfera pasó definitivamente al negro, Gregori dio una orden general y, al instante, todos los grupos de técnicos apostados alrededor de Tczila soltaron sus aparatos.

Algo empezó a volar a ras del suelo hacia el perímetro de las murallas. Era una especie de alfombra móvil y multicolor que se iba desplegando en torno a la ciudad, hasta cercarla. Había varios millones de ingenios volantes, y su tamaño no era mayor que el de un pájaro. Por sus alas brillantes y largas semejaban una gran nube de libélulas.

Cuando alcanzaron la invisible pared del campo protector, iniciaron el ascenso sin despegarse de él ni tratar de penetrar, sino contorneando la superficie. Subían tenaces e inexorables desde toda la periferia, concentrándose en la cúspide y formando allí un hemisferio cóncavo, compacto y reluciente que cubría la ciudad como un inquieto nubarrón de insectos. Las antenas metálicas absorbían energía del campo protector y esa misma energía alimentaba sus motores, haciéndoles capaces de seguir funcionando mientras el campo estuviera conectado. Era inevitable que, al concentrarse y al volar en todas direcciones, chocaran entre sí y cayeran destruidos a enjambres; pero se contaban por millones, y los técnicos seguían lanzando sin tregua nuevas oleadas.

En la ciudad, el cielo debió oscurecerse, lo cual no dejaría de ejercer un importante efecto psicológico entre los defensores.

Un ligero silbido emitido a sus espaldas sorprendió a Gregori y le hizo volver la cabeza. El huevo que contenía al Runi estaba allí. La idea de aquellos aparatos había sido sugerida por el Runi; su construcción había recaído sobre los técnicos y los robots del «Vasco», pero aquel ser había necesitado sólo un momento para facilitar la solución del problema, una vez se lo hubieron planteado. Se trataba de una solución abstracta; el Runi no producía nada, pues su civilización ignoraba las herramientas, pero resolvía con brillantez cualquier problema de cálculo.

El mismo huevo que ahora le cobijaba había sido inventado por él. Tras decidir que lo necesitaba para desplazarse a donde estuviera el capitán, describió las características del aparato y los físicos del «Vasco» lo construyeron. Era un huevo totalmente transparente y hermético, y contenía además todos los elementos vitales para el huésped y para que éste pudiera seguir transmitiendo su pensamiento en lenguaje humano. El tablero de ajedrez le acompañaba como de costumbre, y un generador antigravitatorio le permitía desplazarse en el espacio. Dentro de su transparente recinto, el Runi parecía una enorme larva anaranjada, capaz de imprevisibles metamorfosis.

Un cohete disparado entonces cruzó la capa de insectos metálicos, produciendo grandes revoloteos, y estalló demasiado pronto. Pero había violado la debilitada muralla energética; la ciudad estaba expuesta a la destrucción. La táctica del Runi había triunfado.

Aun así, Gregori sabía que no iba a ser fácil. Sospechaba que la mayor parte de las instalaciones vitales estarían alojadas en profundos subterráneos, y que otros dispositivos energéticos protegerían los principales centros de Tczila. Mientras tanto, una enorme nube de humo se alzó de la ciudad y abatió los ingenios voladores, fundiendo las alas de gran número de ellos y haciendo que otros salieran del campo y cayeran en barrena. Cuando la nube se disipó, sólo una cuarta parte de ellos seguían sobrevolando el maltrecho dispositivo protector. Pero también éstos cayeron en masa mientras el segundo cohete rugía precipitándose ya sobre la ciudad. Gregori creyó por un instante que la primera explosión habría destruido el generador del campo energético, pero el cohete estalló súbitamente en el aire y le hizo comprender que, a pesar de todo, el sistema seguía funcionando. Los últimos insectos metálicos no habían llegado todavía al suelo y volvieron a tomar altura. Pero, cuando estuvieron concentrados arriba, los de la ciudad desconectaron el campo un instante y todos cayeron.

Los defensores de Tczila habían descubierto un recurso. Aunque los magalláneos soltaron nuevas oleadas de aparatos, pocos lograban mantenerse sobre la cúspide de la invisible semiesfera, y sólo uno de doce cohetes lanzados logró pasar.

—Está muriendo gente —pronunció el Runi.

Era una simple constatación, enunciada por la voz sintética del Runi, monótona y desprovista de cualquier eventual emoción. ¿Habría sido inspirada por la sorpresa, por la comprensión o por la compasión? ¿O quizá por la satisfacción?

De pronto, Gregori odió con todas sus fuerzas al Runi por aquella frase. Hasta entonces, su atención se había limitado a considerar fríamente la nube de humo y el calibre del enorme hongo que el viento iba arremolinando en las alturas. Y fue precisamente el Runi quien le devolvió a la humana realidad. Todo aquello causaba víctimas allí abajo, y no sólo entre los déspotas del imperio, sino también entre sus esclavos. Abochornado, lanzó una ojeada de soslayo hacia Shangrin. Pero el capitán no parecía compartir aquellas dudas. Seguía vociferando sus órdenes y comportándose como si la batalla fuese asunto suyo personal.

—Les conviene sincronizar el disparo de los cohetes con los lanzamientos de los enjambres —aconsejó el Runi.

«Por supuesto», pensó Gregori con rencor. «Este bicho asqueroso se cree que nadie sino él es capaz de pensar.»

Y siguió impartiendo órdenes. Los cohetes y los artefactos volantes emprendían el vuelo con cierta irregularidad, y la mayoría de las ojivas atómicas estallaban prematuramente; pero alguna lograba pasar de vez en cuando, lo que bastaba en realidad.

A diez kilómetros de distancia, la ciudad estaba envuelta en llamas.

Formaba como el núcleo interior de un sol, un ascua ardiente, un horno de cenizas, de metal y piedra aleados de un modo indisoluble, inmerso todo en un océano abrasador.

Atravesando la abrasadora planicie, las columnas de guerreros y los grupos de combate magalláneos avanzaron hacia la ciudad. Los cohetes dejaron de caer, mientras los insectos metálicos regresaban dócilmente hacia sus dispositivos lanzadores. No quedaba más de un millar.

Pero la batalla estaba virtualmente ganada. Las escaramuzas podrían prolongarse varios días en los subterráneos de la fortaleza, pero serían simples pugnas carentes de verdadera importancia. La ciudad más poderosa del planeta había caído y, por vez primera en más de un siglo, el equilibrio de fuerzas se inclinaba a favor de los rebeldes. Sólo tres horas había costado conseguirlo.

Shangrin se apeó de su deslizador y corrió hacia donde estaba el Ulsar.

—La ciudad pertenecerá a vuestras tropas esta misma tarde —aseguró.

—Me doy cuenta de lo que os debo —contestó el Ulsar—. Pero en las próximas batallas tendremos que procurar tomar intactos los puertos estelares. Necesitamos los navios para futuras operaciones.

—¡También conquistaremos el espacio! ¡Nadie podrá detenernos!

«No, nadie», pensó Smirno acongojado. «Porque todo adversario será quemado en su misma morada, asado como un pollo.» El xenólogo estaba abrumado y le repugnaba tanto el brutal júbilo del capitán como la fría impasibilidad del Ulsar. Detestaba el proceder de aquellos guerreros, y el espectáculo de los cohetes aniquilando la ciudad había despertado en él una invencible náusea.

Cuando los hombres de Magallanes y los rebeldes de Xandra penetraron en la ciudad y redujeron los últimos focos de resistencia, se asombraron al comprobar que habían resistido el diluvio nuclear los edificios de Tczila. Salpicando las paredes, sombras más claras perfilaban sobre la piedra quemada el testimonio de otras tantas vidas volatilizadas. Acero y hormigón fundidos habían corrido por las calles como incandescentes ríos, aún humeantes. Pero en el mismo centro de Tczila, irguiéndose como orgullosos peñascos, seguían en pie unos edificios inmensos y ciegos. Sus fachadas habían adquirido el bruñido brillo del esmalte, y todas sus puertas estaban soldadas a los marcos a causa del calor.

Fue preciso excavar aquellos desechos blindados, y en lo más profundo de uno de ellos descubrieron a un hombre encadenado que todavía respiraba. Conducido al exterior, aún le quedaron fuerzas para agradecer su liberación con un suspiro, después de lo cual murió.

Buscaron luego las ocultas puertas que conducían a las fortalezas subterráneas y las forzaron una tras otra, recorrieron las instalaciones y perdonaron muy pocas vidas. Los vrons tuvieron mucho trabajo.

Después de Tczila les tocó el turno a Azutl, a Xiotl, a Shipar y a Nuss. Las dos primeras ciudades cayeron antes de que el imperio concertara sus esfuerzos para restablecer la situación. Cuando hubieron organizado un socorro, algunos navios espaciales acudieron en su defensa; pero la destrucción de uno de ellos provocó la huida de los demás, que desde entonces se limitaron a vigilar el planeta y arrojar de vez en cuando algún armamento sobre las ciudades. Shangrin se abstuvo de perseguirlos, pues estaba ocupado en cosas más provechosas.

La poblaciones amuralladas fueron conquistadas sin que quedara de algunas poco más que ceniza y piedra fundida flotando como polvo impalpable hasta el límite de la atmósfera. Tardaría años en disiparse. Las que optaron por rendirse casi intactas pagaron con esta entrega la salvación de muchos de sus habitantes, aunque las cadenas pasaron de una a otra casta. Las victorias del Ulsar y de Shangrin dibujaban sobre los mapas sucesivas líneas de lápiz rojo que no tardaron en cubrir con su espesa red casi toda la superficie del planeta. Los guerreros del Ulsar sometieron a otras hordas bárbaras menos organizadas, y hasta cruzaron un gran océano para reducir una ciudad que les agobiaba con miríadas de mortíferos cohetes.

Todo aquello requirió meses, durante los cuales aquel extraño navio llegado del tiempo siguió durmiendo en el fondo de su caverna y el «Vasco» permaneció en el espacio, orbitando alrededor del planeta. A aquellos de sus ocupantes que no intervenían directamente en la guerra, les parecía que continuaba invariable la rutina del gran viaje.

También los hombres cambiaron, o evidenciaron lo que realmente eran. El Ulsar se mostraba cada vez más enigmático, más duro y más seguro de sí mismo. Parecía no conocer límites para sus ambiciones. Era partidario de extender la guerra hacia el espacio y sorprender al imperio con un ataque directo contra su capital. Pero Shangrin no se dejaba convencer, insistiendo en restringir la intervención de los magalláneos y no comprometerse con la política del Ulsar. Él, en definitiva, era un mercader y sus objetivos no tenían nada que ver con la conquista de un poder local. Sin embargo, las victorias le embriagaban. En más de una ocasión, no desdeñó encabezar las avanzadillas que ocupaban una ciudad, haciéndolo con la espada en la mano y arrastrando tras de sí a una horda de bárbaros. Las llamas y la sangre vertida no parecían conmoverle mucho, aunque cada vez que perdía a un magalláneo montaba en una cólera indescriptible. Exigía sistemáticamente su parte en el botín ganado a las ciudades, pero nunca dejaba de añadirla al tesoro común acumulado en el «Vasco». Hacía gala de una generosidad similar a la de los antiguos capitanes, extraña mezcla de héroes, traficantes y piratas.

Y todo aquello sobrecogía el ánimo de Gregori. Tanta sangre le producía repugnancia. La ciega destrucción le parecía un derroche inútil, y habría deseado llegar a los mismos resultados con mayor precaución, sutileza y lentitud.

Por su parte Smirno pensaba que estaban viviendo una época en que la gente no se andaba con delicadezas. El más fuerte sojuzgaba al más débil y desconfiaba sistemáticamente de él. El xenólogo había estudiado hasta entonces las facetas de muchas civilizaciones en trance de expansión, de decadencia o de lucha por la supervivencia. Tanto las grandes matanzas como las peores catástrofes se habían reducido para él a unas líneas anotadas en fichas. Cuando creía poseer una visión clara y una justa comprensión de tantas calamidades pasadas o incluso futuras, la guerra de Xandra le ofrecía el brutal impacto de la realidad inmediata, sólo perceptible en toda su verdad cuando cabía escuchar los alaridos, oler el humo de los incendios y horrorizarse ante el espectáculo de la podredumbre. Nada podía oponerse al salvajismo desatado, nadie lograría convencer al Ulsar, a Shangrin o a los altaneros cabecillas del imperio, empeñados todos en conjurar a la muerte y provocar la destrucción, para que buscaran el modo de dirimir sus diferencias sin recurrir a la guerra. Unos y otros parecían rendirle idéntico culto, llevarla a la vez en su naturaleza y en su destino. Los enemigos eran cómplices en este aspecto, y Smirno les aborrecía por igual al advertir la común obsesión, llegando incluso a desear la muerte del capitán.

Hasta el Runi cambió, aunque nadie fuera capaz de demostrarlo, y mucho menos de explicar cómo. Pero, en el oculto mecanismo de sus razonamientos, la imagen que él se habría ido formando sobre el hombre sufría sin duda una evolución y se concretaba sin acabar de determinarse. Al margen de posibles odios y juicios, las reacciones del Runi podían ser singularmente afines con las del propio xenólogo. Mientras éste se resignaba a la impotencia del espectador, el Runi comprendía cada vez más claramente las motivaciones que regían aquellas vidas humanas. Empezó a desdeñar progresivamente el ajedrez, porque llevaba en su misma naturaleza la pasión por el juego, y había descubierto que el placer obtenido dependía sólo de la complejidad de la partida.

Las tropas libertadoras forzaron jubilosamente las puertas de Cindra. La ciudad era muy antigua y sus escasos habitantes apenas habían opuesto resistencia. Como la crueldad ejercida contra los esclavos había sido allí mucho menor que en la mayoría de las poblaciones del imperio, la venganza de los esclavos liberados tampoco fue tan violenta como en otros lugares. Aprovechando los confusos momentos de la ocupación, un navio espacial logró despegar y escapar. Shangrin orientó su ataque directamente contra el puerto y, antes de que las invadieran los bárbaros, logró que sus hombres ocuparan viejas moradas pertenecientes a antiguas familias del lugar, cuyas bibliotecas estaban

atestadas de libros que contenían datos y recuerdos del mundo anterior al gran tránsito. Aquella clase de documentos era lo que el capitán necesitaba.

Habían tomado el puerto casi sin combate. Shangrin examinaba con Smirno las naves capturadas cuando sus soldados condujeron a su presencia a un anciano que, según propia declaración, era historiador. Vestía una túnica verde y parecía tan apesadumbrado como achacoso. El capitán se encogió despectivamente de hombros cuando le vio llegar, porque ni él ni el Ulsar habían conseguido hasta entonces ninguna información interesante de los prisioneros, interrogados con mayor o menor dureza. Era evidente que el imperio decaía con excesiva rapidez, pues los antiguos amos de Xandra demostraban estar muy poco enterados de lo que ocurría en los demás mundos. El hecho podía ser debido a que las comunicaciones del imperio fuesen claramente deficientes, o a que los dirigentes supremos hubiesen decidido abandonar aquel planeta a su suerte, manteniéndolo aislado sin tomarse el trabajo de reconquistarlo. Pero lo que aquel anciano demostró saber vino a cambiar el aspecto de las cosas.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Shangrin.

—Mi nombre es Hari Ilen Cindra —contestó el hombre.

«Pertenece a una de las principales familias de la ciudad», pensó el capitán, interesado casi a su pesar. El anciano parecía menos arrogante que la mayoría de los de su casta, quizá más abierto e inteligente.

—¿A qué te dedicabas?

—Investigo la historia. Es una ciencia muy difícil. Permite deducir las derrotas del futuro basándose en las victorias del pasado.

—¿De modo que habías previsto ya vuestro fracaso de hoy?

—En efecto —aseguró el historiador—. Sabía que, tarde o temprano, teníais que llegar y vencer.

—¿Y cómo no hiciste nada para prevenir a tu pueblo?

—No he dejado de insistir en ello, pero nos creíamos dueños absolutos de nuestro destino. También tú piensas igual, y te equivocas.

—¿Qué quieres decir?

—Mi pueblo creía que esta guerra era solamente un conflicto entre opresores y oprimidos, y que éstos nunca lograrían imponerse. Pero se negaba a admitir que unos y otros somos simples unidades puestas en juego por una contienda mayor, que nos arrastra sin revelarnos su verdadera magnitud.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —inquirió el capitán.

—Porque sé que no vas a creerme. Pero debes saber que tanto el imperio como sus oponentes carecen de auténtica importancia. Son simples títeres, efímeros episodios de otra guerra mucho más vasta. Nadie lucha aquí por una causa propia. Formamos un frente desconocido entre dos ejércitos gigantescos. He podido observar y registrar muchos detalles a lo largo de tantos años. También he hurgado en los archivos, donde he dado con datos muy singulares relativos a pueblos enteros que fueron desplazados en el tiempo para alimentar una guerra interminable. Y he acabado por intuir los propósitos de quienes mueven los hilos.

—¿Has mencionado el tiempo?

—Así es. No sé de dónde procedes, pero sí que no perteneces a este mundo. Puedes haber llegado del futuro, o ser un simple mercenario, o quizás alguno de los que conocen la otra cara de las cosas. Quizás haya cometido un error al revelarte mis sospechas.

Shangrin se abalanzó sobre el viejo y lo sacudió tomándolo del cuello.

—¡ Explícate mejor! ¿Cómo comprenderte? Nos hemos perdido en el tiempo y procedemos del futuro. ¡ Dime todo lo que sepas y te prometo la libertad!

—Ya lo he dicho —replicó el historiador—. Escucha. Dos grandes imperios se hacen la guerra en el espacio y en el tiempo. Pero, sea por cobardía o por agotamiento, sólo se enfrenta por medio de pueblos satélites. De este modo consiguen disputarse sistemas planetarios enteros sin exponer por su parte ni un solo soldado. Se limitan a enviar aquí y allá hombres aislados que cuidan de provocar el conflicto, hasta que otro emisario es introducido por el adversario en el bando opuesto del mismo lugar y la guerra se establece allí. Entonces hay víctimas y grandes destrucciones; las fronteras que separan a los gigantescos imperios se modifican y fluctúan sin cesar, y los campos de batalla son infinitos. Ésta es la obra de dichos imperios, uno de cuyos enviados debe estar ahora entre nosotros.

—Ése no soy yo —exclamó el capitán, casi gritando.

_Entonces tendrás que buscarle. Estará entre tus íntimos. Se habrá servido de ti para vencernos, pero de hecho es tu verdadero amo.

—¡ Imposible! —bramó Shangrin.

Pero estaba lejos de sentirse tan seguro. Habían asaltado y quemado ciudades enteras, saqueado miles de archivos, interrogado a personajes de toda índole, escudriñado posibles ramificaciones e investigado a fondo la organización del imperio. A pesar de todo, las promesas del Ulsar no acababan de dar su fruto. Habían emprendido y sostenido aquella guerra para nada, con gran pérdida de hombres y tiempo. Y todo para que aquel anciano de Cindra le reprochara haberse dejado manejar por alguien. ¿Se trataría acaso del Ulsar?

Ya desde el principio la vaga sombra de ocultos y poderosos imperios había gravitado sobre ellos. Gregori había insinuado su posible existencia, y el Ulsar la había demostrado enseñándoles el navio enterrado. Y ahora aquel historiador... El capitán se sintió invadido por la desesperación. Así pues, la guerra de Xandra no era más que un insignificante y furioso hormiguero. Sin duda habían sido arrancados deliberadamente del futuro para precipitar allí la caída del imperio, para intervenir en un sutil ajuste de equilibrios. Shangrin miró fijamente al anciano y el hombre pareció contestar a su muda pregunta.

—Hemos perdido porque los dioses nos han abandonado. Han prescindido de nosotros porque hemos dejado de serles útiles. El frente se habrá desplazado a otras líneas más decisivas. Varios miles de mundos van a cambiar provisionalmente de amo, hasta que la lucha vaya estableciéndose progresivamente en ellos.

—Pero ¿por qué? —preguntó el capitán—. ¿Para qué tanta lucha?

—Lo ignoro —contestó el historiador—. Quizá por placer.

—Por placer —repitió como un eco la voz monocorde del Runi.

El huevo transparente parecía dominarles a todos. El Runi había escuchado al hombre de Cindra, y se alejó seguidamente.

Aquel extraño interrogatorio casi llegó a borrarse en la memoria de Shangrin, mientras las ciudades seguían cayendo y ardiendo y ellos continuaban sin encontrar nada, ni siquiera la menor pista capaz de alumbrarles el camino hacia su época y hacia sus mundos. Pero, con todo, conservó de él una memoria, un indefinido y molesto desasosiego, hasta que el recuerdo brotó de nuevo con redoblada violencia, estallando como una burbuja, cuando tuvo que matar al Ulsar.

Ocurrió al término de la guerra, cuando todos habían regresado nuevamente al campamento del cráter. El Ulsar llevaba varios días apremiando al capitán para que se decidiera a emprender la conquista del espacio. Su insistencia había llegado a ser insolente. Shangrin, por una parte, estaba cansado ya de tanta guerra pero, por otra, intuía la oportunidad que se le presentaba. A veces la ambición de fundar un imperio le turbaba como una embriaguez repentina, haciéndole olvidar incluso la existencia del futuro, de Neo-Sirius y de Loma.

Las exigencias del Ulsar crecían de día en día. Según él, tenía medios suficientes para emprender el ataque si Shangrin no se decidía a acompañarle. El hombre se mostraba alternativamente cauteloso y amenazador.

En el momento del incidente se hallaban reunidos en la tienda del Ulsar, aparte de éste, Shangrin y el Runi. Este último permaneció callado hasta que, en un momento de la discusión, se dirigió al jefe de los rebeldes:

—¡Ahora sé quién eres!

Y se volvió casi en seguida hacia Shangrin para darle una orden:

—¡ Mátale!

El Ulsar inició un gesto, pero el capitán reaccionó instantáneamente. Su arma ladró y el Ulsar se desplomó, dejando escapar de entre sus dedos crispados un brillante y diminuto lanzarrayos.

Todo había sucedido con tanta rapidez que Shangrin se preguntó durante mucho tiempo por qué había actuado de aquel modo. Consideró que quizás el Runi ejercía sobre él una especie de sugestión hipnótica, pero acabó admitiendo que su fulminante reacción fue debida al estallido súbito de un odio que su ánimo había acumulado progresivamente contra el Ulsar. Aquel sentimiento se había incubado a fuerza de miles de hechos menudos, de dudas, de vagos indicios, y también por las palabras del historiador de Cindra, chocando siempre con la enigmática personalidad del Ulsar, eterna máscara que siempre parecía ocultar algo más que un líder revolucionario.

El Ulsar no murió en seguida.

—He cometido un error —advirtió el Runi—. No he debido hacer que le mataras aquí mismo, porque tan pronto como expire estallará el navio enterrado en el fondo del cráter. Algún dispositivo secreto conecta la actividad vital de este hombre con la nave. Yo lo ignoraba, pero acabo de descubrirlo.

—¿De modo que el navio es suyo?

—Sí. Eso lo sospeché casi desde el principio. Este hombre no es un simple peón sobre el tablero, ni tampoco un loco: es uno de los jugadores.

—Uno de los jugadores... —repitió Shangrin.

El Ulsar respiraba con dificultad, mientras una saliva sanguinolenta brotaba entre sus labios. El capitán adivinó que intentaba hablar.

—¡Es preciso huir! —insistió el Runi.

Shangrin quiso inclinarse sobre el herido, incorporarlo, transportarlo o pedir ayuda.

—¡No! —le conminó el Runi—. No te queda tiempo. De todas maneras, debe morir.

Entonces abandonaron la tienda, y al capitán le pareció que el Ulsar sonreía siniestramente. Pero siguió andando como un autómata, anonadado, tras el huevo transparente. Cuando el cortante aire del exterior le azotó el rostro, volvió en sí y aulló trepidantes órdenes. Sus hombres se precipitaron hacia los deslizadores, los hicieron despegar con presteza y emprendieron el vuelo hacia el sur. Shangrin observó los grupos de guerreros y las paredes de hierba y barro, hasta que la empalizada ocultó las filas de tiendas. Y él supo que el Ulsar acababa de iniciar su trance mortal, pues sintió en su interior como si una página de su propia existencia hubiera sido brutalmente arrancada. Ahora sabía que el Ulsar le había engañado desde el principio, lo mismo que había abusado de sus guerreros. Aquel hombre pertenecía en realidad al pueblo de los amos del tiempo, de los que utilizaban a los hombres para manejarlos como piezas en un inconcebible tablero de ajedrez. Supo también que, a pesar de su solidez, aquel navio del futuro jamás habría podido resistir un impacto tan tremendo como parecía. En efecto, el cráter era sólo un ingenioso camuflaje.

Pero no había sido él, Varun Shangrin, quien había descubierto todo aquello, aunque la sospecha hubiera latido tanto tiempo en su inconsciente. Tuvo que ser el Runi quien le facilitara la clave del secreto. El Runi, mejor jugador de ajedrez que él y capaz de desentrañar con sus irrisorios miembros los enigmas de otra partida mucho más difícil. El capitán se sintió invadido por un rencor inmenso contra todo el universo. De pronto comprendía la artera sonrisa del Ulsar y el «por placer» del anciano historiador. Parecía no tener ya otro incentivo sino conquistar y destruir sin tregua, persiguiendo siempre la descabellada esperanza de llegar hasta los jugadores ocultos y hacerles pagar la crueldad de su juego.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Gregori.

—He matado al Ulsar —contestó secamente Shangrin.

En aquel momento, el peñasco que formaba el espolón del cráter empezó a levantarse poco a poco, y se encendió en su base una delgada y fulgurante línea roja. Pareció que cada fracción de segundo duraba una eternidad, que todo se inmovilizaba y que ninguna explicación era ya necesaria. Hasta que vieron saltar cada roca en mil pedazos y, en inmenso fogonazo, el espacio y el tiempo fueron despedazados y precipitados uno contra otro mientras la gran bola de fuego brotaba de las entrañas del planeta. Cayeron todos al suelo de los deslizadores, con los ojos llenos de lágrimas y de formas purpúreas. Y el poderoso brazo del viento sacudió atrozmente los aparatos y derribó a dos de ellos sobre la llanura.

Los demás se salvaron por milagro. Océanos de lava ascendieron desde las profundidades rellenando el cráter.

CAPITULO 11

Gregori se dijo que el súbito envejecimiento experimentado por el capitán le había vuelto aún más temible. En ello pensaba mientras acudía a su presencia. Ahora todo se desarrollaba como si entre Shangrin y el resto del mundo hubiera una distancia que convertía sus actos y sus palabras en algo perteneciente a otros tiempos. Vivía como un

bárbaro entre bárbaros. Hasta su barba, antaño tan pulcramente cuidada, era una masa enmarañada y sucia.

Resultaba difícil hacerle admitir que los ocupantes del «Vasco» estaban hartos de guerra y de aquella absurda búsqueda sin fin. Allá arriba, en el cobijo de la nave y en compañía de Norma, aquel afán de conquista parecía extraño y monstruoso. Todo era sosiego en el gran navio esférico, y un aroma primaveral notaba en los parques artificiales. Abajo, en cambio, se olía acremente a cuero, aceite y metal.

—¿Y bien? —interrogó Shangrin.

—Quieren que termine con todo esto. Reclaman su regreso y el de los deslizadores. Arguyen que no va a acabar nunca, y solicitan una reunión del consejo y una nueva definición de la política.

El capitán se puso en pie. Sus movimientos eran lentos y algo vacilantes.

—Gregori —dijo roncamente—, le he enviado a dar cuenta de mis decisiones, no a recoger órdenes o consejos de otros. Yo sé lo que debo hacer.

Gregori se puso rígido.

—No tratamos con bárbaros ahora, capitán —replicó—. No se limitarán a obedecer, sino que querrán discutir. Piense que amenazan con romper toda relación con usted, incluso con dejar de aprovisionarle.

—¡ Bah! Puedo prescindir de ellos. Ahora tengo mi propia flota, treinta y dos magníficos navios armados hasta los dientes. Puedo enfrentarme con las escuadras del imperio, vencerlas, destruir la capital y hasta conquistar todo el sistema.

Gregori endureció su expresión.

—Temo que no ve la situación con claridad, capitán. No pretenda actuar en solitario. Es posible que las dotaciones de exploración estén de su parte, pero de nada sirven sin el apoyo del «Vasco».

La cabeza de Shangrin se volvió poco a poco, como si la accionara algún mecanismo incontrolable. Hilos plateados poblaban su cabello y barba, y sus rasgos parecían ajados y hendidos por nuevas arrugas. Los ojos se le desorbitaban como nunca.

Levantó sus puños todavía poderosos, en muda maldición dirigida contra los intrigas del «Vasco», y Gregori advirtió en ellos un visible temblor.

—¿En solitario? —gruñó el capitán—. También estaba solo el Ulsar, y recuerde lo que consiguió. Todo el mundo está solo, y yo no temo la soledad.

—Alguien ha sugerido recurrir a los guardianes.

—Tampoco temo a los guardianes. No temo a nadie. Desafío incluso a esos amos del tiempo. Tengo treinta y dos navios espaciales a mi disposición, y voy a atacarles y a hacerles morder el polvo.

«Me han confiado el mandato de detenerle y conducirle a bordo del "Vasco" —pensaba mientras tanto Gregori—. Dicen que se ha vuelto loco y temo que no les falte razón. Pero yo no puedo detenerle. Sigue siendo Shangrin, el fantástico Shangrin, el rebelde. Shangrin el grande.» Y Gregori se acordó de Norma, diciéndose que, si no lo decidía de una vez y en seguida ya no lo haría nunca. Había trabajado con aquel hombre y compartido sus afanes y preocupaciones. El capitán había sido para él como un padre; pero algo extraño le había sucedido, algo que le había roto, y las heridas eran bien visibles. Aquel Shangrin no era ni sombra de lo que fue antes de la muerte del Ulsar.

—Nunca estaré solo —proseguía el capitán—, porque tengo conmigo al Runi. Claro, será por ello que os andáis con tantos miramientos, ¿no? Tenéis miedo del Runi; todos le teméis.

Gregori no contestó. Era verdad. Smirno había aconsejado prudencia y tacto a causa del Runi, debido a la extraña alianza existente entre un anciano medio loco y obsesionado por el afán de poder y un ser no humano dotado de una sutileza ilimitada. En el «Vasco», algunos se habían tomado la cosa a mofa, pero el xenólogo acabó por infundirles temor y obligarles a ser prudentes. Y él, Gregori, tenía miedo.

La triunfal jactancia de Varun Shangrin pareció cesar de súbito.

—Maté al Ulsar —dijo—. Lo sabías, ¿verdad? Y he olvidado por qué lo hice. —Su voz sonaba cansina y quejumbrosa, hasta que recobró alguna fuerza y amplitud—. ¿Les has dicho que maté al Ulsar? Actué como un ciego y anduve a tientas por un laberinto, pero la verdad estaba allí mismo, bajo mis propias narices, como una luz. Hasta que la apagué. ¡ Oh! ¿Por qué maté al Ulsar? ¡ Era mi hermano!

—¡Cálmese! —suplicó Gregori.

Tomó al anciano por los hombros, pero él le rechazó con fuerza.

—¡Tenía que matar al Ulsar, era necesario! Me engañaba, ¿sabes? ¿Acaso no ves que todos nos debatimos en las tinieblas, y que lo que yo pretendo es rasgarlas, destruirlas con mi flota? ¿Qué imaginan las gentes del «Vasco» ¿Vas a decirme que se conforman con permanecer sepultados en el pasado, sin intentar nada?

—Quieren la paz, capitán. Hablan de colonizar algún planeta todavía virgen.

—El Runi me ordenó que le matara, y así lo hice. De todos modos, no había manera de sacarle nada.

Gregori recordó las últimas recomendaciones de Smirno, recibidas en privado. «Si no consigue hacerle regresar», le había dicho el xenólogo, «quédese a su lado. Trate de ganarse su confianza y procure maniobrar con habilidad. Dése prisa y evite los riesgos.»

—Desde luego que no, capitán —contestó en voz alta.

—Es preciso seguir luchando. Hemos de conquistar este universo y abrirnos a toda costa un camino hacia los amos del tiempo.

—Puede que no haya otra solución —claudicó Gregori.

«Le concedemos un plazo de tres meses», le había dicho Smirno. «Si para entonces no ha conseguido usted traerle aquí, tomaremos nuestras medidas.»

«¿Cuáles?», preguntó él.

«Trataremos de destruir al Runi y de capturar a Shangrin para encerrarle a bordo.»

«Se negará, se defenderá», replicó.

«En tal caso, tendremos que matarle», anunció fríamente el xenólogo.

«¿Están ustedes locos?», protestó.

«No», le había corregido Smirno, «es él quien está loco».

—¿Quién encabeza la oposición a bordo del «Vasco»? —preguntó el capitán—. ¿Es Henrik?

—No —contestó Gregori—. Es Smirno.

—Se equivocan, no saben lo que hacen. Estoy seguro de que con la ayuda del Runi conseguiremos franquear las puertas del tiempo. Ya sabía yo que tú me serías fiel, Gregori. Mañana, mañana mismo se lanzarán al espacio nuestros navios. Y en menos de un mes, el imperio nos pertenecerá.

Y el capitán lo haría, no cabía la menor duda, sin que él, Gregori, pudiera impedírselo. Los bárbaros le seguirían, porque les había dicho que el Ulsar murió a consecuencia de un bombardeo del imperio, y ellos le habían creído. Con la ayuda de aquellos rebeldes y de los técnicos del «Vasco» que le permanecieran fieles, Shangrin podría triunfar y conquistar el imperio. Pero no tendría sentido. Sería como el esfuerzo de un poderoso topo hurgando el subsuelo y extendiendo sin objeto sus dominios a través de la oscuridad.

Fue así como aniquilaron a la flota del imperio en las proximidades de un sol triple. Perdieron catorce navios, pero la escuadra imperial, tres veces más numerosa al comienzo de la batalla, resultó totalmente destruida bajo un furioso desencadenamiento de haces energéticos. Nada podía impedir que Shangrin tomara la capital.

Y lo hizo, sin que ello cambiara las cosas. Los pasmados bárbaros penetraron en la megalópolis de ochenta y cinco millones de almas, la única ciudad del planeta más poblado del imperio. Amedrentados por el imponente tamaño de los edificios, anunciaron a los esclavos que estaban libres. Grandes hogueras y gritos de júbilo acompañaron la ocupación. El botín fue fabuloso, pero la clave que Shangrin buscaba permaneció incógnita. Y él decidió abandonar la megalópolis, porque su grandiosidad le recordaba demasiado las tranquilas ciudades de Magallanes. Gregori creyó por unos momentos que optaría por regresar hacia el «Vasco», pero no fue así. Shangrin emprendio una etapa de febril actividad: interrogó a todos los sabios del imperio que pudo localizar, a todos los capitanes de naves corsarias que acudían a él movidos por la codicia de posibles ganancias, a todos los traficantes de armas, tipos inquietantes con cara de hurón que mendigaban permisos para saquear las fábricas del imperio. Y también recibió a los dirigentes de la organización liberadora.

En ellos había fundado sus últimas esperanzas, recordando el precedente del Ulsar. Pero sólo halló entre ellos a antiguos esclavos en rebeldía, a cabecillas militares y a algunos políticos; nada pudieron decirle que no supiera o adivinara ya. Era posible que entre aquellos hombres figurase algún personaje de la importancia del Ulsar, agentes de un futuro ignoto, pero no consiguió desenmascararlo. Incluso el Runi permanecía callado.

Inoluno, uno de los principales responsables de la organización, insistía ante el capitán:

—Deben ayudarnos a proseguir la lucha. Queda todavía mucho por hacer, pues aún son muchos los mundos por liberar y un desorden indescriptible continúa reinando en el espacio, donde ondean docenas de banderas diferentes. Quedan muchos planetas por reorganizar y nuevas sociedades por crear.

—Nada de eso me concierne —replicaba invariablemente Shangrin—. Ya les he dicho lo que busco en realidad.

—Sí, lo sé —admitía con cansancio Inoluno—, pero nosotros le hemos revelado ya todos nuestros secretos. Quería saber quién nos armaba y qué potencias nos ayudaban, y se lo hemos dicho; pero son tantos y tantos los mundos y los imperios que median entre nosotros y los supuestos dirigentes hasta quienes pretende usted llegar, que nos resulta imposible saber si de veras hemos conocido a los auténticos miembros de esa hipotética fuerza suprema.

—Algunos de sus agentes se habrán infiltrado en vuestras filas, y son ellos quienes me interesan. Consideradlo por vuestro propio bien, por el futuro de vuestro Estado.

El capitán no podía ser más explícito. Creía en la sinceridad de Inoluno, pero no podía decirle que el Ulsar había sido el agente secreto de un imperio fabulosamente lejano en el tiempo, ni que él le había matado por ese motivo. Tampoco podía revelarle que intuía constantemente a su alrededor el acecho y el cerco de una especie de red que no dejaba de envolverle con sus mallas. Estaba convencido de que cada planeta contaba por lo menos con un agente; aparentes piezas maestras de la organización, que perseguían en secreto otros objetivos. Y la suma de las cosas que no podía revelar a nadie, ni siquiera a Gregori, se acumulaba en el ánimo de Shangrin, encontrando su único alivio en algunas confidencias que reservaba al Runi, porque éste parecía saberlo ya todo y era por otra parte algo singularmente ajeno, un completo extraño.

Al menos, aquellas entrevistas proporcionaron al capitán una buena imagen de los imperios y estados situados alrededor de Xandra. Potencias que hasta entonces desconocía emergían de las sombras y quedaban registradas en los mapas, mientras ciertos nombres adquirían otro sentido y solidez, y se alumbraban nuevos horizontes cada vez más poblados y animados. La densidad de las poblaciones era increíblemente baja pero, a través de centenares de años luz, pueblos de distintos niveles tecnológicos mantenían relaciones más o menos bélicas y de variada continuidad. Algunos de estos pueblos sabían desplazarse entre las estrellas, mientras que otros carecían de la técnica necesaria. Desde los confines del agonizante imperio, ciertos vecinos se disponían a escarbar en sus despojos, como si no les bastara con sus planetas igualmente despoblados.

La reflexión que un día hiciera Gregori, según la cual ratas y sapos se agitaban en los fosos del gran castillo espacial, parecía fundada. Aquel frenesí, irrisorio o fabuloso, según la perspectiva con que se contemplase, muy bien podía ser reflejo de una batalla empeñada a un nivel inconcebiblemente mayor. Pero, ¿quién estaba en condiciones de interpretarlo?

Y con el tiempo empezó a formarse cierto vacío en torno a Shangrin. Los hombres con quienes trataba fueron cambiando. Inoluno se esfumó un buen día, llevado quizá por ocultas corrientes de su misma organización o tal vez obedeciendo a súbitos recelos de sus dirigentes, temerosos de que acabara facilitando al capitán demasiadas informaciones. Los hombres que en lo sucesivo se enfrentaron con Shangrin eran más fríos e inaccesibles, apenas recordaban la ayuda recibida y contestaban con evidente despego a cualquier pregunta.

El capitán no tardó en desvincularse de la organización. Y, fundándose en intuiciones e informes muchas veces dudosos, emprendió por su propia cuenta operaciones aventuradas. Guerreó en los mismos confines del sistema estelar, alquiló su flota a uno u otro imperio y rechazó siempre toda invitación a asentarse en una alianza y asegurarse un poder más estable. Seguía a su manera el plan que había explicado a Gregori, consistente en remover el universo, en perturbar el cieno acumulado en los fosos del castillo estelar. Confiaba en romper algún equilibrio desconocido y, provocando la cólera de los dioses, enfrentarse al fin directamente con ellos.

Transcurrió el plazo de los tres meses y Gregori volvió a parlamentar con los hombres del «Vasco». Consiguió una nueva prórroga invocando la importancia del botín que no dejaba de entrar en las bodegas del gran navio esférico, y bajo la promesa de una cercana solución. Se le concedió la tregua con manifiesta frialdad, y el segundo advirtió claramente que el poder de Smirno aumentaba y se avecinaba la hora de tomar tajantes decisiones.

—¿Por qué sigue tan empeñado en hacer la guerra? —le preguntó Norma.

Los dedos de Gregori jugueteaban con los rubios mechones del cabello de la joven. El rostro del segundo había adquirido una expresión permanente de tristeza y fatiga. Pero acarició con mucha dulzura los hombros de la muchacha y pareció decidido a hablar.

—Porque se resiste a abandonar definitivamente su empeño. Jura que conseguirá devolvernos a nuestra época.

—He creído en él durante un tiempo —replico Norma—, pero ahora comprendo que está loco. Se niega a aceptar la realidad de las cosas y se obstina en un desatino por no dar el brazo a torcer.

—No hace sino ser fiel a su propia lógica —argüyó Gregori.

Pero tampoco él creía ya en la lucidez del capitán. Si le seguía defendiéndole ante la oposición del «Vasco», era por fidelidad, por la misma honestidad que le inducía a velar por los magalláneos frente a los despropósitos de Shangrin.

—¿Por qué has de regresar a su lado? Más de una vez me pregunto si sigues amándome realmente.

Ésa era una pregunta muy antigua, ante la que Gregori aún no hallaba respuesta. Sólo podía contemplar tristemente a la joven y acariciarle el cabello. Sabía que Smirno procuraba influir en ella, presionándola para que le indujera a abandonar al capitán.

—Puede que no le falte la razón —suspiró—. Perdidos como estamos, tal vez sea mejor jugarse el todo por el todo. Y aunque fracase en el empeño supremo, al menos habrá conseguido afianzar a tal punto nuestro poder, que ello nos permitirá vivir muchísimo tiempo en paz ocupando el planeta de nuestra elección.

—¿Lo crees realmente así?

—No —contestó él volviendo la cabeza.

Gregori sabía que la obstinación de Shangrin había fomentado el odio, como secuela del miedo. El «Vasco» podría seguir imponiéndose, pero, durante siglos, el recuerdo de sus ocupantes y hasta de los descendientes de éstos sería maldecido por más mundos de los que podían observarse desde el cielo de Xandra.

Más tarde la confianza volvió al ánimo de Gregori, pues Shangrin se apuntó un tanto. A fuerza de escudriñar todos los rincones del espacio, descubrió entre dos estrellas la presencia de un planeta artificial. Era allí a donde acudían en busca de armas de toda especie los navios corsarios. El capitán conquistó el lugar en un ataque por sorpresa y encontró allí a un solo hombre, que convino en parlamentar y se presentó como el representante de un lejano imperio. Pero Shangrin no le creyó. Sabía que, por segunda vez, se enfrentaba con uno de los auténticos jugadores.

Condujo al individuo a bordo del «Vasco» y le puso en presencia del Runi. Entonces la expresión del hombre cambió de súbito.

—¡Traidor! —gritó—. ¡Te has confabulado con ellos!

La faz del prisionero se puso lívida, y su cuerpo cayó fulminado. El capitán no había previsto la posibilidad de un suicidio, y lo lamentó demasiado tarde. El enorme planeta estaba, al cabo de pocos segundos, destruyendo la guardia que Shangrin había dejado en él para inventariar los archivos.

El capitán, en compañía del Runi, empezó a plantearse nuevas preguntas. Aquel segundo jugador ¿pertenecía al mismo bando que el Ulsar, o al contrario? Desde el punto de vista político, la segunda hipótesis parecía más verosímil, porque el planeta artificial proporcionaba armas al imperio y no a la organización rebelde. Pero las cosas

podían no ser tan sencillas. Incluso a escala cósmica, una partida de ajedrez exigiría sacrificios, envites y gambitos capaces de implicar aparentes debilidades en el apoyo de un punto determinado, que no por ello dejaba de ser objeto de especial atención. Habría sido preciso conocer los ocultos propósitos de cada oponente para interpretar a fondo el significado de cada jugada.

Nada importante descubrieron sobre el cuerpo del suicida, salvo un cilindro de metal algo más grueso que un dedo. El capitán lo sopesaba maquinalmente, calibrando entre su dedos la extraña vibración que parecía agitar los átomos del objeto. Aquel gesto llegó a ser como un hábito, y apenas se sorprendió cuando, cierto día, una voz brotó del azulado cilindro expresándose con claridad y hablándole en su propia lengua.

CAPITULO 12

La explosión del planeta artificial no limitó sus consecuencias a un desquiciamiento de las estructuras del espacio, sino que repercutió también como una onda a través del tiempo. Y acabó por alcanzar, en los mismos confines de la historia humana, al cerebro principal que coordinaba los trillones de acontecimientos elementales ocurridos en el transcurso de varios cientos de millones de años. Más allá de dicho cerebro rector, aquel estallido perturbó además los planes de ciertas entidades que reinaban sobre el tiempo. Al principio parecía un accidente trivial. Pero la desaparición de un depósito de armas, aunque secundario, en aquella zona del espacio motivó que ciertas batallas vieran contrariado su resultado previsto, que determinados imperios no llegaran a cuajar, y que otros destinados por el plan de juego a no salir del limbo se desplegaran en cambio como fantásticas flores sobre la negra pantalla del espacio.

Los dos antagonistas supremos —eran en realidad más de dos aunque ellos lo ignorasen— vieron trastornados sus planes. La guerra que se desarrollaba abiertamente sobre un frente de siete mil años y que abarcaba clandestinamente un lapso de varios cientos de millones, conoció una imprevista tregua. Uno de los inconvenientes de una estrategia demasiado generalizada es que tiende a eliminar lo accidental, excepto los sucesos de naturaleza aleatoria y, por consiguiente, previsible mediante leyes estadísticas. Y la explosión del planeta artificial, unido a otros factores, provocó cierto atascamiento en la máquina.

Un atascamiento transitorio, por supuesto.

Naturalmente, los dos antagonistas no atribuyeron demasiada importancia al verdadero origen de aquel incidente, lo mismo que consideraban con cierta indiferencia el resultado de aquella guerra. Pero ambos conocían su causa, una entidad llamada Varun Shangrin, y decidieron hacer lo necesario para evitar que se extendiera el desorden. Retirarían del juego aquella presencia inoportuna, o la colocarían en otra casilla del gran tablero temporal.

Los altos representantes de cada bando antagonista, humanos ambos en el sentido que se atribuía a semejante término en los confines de la historia, se reunieron en terreno neutral, en un subuniverso especialmente creado para las negociaciones y situado en el más allá absoluto. Ambos se conocían ya por haber dirimido juntos otras circunstancias parecidas, y ello venía a explicar la relativa cordialidad con que uno y otro se expresaron durante la entrevista, sin menoscabo de que, en principio, siguieran profesándose recíprocamente un odio eterno.

—He aceptado esta tregua —declaró el alto representante axeliano—, por ser evidente que la prolongación de este estado de cosas no hace sino perjudicarnos por igual.

Admito que el frente se ha desplazado a vuestro favor en algunos conjuntos galácticos, pero no podemos perder de vista la inestabilidad de estas ventajas, que augura una larga serie de imprevisibles oscilaciones. Los principios de economía que rigen en esta guerra suprema exigen que se ponga fin a semejantes desatinos.

El alto representante nirvano se permitió una pausa antes de replicar. Los dos personajes se parecían extraordinariamente, y cada uno de ellos era perfectamente capaz de saber lo que pensaba el otro.

A través de las mirillas que permitían contemplar el universo real, ambos podían ver la profusión de entrecruzadas cintas multicolores representativas de segmentos de materia, que se retorcían como serpientes en la fluida discontinuidad del tiempo.

—Hemos perdido a un agente en extremo valioso por culpa de ese Varun Shangrin —se quejó el alto representante nirvano—. Y fueron ustedes quienes precipitaron a ese intruso hacia el remoto pasado, de modo que les corresponde reparar los daños derivados del caso.

—¡ Permítame! —objetó el axeliano—. También nosotros hemos perdido un arsenal, que era de primordial importancia para nuestra ofensiva local. En principio, la introducción de esas gentes en el sistema responde a un simple accidente, pues nadie había decidido enviar al remoto pasado ningún navio tan primitivo. Pero nuestro cerebro principal despreció la importancia de este incidente estúpido, considerando ínfimas las probabilidades de que la situación degenerase a tal extremo.

—No es bueno fiarse de un simple mecanismo —opinó despectivamente el nirvano—. Por ese motivo, nosotros preferimos no emplear ningún triturador de información como su famoso cerebro principal. En segundo lugar, debo hacerle observar que han puesto ustedes en peligro a un navio no perteneciente a ninguna de las dos altas partes beligerantes, y que ello les ha hecho incurrir en una violación del Pacto de Odio.

—Lo admitimos —concedió el axeliano—, y estamos dispuestos a reparar nuestro error: devolveremos a su espacio y a su época de origen a esa nave y sus ocupantes. Mas, para ello, tendríamos que recurrir al empleo de los campos de estasis en una medida muy amplia, lo que, por otra parte, viene también a entrar en conflicto con el espíritu del Pacto.

—Este recurso podrá ser utilizado bajo nuestro control directo —aceptó el nirvano—. Pero existe además otro aspecto en esa cuestión, algo que usted parece olvidar.

Esta vez fue el axeliano quien hizo una pausa. En el inimaginable exterior, la compleja movilidad de las cintas multicolores hacía pensar en un extraño juego, en algún gigantesco calidoscopio destinado a divertir a una infancia cósmica. Representaba avatares de imperios, trillones de seres, historias paralelas y sucesivas, infinidad de vidas, de dramas, de luchas, de sufrimientos, de soledades, de goces furtivos, de ilusiones y de tomas de conciencia. Desde el privilegiado nivel donde se hallaban, los dos altos representantes podían casi presenciar el desarrollo de la historia conjunta del universo y darle un sentido. Pero ambos sabían también que, por encima de ellos, había otras entidades superiores que manejaban aquellas cintas multicolores y las dirigían según su voluntad.

—No lo olvido —contestó por fin el axeliano—. El Runi.

—Exactamente —dijo el alto representante nirvano—. El Runi, única y principal razón por la cual hemos concertado ambos esta tregua.

—Y porque nuestro odio común a los Runi es todavía mayor que el que recíprocamente nos profesamos.

—Justamente —convino el nirvano.

Los dos personajes empezaron a meditar exactamente en los mismos términos:

«Cada vez que se nos presenta la oportunidad de destruir a uno de los Runi, no dejamos de hacerlo. Si pudiéramos confabularnos para conseguir juntos su definitivo exterminio, lo haríamos. Pero eso es imposible, porque son precisamente ellos quienes mueven los hilos del conjunto. Son ellos quienes nos obligan a sostener este juego estúpido, sutil y brutal que llamamos guerra. Y lo hacen porque son jugadores por esencia y naturaleza, porque para ellos las piezas más apasionantes son los propios seres humanos, y así manejan a nuestros pueblos y sociedades sobre el tablero del universo.

»Apenas finalizada una partida, otra parece empezar en su lugar. ¿O se trata acaso de una sola y gigantesca, continuada indefinidamente, mejorada con nuevas artimañas, repetida y modificada hasta la misma perfección? No hay duda de que, abusando de sus recursos, han conseguido llevarnos hasta la desesperación y han despertado en la especie humana ciertas facultades más propias del delirio o de la mitología. Jamás nos dejaron en paz, y nos han hecho apurar todo un cáliz de amargura. La pequeña y breve llama de la existencia humana conoce por esta causa agobios de sufrimiento, desventuras y calamidades sin fin. Pero odiamos sobre todo a los Runi, porque nos empujan irresistiblemente a nuestra mutua destrucción.

»Nos costó muchísimo tiempo descubrir quién urdía en realidad la trama de los acontecimientos, pero cuando lograrnos saberlo, nuestras conciencias no nos sirvieron para nada, porque los Runi dirigen su juego según las leyes de nuestras sociedades humanas. Saben que éstas son intrincadas y complejas y pueden obligarnos a actuar contra nuestra conciencia, contra nuestros deseos a la vez profundos y efímeros. Son verdaderas colectividades de seres lo que los Runi mueven sobre el tablero de las estrellas, y en el seno de tales conjuntos, nosotros somos simples células anónimas. Sólo alguna minoría intenta de vez en cuando retirarse del juego, pero incluso así acaba siendo alcanzada por la guerra y ésta la enfrenta a la alternativa de defenderse o de resignarse a perecer.»

En aquella zona del más allá absoluto cabía esperar cierto refugio contra el constante acecho de los Runi, pues quedaba situada en los mismos confines del tablero universal. Entre otras razones, ésta era la principal para que los altos representantes hubieran elegido aquel lugar para sostener su entrevista.

—Es preciso que sea destruido —sugirió el axeliano.

—Pero no podemos intervenir directamente —objetó el nirvano.

—No. Tendrán que ser los magalláneos quienes nos lo entreguen, a cambio de regresar a su espacio y a su tiempo.

—Así lo espero.

—¿Cree posible que los Runi intervengan para salvarle?

—Me extrañaría mucho. Jamás lo harían durante una partida. Creo que para ellos equivaldría a hacer trampa.

—Según veo, estamos completamente de acuerdo —observó el axeliano.

—¿Quién va a proponerles el trato?

—Echémoslo a suertes —propuso el axeliano.

Y el azar hizo que la misión recayera sobre él.

Durante largo rato, ambos personajes permanecieron silenciosos observando la partida que se desarrollaba bajo su mirada. Una eflorescencia malva estaba imponiéndose, hasta que estalló cediendo paso a un velo azulado cuyos jirones parecieron dominar un instante las cintas luminosas. Las reglas del juego seguían siéndoles ininteligibles porque, si algún día dejaban de serlo, aquello señalaría el final inminente de la partida. Pero los Runi podían modificar y complicar hasta el infinito aquellas misteriosas reglas.

—Se me ocurre una cosa —añadió el axeliano—. Me pregunto qué trastornos va a provocar la desaparición de ese Runi. No disponemos de ningún medio para evaluarlos.

—Hay otro punto embarazoso —observó el nirvano—. Acabamos de ver desarrollarse ante nosotros toda la historia del «Vasco» y de su capitán. A partir de este punto, nosotros no podemos conocer sus etapas posteriores porque ello nos obligaría a intervenir en la trama temporal, lo cual nos está vedado por el Pacto. Pero recordemos un episodio reciente: el «Vasco» fue el primer navio que estableció contacto con el planeta de los Runi.

—Así es —admitió el axeliano.

—Y fue el capitán del «Vasco», ese Shangrin, quien enseñó a los Runi el juego del ajedrez.

—Adivino lo que quiere decir —intervino el axeliano.

—Pero nada podemos hacer al respecto —suspiró el nirvano.

—Considero que esta coincidencia implica una perfección excesiva —insistió el axeliano—. Parece una jugada de los Runi.

—Absténgase de filosofar —recomendó el nirvano—. Es una costumbre que no conduce a ninguna parte.

La voz emitida por el pequeño cilindro de metal azulado hablaba con singular claridad.

—He aquí lo que les proponemos —decía—. Su navio ha sido víctima de un arma que no le iba destinada y que lo proyectó hacia un tiempo que no les corresponde. Y son tantas las perturbaciones introducidas por ustedes en la marcha de los acontecimientos, que deseamos sinceramente devolverles a su tiempo y a su espacio para reparar nuestro error. Sin embargo, razones físicas impiden hacerles franquear el abismo temporal hasta el futuro con la misma facilidad con la que fueron desplazados hacia el pasado. Pero podemos situar a cada uno de ustedes en un campo de estasis que les permitirá salvar sin dificultad estos doscientos treinta millones de años. Tendrán que abandonar su navio y sus bienes, pero nos comprometemos a devolverles ambas cosas cuando despierten, y a velar por su seguridad personal durante los doscientos treinta millones de años que durará su sueño. También estamos dispuestos a indemnizarles en la moneda o metal que designen y en la cantidad que juzguen adecuada, por los sufrimientos físicos y morales que hayan padecido.

»Sólo ponemos una condición, y es que nos entreguen al Runi que tienen a bordo de su nave y a quien tratan como a un aliado. Deben entender que el Runi es un monstruo, que todos ellos son monstruos y que, como tales, deben ser odiados y destruidos por la especie humana. Piensen que, en el lejano futuro desde donde les estamos hablando, dos entidades están empeñadas en una guerra cuyas repercusiones ustedes cubren, y que esta lucha cruel es obra exclusiva de los Runi, quienes la alientan y fomentan por mero placer, para saciar su monstruoso apetito de juego. Por esta causa, este lejano futuro que lógicamente debería registrar el apogeo de la especie humana en la cúspide de su historia, vive de hecho una situación en que los hombres se han convertido en simples piezas que los Runi desplazan a placer sobre el tablero de las estrellas.

«Estamos convencidos de que no vacilarán ustedes ni un solo instante. No les pedimos ninguna reparación por la vida del agente que mataron, ni por la destrucción del planeta artificial que también provocaron, obligando con ello al suicidio a un alto representante del bando adversario porque, naturalmente, ningún hombre consciente y digno de tal condición podía hacer otra cosa en presencia de un Runi, para evitar el bochorno de convertirse en su juguete. Les pedimos solamente que nos entreguen al Runi.

—¡ No! —bramó Shangrin, furioso.

Una mezcla de rabia y de júbilo alteraba su rostro. Arrojó al suelo el cilindro y se precipitó hacia Gregori, tomándole convulsivamente por los hombros.

—¡Por fin! —jadeó—. ¡He triunfado, ya los tenemos! He obligado a los dioses a manifestarse, y el futuro nos pertenecerá. ¡ He desenmascarado a los jugadores!

—Nosotros no somos los jugadores —replicó la voz desde el cilindro—, o, por lo menos, no los jugadores principales. Si bien manipulamos las sociedades y los destinos de ustedes, por nuestra parte nos vemos sometidos al capricho de los Runi. Lo sabemos, pero no podemos hacer nada para evitarlo en el estado actual de las cosas. Los únicos jugadores verdaderos son esos Runi.

—¿Va a aceptar el trato? —preguntó Gregori con la palabra lenta y cortante.

Pero vio brillar en los ojos del capitán la vieja llama del navegante-mercader y adivinó la respuesta. Shangrin ya la había pronunciado bien fuerte, y no era hombre propenso a retractarse. Pertenecía a un mundo donde la palabra dada valía tanto como el documento más legal, donde nadie incumplía nunca los términos de un pacto verbal, cualquiera que fuese la índole de los tratos preliminares. Si bien el capitán se había propuesto tentar a los amos del tiempo con la oferta de algún producto para ellos rarísimo, a cambio de la devolución del «Vasco» a su espacio y tiempo legítimos, el precio que ahora le exigían le resultaba excesivo y se negaba a pagarlo. Y el resultado final venía a ser para Shangrin la inutilidad de toda su pugna, el fracaso definitivo y lo baldío de tantas y tan costosas luchas. A Smirno iba a resultarle fácil explotar aquella victoria final para convertirla en una derrota inapelable.

—¡No, no lo aceptaré! —insistió Shangrin. Y aquella negativa repetida iba dirigida por un igual a Gregori y a la voz anónima procedente del cilindro.

—¡Reflexione, por favor! —suplicó Gregori—. Es nuestra última oportunidad, también la única para usted.

—¡Jamás!

La tetera humeaba ante él en el angosto habitáculo de su primitiva nave, capturada en algún astropuerto del imperio.

«Pacté una alianza con el Runi», se dijo Shangrin. «Le prometí que nos salvaríamos juntos o que juntos nos perderíamos en la empresa. Aceptó por propia voluntad acudir a bordo del "Vasco", y se convirtió así en un huésped de Magallanes. ¿Desde cuándo comercian los magalláneos a costa de sus huéspedes?»

El capitán levantó hasta sus ojos una taza de antigua porcelana. La colocó después con cuidado sobre el escritorio metálico, contempló las estrellas desconocidas que brillaban en la pantalla de navegación y, con un golpe súbito y brutal, abatió su puño y aplastó la taza. Todo ocurrió casi sin ruido. Luego tomó pausadamente la tetera, levantó la tapa, olió el aromático brebaje y acabó arrojando el recipiente en un rincón del reducido aposento.

—Si he logrado triunfar —dijo con voz alterada—, ha sido solamente gracias a la ayuda del Runi. Sin él, estaríamos moviéndonos aún en las tinieblas. Si esos tipos quieren su piel, que vengan a por ella; tendrán que enfrentarse a nuestros cañones.

—Suponga que puedan demostrar lo que aseguran, es decir, que el Runi es un monstruo —insistió Gregori.

—Sé muy bien lo que son los Runi —replicó Shangrin—. Ignoro en qué se convertirán más adelante, pero conozco a mi Runi y sé que no es ningún monstruo. Nunca hace trampas en el ajedrez.

—¿Ha pensado en lo qué dirán las gentes del «Vasco»? Supone usted que renunciarán tan fácilmente a regresar?

—Tendrán que obedecerme —dijo el capitán.

Se incorporó e irguió en toda su estatura, esforzándose por volver a ser el gran oso de casi dos metros de estatura, olvidándose de los pelos grises que poblaban su encrespada barba y su cabellera.

—Usted me habló hace unos días de que ellos habían pensado en colonizar algún planeta virgen. Creo que es una buena idea. —Su voz se hizo más suave e insinuante—. Sí, una idea muy acertada. ¿Por qué no aprovecharla? Por otra parte, ¿qué fe puede merecernos lo que asegure un absurdo cilindro de metal? Es muy posible que en realidad no hayamos oído nada, que se trate sólo de alucinaciones nuestras.

—En tal caso, ellos siempre ignorarán que usted tenía razón, capitán. Además, dudo que pudiéramos seguir ocultándoles la verdad. Se trata de una decisión demasiado grave para que la adopte usted solo, compréndalo.

—Seremos dos en tomarla, Gregori —dijo Shangrin—. Y usted al menos sabrá que yo estuve en lo cierto. Las opiniones de Smirno, Henrik, Nardi, Derin, Zoltan y toda la pandilla de científicos cuentan bien poco en esta situación. Al fin y al cabo, yo me comprometí en nombre de todos.

La voz del capitán creció hasta adquirir la potencia de los grandes soles salvajes que rugen el bramido de la materia en las concavidades de los fonóforos.

—Acepto las reparaciones por los daños sufridos —pronunció solemnemente—, pero no las condiciones exigidas. ¡Continuaré la lucha, reduciré a los orgullosos amos del tiempo y les haré morder el polvo!

La voz del cilindro sonaba como un chirrido insignificante comparada con aquel explosivo trueno, pero conservó su tajante nitidez al contestar:

—No tiene usted opción ante nuestra oferta, capitán. Si decide rechazarla, haremos que su expedición acabe destruida por las mismas fuerzas que ha desencadenado. Tampoco tiene facultades suficientes para semejante decisión, y no dejaremos de exponer directamente a los ocupantes del «Vasco» los términos de nuestra proposición, que consideramos justa y honesta, para que sean ellos quienes finalmente decidan. Le concedemos el tiempo necesario para regresar a su nave y para anunciar personalmente a los magalláneos la oferta que les hacemos en nombre de Axelia y de Nirva, cuyos poderes opuestos, pero en este caso unidos, son invencibles.

Dicho lo cual, el cilindro emitió un breve fogonazo verdoso y se agrietó súbitamente, acabando por desintegrarse.

La puerta del aposento se abrió sin ruido, pero era demasiado estrecha para dejar paso al huevo del Runi, que flotaba en el pasillo.

—A usted le corresponde decidir —pronunció la monótona voz de aquel ser. Y se alejó.

—Será necesario que esperen algún tiempo —dijo el enviado del futuro— antes de entregarnos al Runi, pues necesitamos disponer por nuestra parte del equipo adecuado para proceder a su destrucción.

El personaje era alto, delgado, con la mirada fría, aunque tenía un semblante singularmente humano. Estaba hablando ante el consejo del «Vasco» y había hecho saber a los reunidos que procedía de los mismos confines de la historia, y que después de su civilización los destinos humanos sólo serían como una vaga neblina de inciertas probabilidades, un indescifrable caos de realidades paralelas. Añadió que había adoptado aquel aspecto para no asustarlos, aunque, en definitiva, todavía era infinitamente más próximo al de ellos que el de las entidades situadas al otro lado del tiempo en cuyo nombre hablaba. Había aparecido bruscamente en la sala del consejo a la hora indicada, y su presencia lo mismo podía ser real que una simple proyección.

Los magalláneos intuían la manifestación de unos poderes y de una civilización incomprensibles. El mismo Gregori se sentía fascinado por aquel emisario del futuro, mientras recordaba con amargura la ovación que había acogido a Shangrin cuando regresó a bordo del «Vasco» y el silencio glacial con el cual fue condenada acto seguido su opinión respecto a la propuesta formulada. En menos de un segundo, a los ojos de aquellas gentes la imagen del capitán pasó de figura viviente de un héroe a paradigma de una bestia feroz. Gregori sentía sobre sí la mirada de Norma y sabía que empezaban a roer el ánimo de la joven las dudas y las sospechas. Por su parte, no sabía si se alegraba o no de que Shangrin hubiese fracasado, ni si deseaba que el Runi se hubiera equivocado en sus revelaciones acerca de los amos del tiempo.

Pero el capitán y el Runi habían tenido finalmente razón. Y por ello ambos eran detestados.

«El capitán me ha pedido que tratara de demorar en lo posible la conclusión de cualquier acuerdo», pensaba en aquel momento Gregori, mientras oía distraídamente al enviado del futuro anunciar con voz armoniosa las condiciones de su oferta. «Pero, ¿puedo y debo hacerlo? ¿Debo obedecerle por última vez, y no sólo porque siga siendo nuestro capitán, sino porque ha demostrado saber siempre lo que convenía hacer o evitar? ¿Puedo ayudarle a conseguir esta pequeña prórroga, aunque no me haya aclarado los motivos que le inducen a pedírmelo?»

Porque él ignoraba lo que Shangrin parecía tramar, y no podía preguntar a nadie su opinión al respecto, ni siquiera a Norma. Todas las respuestas hubieran sido negativas, ya que ninguno de los pasajeros del «Vasco» conocía al capitán tan bien como él, y por consiguiente, nadie se sentiría tampoco tan obligado con la palabra empeñada por un hombre al que consideraban loco y en favor de un ser al que juzgaban monstruoso.

Gregori odió de pronto a Norma con una violencia de la que nunca se hubiera creído capaz, acusándola por no hallar en ella el menor alivio para sus propias dudas. Supo que aquel sentimiento duraría poco, pero durante aquellos momentos crueles y amargos llegó a sentirse atrozmente solo, a pesar de la joven y a causa de ella. Se sentía tan solo como el mismo Shangrin, y entonces supo que, en el fondo y lo quisiera o no el mismo, era una especie de reflejo del capitán, y sería la voluntad de este la que él debería ayudar a cumplir.

CAPITULO 13

—Ya han oído ustedes las condiciones de mi propuesta —concluyó el enviado del futuro.

El consejo lo había entendido perfectamente, y dio su conformidad. Las miradas de todos los presentes acechaban inquietos el asiento que Shangrin había abandonado momentos antes.

—He creído necesario reiterar mi oferta ante esta asamblea —aclaró el personaje— porque vemos que vuestro jefe no aceptará entregarnos al Runi. Por lo visto, el capitán de este navio no advierte el cariz monstruoso de ese ser.

—Es un anciano —intervino Smirno—, y los últimos acontecimientos le han afectado demasiado.

El xenólogo miraba fijamente a Gregori, quien consideró que, por fin, Smirno había logrado su desquite. Pero el segundo estaba pendiente de la esfera de su reloj, que consultaba procurando dominar el temblor de sus manos, apoyadas sobre la mesa. Shangrin le había encargado que hiciera lo imposible para que la sesión no terminase antes de la decimocuarta hora, y él había aceptado con la desolación en el alma.

Todavía faltaban tres minutos. Gregori buscó algún consuelo en la mirada de Norma, pero un brillo de renacida esperanza parecía encenderse en los ojos de la joven: sus hijos nacerían en Lorna o en Suni, no en aquel siniestro pasado lleno de guerras y de bárbaros. La perspectiva del tránsito de tantos millones de años sumida en un campo de estasis no dejaba de asustarla. Pero se habría atrevido a caminar sobre fuego para regresar a su época, y lo mismo pensaban todas las gentes del «Vasco».

¿Qué estaría tramando el capitán?

Dos minutos.

—Pasemos a la votación —propuso Gregori en voz alta.

—No es necesario —objetó Smirno—. Todo el mundo está de acuerdo: el Runi será entregado tan pronto como nuestros amigos del futuro dispongan del equipo necesario. Espero que Varun Shangrin no pretenda oponerse a la mayoría.

—El capitán Varun Shangrin —rectificó Gregori.

—Si usted quiere...

Smirno se volvió hacia el consejo.

—Propongo que una enmienda añadida al texto disponga la destitución del capitán Shangrin —solicitó—. Su oposición a la entrega del Runi y su ausencia de esta asamblea delatan bien claramente lo anómalo de su estado.

—Antes tiene derecho a ser escuchado —insistió Gregori.

Pero sabía que todo estaba perdido. Detestaba a Smirno, aunque no podía negarle la razón. El Runi tendría que ser entregado y Shangrin declarado demente, sin más discusión. Y, no obstante, el capitán había cumplido lo que prometió: les había conducido hasta las mismas puertas del tiempo.

Los resultados de la votación empezaron a llenar de cifras una pantalla. En el reloj de Gregori, la aguja rebasó el límite de la decimocuarta hora.

«¡Bien!», pensó. «He hecho cuanto he podido. Mala suerte. Que entreguen al Runi y que nos sumerjan a todos en ese maldito sueño de doscientos treinta millones de años... Y ojalá empiecen pronto, antes de que yo también acabe loco.»

La voz de Shangrin le sacó de sus cavilaciones. Era una voz potente y abrumadora, la misma voz del capitán de antaño, la que lanzó su desafío a los astros, al tiempo, a los ediles de Magallanes. Una voz rejuvenecida diez años, el bramido de un oso, el fragor de un océano derramándose como una catarata desde los fonóforos.

Y sus palabras le llenaron de estupor.

—¡No voy a tolerar esa felonía! —tronaba Shangrin—. ¡Jamás, mientras yo viva, será entregado el Runi! No admitiré que le condene a muerte una traición nuestra. Recuerden que acudió a bordo del «Vasco» por su propia voluntad, y que es nuestro huésped. ¡ Preferiría tocar el mismo fondo del abismo del tiempo, antes que hacerme cómplice de la entrega del Runi!

Gregori advirtió que se dibujaba una extraña sonrisa sobre los delgados labios del enviado del futuro. ¿Cuáles podrían ser los sentimientos de aquel hombre de los últimos tiempos?

—¡ Vergüenza sobre quienes sean capaces de entregar al Runi! —insistía el capitán—. No podemos acusarle de perjudicarnos en nada, sino que, por el contrario, nos ayudó cuanto pudo. Tampoco podemos hacerle responsable de los peligros que su especie pueda representar para el hombre. ¡ El Runi es mi aliado y le defenderé!

Gregori dirigió su mirada hacia los aterrados semblantes de los miembros del consejo. Smirno se había puesto lívido mientras escuchaba, y evidentemente tenía miedo. Shangrin no era más que un hombre, y los demás formaban contra él un frente compacto; pero se habían sometido demasiadas veces a su imperio, y algo les quedaba todavía.

—Como no puedo estar seguro de que todas las personas presentes a bordo compartan mi decisión —proseguía Shangrin—, he tomado ciertas medidas. Durante las dos últimas horas me he atrincherado en la cámara de navegación. Desde allí puedo controlar la navegación. En estos momentos nos dirigimos hacia el espacio extragaláctico. Y, a fin de evitar cualquier atentado contra mi persona, comunico a todos que la zona de los generadores y la misma cámara de navegación están aisladas del resto de la nave. Las esclusas han sido cerradas y puestas bajo tensión los mamparos de acceso. También deberán ser evacuados inmediatamente los pasillos y los sectores más próximos a estas zonas del «Vasco». Dentro de una hora, cualquier persona que todavía se encuentre en dichos lugares correrá peligro de muerte.

—¡Está usted completamente loco! —aulló Smirno. Aquello se le había escapado mientras su boca se retorcía de rabia—. Sepa que se halla bajo arresto, Varun Shangrin. Ha sido destituido y ya no tiene ningún derecho a dar órdenes en este navio. Lo que acaba de hacer le convierte en un criminal.

Shangrin soltó una carcajada.

—Venga a prenderme si se atreve —desafió.

—¡Ha traicionado a los suyos! ¡Ha incurrido en traición contra toda la especie humana! ¡ Es usted un monstruo!

Toda la asamblea se puso en pie y empezaron a gritar. Gregori volvió la cabeza y comprendió la causa del pánico. En la gran pantalla de la sala acababa de aparecer el espacio. El «Vasco» navegaba a una velocidad fabulosa, y las estrellas huían como luciérnagas poseídas por la locura. La nave se dirigía hacia el vacío, hacia el tenebroso abismo extragaláctico, y los astros ya empezaban a escasear.

El enviado del futuro aguardó a que se restableciera una relativa calma, tras lo cual contempló con frialdad a los presentes.

—Queda fuera de mis poderes el remediar esta situación —dijo—. Mantenemos con rigor la consigna de no intervenir en los asuntos de los primitivos, mientras no lo exijan nuestros propios intereses. Sólo a ustedes les corresponde actuar. Confío en que estas dificultades sean transitorias, y acaben aceptando mi propuesta. Sin embargo, visto el estado presente de las cosas, considero que no hay nada que justifique mi presencia aquí.

Y el personaje desapareció de súbito, mientras todos seguían con la mirada fija en el lugar desde donde les había hablado, como si de esta forma pudieran encontrar alguna solución. Así permanecieron largo rato, y Gregori creyó que los furores se habían apaciguado.

Pero no era así. Era que habían perdido hasta la última esperanza.

El robot-ujier recorría los pasillos de la nave. Previamente había tomado con sus afilados miembros de insecto metálico la pequeña espada de oro del cajón secreto. Aunque estaba perfectamente imbuido de sus poderes, experimentaba al mismo tiempo algo indefinido y muy semejante al miedo. Durante sus doscientos treinta y siete años de actividad en distintas naves, el robot sólo había tenido que recurrir en tres ocasiones a la autoridad simbolizada por la espada suspendida de la cadena. Y siempre, aquello había significado la muerte de un hombre.

El robot-ujier no temía por su propia seguridad, pero sus instrucciones normales le prohibían dañar a ningún humano. Y el llevar consigo la espada de oro cancelaba durante cierto tiempo y para una misión determinada aquella prohibición hecha consigna, tan imbuida en él que el recuerdo casi inconsciente de los doscientos treinta años de inhibición pesaba sobre su mecanizada y limitada conciencia.

Avanzó hacia el centro del navio llevando también consigo un arma pesada, enfocada como un ojo en el mismo punto medio de su pecho; motivo por el cual sólo podía circular por las vías principales del «Vasco», donde las paredes eran bastante gruesas para resistir el impacto de los destructores haces atómicos.

Los humanos se apartaban a su paso interrumpiendo sus cuchicheos. Sin embargo, la sensibilidad de los micrófonos integrados en el cuerpo del robot le permitía captar palabras aisladas e interpretar a su manera la situación.

—Siempre he considerado a ese Runi como un monstruo...

—Un peligro latente...

—No me explico cómo se atrevieron a meterlo en una nave donde hay mujeres y niños.

—Al fin y al cabo, esos tipos del futuro parecen saber bien lo que dicen, ¿no?

—¿Cree que la cotización del zolt va a caer, teniendo en cuenta nuestro cargamento?

—Esto dependerá de...

—Hasta luego, Suni... —Me pregunto si ella me seguirá esperando...

—Hibernación, por supuesto...

Las voces se hicieron después menos frecuentes y eso alivió la angustia del robot-ujier. Le disgustaba sentirse inmerso en aquel odio que todos los humanos parecían concentrar en el Runi. Todavía oía hablar poco de Shangrin, pero sabía que aquello era inminente. No se atrevían a mencionar al capitán, y en cambio, era a él a quien buscaba el robot.

«Se ordena al capitán Varun Shangrin, comandante del "Vasco", que se presente ante el consejo para conocer el texto relativo a su destitución de dicho cargo, y para informarse de las decisiones adoptadas en relación con su persona y que afectan también al monstruo extranjero llamado Runi.»

Cuando el robot-ujier alcanzó los límites de los sectores evacuados, se cruzó con una patrulla de soldados de las secciones exploradoras. Los hombres le miraron con frialdad. Habían permanecido fieles a Shangrin porque Magallanes significaba para ellos mucho menos que para los demás. De momento se limitaban a enseñar los dientes, aunque habría bastado una orden del capitán para desencadenar las hostilidades. Su misión aún era ambigua: por una parte protegían los misteriosos propósitos de Shangrin, y por otra impedían que ningún ocupante del «Vasco» se aventurase por aquella zona.

El robot-ujier se preguntó si aquellos hombres se atreverían a disparar contra él. Pero la posibilidad de su propia destrucción no llegó a afectarle. Los soldados se limitaron a observarle mientras se alejaba por el pasillo rectilíneo.

Comenzó entonces a sentir sobre sí los efluvios del torrente energético que recorría las paredes. Varias chispas empezaron a brotar de la cadenita de oro o de la punta de la espada, hasta que las descargas aumentaron su intensidad y acabaron rodeándole con un arco deslumbrante.

El robot no tenía por qué temer a los obstáculos energéticos. Cuando tocó la primera puerta cerrada, surgió una gran llamarada y la cerradura se fundió en el acto. Tras intentar en vano accionar el pestillo, procedió a cortar con su arma una abertura circular y así entró en el sector de los generadores. Era imposible interrumpir su funcionamiento sin suprimir al mismo tiempo la alimentación energética de toda la nave, y él lo sabía. De no ser así, le habría resultado muy fácil desactivar las tensiones mortales y reducir seguidamente a Shangrin.

Atravesó una segunda puerta y salió a un pasillo que le condujo a la cámara esférica de navegación. Sobre la inmensa pantalla curva, las pocas estrellas aún visibles parecían enloquecidas.

Por la imagen que les iba ofreciendo la gran pantalla de la sala del consejo, las gentes del «Vasco» seguían el avance del robot-ujier. Le vieron subir a la cabina de navegación, que ocupaba el centro de la esfera, y vislumbraron de paso cómo el capitán había interconectado los distintos cibernadores para tener en sus manos un relativo control sobre el rumbo del navio. Shangrin estaba sentado detrás de una mesa, y a su lado flotaba imperturbable el Runi dentro de su huevo.

Pero el robot-ujier apenas tuvo tiempo de iniciar la lectura de su texto: «Se ordena al capitán Va...». La mirada de Shangrin se posó sobre la pequeña y brillante espada y su semblante adquirió una expresión tempestuosa, mientras empuñaba un desintegrador pesado. Lógicamente, la reacción del robot-ujier hubiera debido ser fulminante, más rápida que cualquier acción humana. Pero vaciló durante una fracción de segundo al ver la medalla de mando que el capitán llevaba al cuello.

Aquello le fue fatal. Había sido un brevísimo forcejeo entre la diminuta espada y la ancha medalla circular, símbolo del poder de Magallanes. Y la espada se fundió, volatilizándose, mientras la coraza del robot cedía tras breve resistencia. En menos de una milésima de segundo quedaron desintegradas las capas superficiales protectoras de la maquinaria. La diminuta conciencia jurídica del robot-ujier acabó por extinguirse y sus cenizas parecieron volar ante las pantallas que reflejaban el vacío, hacia el abismo tenebroso que se abría entre los destellos de los astros erráticos.

—¡Los guardianes! ¡Que intervengan los guardianes! —gritaron al unísono los miembros del consejo.

Se armó un tumulto inaudito. Gregori palideció y sus dientes rechinaron. Al destruir de aquel modo al robot-ujier, Shangrin había violado la ley de Magallanes y atentado gravemente contra la Constitución. Debía estar loco para atreverse a tamaña insensatez, pues era imposible enfrentarse a los guardianes y nadie podía resistírseles. Se trataba de un axioma aprendido ya en la escuela: el poder de los guardianes era ilimitado, perfectamente capaz de reducir cualquier tipo de motín y de destruir por completo, si fuese necesario, cualquier navio en rebeldía. Eran, en una palabra, la suprema garantía de las leyes.

Sin embargo, no se podía recurrir a ellos sin que las circunstancias fuesen extremas. Toda nave contaba con un cibernador especial encargado de valorar la gravedad de tales peligros y decidir si procedía o no a la intervención de los guardianes. Y, para que este cibernador funcionase, era preciso que una mayoría de dos tercios del consejo en ejercicio introdujera una llave especial en los tableros individuales destinados a las votaciones.

Al contemplar la tribuna, Gregori advirtió la palidez del rostro de Smirno. El xenólogo gesticulaba frenéticamente, pero su voz no lograba dominar el tumulto. El segundo comprendió que incluso él vacilaba ante una medida tan trascendental. Porque, a decir verdad, nadie sabía a ciencia cierta qué eran los guardianes. ¿Se trataría de simples máquinas, aunque infinitamente más temibles que los robots-ujier? ¿Surgirían acaso de entre los propios ocupantes del «Vasco»? De cualquier forma, si el consejo lo decidía así, el poder sería entregado a los guardianes hasta que pasara la crisis y la fuerza dejara paso nuevamente al ejercicio de la ley.

Los robots-ujier emitieron sus estridentes silbidos y la calma se estableció al fin.

—Os ruego que meditéis muy a fondo antes de tomar esta decisión —dijo Smirno con voz grave—. Pensad que las consecuencias son inapelables y que, una vez entren en acción, nada ni nadie podrá evitar que ejecuten su misión hasta donde estimen necesario.

—¡No importa! ¡Queremos que intervengan los guardianes! —insistieron varias voces, pronto coreadas por una aparente mayoría.

—¡Está bien! —claudicó Smirno.

Las dudas del xenólogo sorprendieron a muchos, pero Gregori las comprendió perfectamente.

Mientras ochenta y nueve manos introducían otras tantas llaves en igual número de cerraduras, las de Gregori permanecían inmóviles sobre sus rodillas. Vio que Norma accionaba su llave y le miraba fijamente, pero no varió por ello su actitud. Él no iba a traicionar de aquel modo a Shangrin, no hasta ese punto.

Pero, sobre la pantalla superior, la misma huida de las estrellas constituía ya una traición. ¿Qué podía esperar el capitán de su desatino? ¿Qué podían esperar de los guardianes los miembros del consejo? Ambas preguntas se contradecían entre sí.

—Vosotros lo habréis querido —pronunció Smirno con la voz velada.

En la pantalla del circuito interno, que había vuelto a la opalescencia tras la destrucción del robot-ujier, aparecieron las dieciséis estrellas de los mundos centrales de Magallanes. La constelación por todos harto conocida suscitó en el ánimo de cada uno la nostalgia de su exilio. Una voz brotó de los fonóforos, una voz para muchos familiar y que correspondía a un hombre que, insólitamente, no iba a nacer hasta transcurridos doscientos treinta millones de años, un hombre que llegaría a ser el presidente de la Guilda de los navegantes.

—Hombres y mujeres de Magallanes —empezó la voz—: habéis decidido recurrir a los guardianes porque os sentís amenazados por una grave crisis. Durante los sesenta siglos de historia de nuestra civilización, sólo se ha registrado cuarenta y siete veces el caso de que algún navio haya tomado semejante decisión. Tendríamos que añadir alguno de aquellos cuyo rastro se perdió completamente, y deseo vivamente que vosotros tengáis mejor suerte que ellos.

«Sabed, hombres y mujeres de Magallanes, que la institución de los guardianes ha adoptado diferentes formas durante los siglos pasados. Yo soy casi el único que las conoce todas, y puedo aseguraros que siempre hemos procurado adaptar a las características de cada nave este recurso supremo al poder de la ley.

»Voy a informaros en lo concerniente a nuestro caso. Las puertas maestras que aislan los distintos sectores del navio están cerradas y sólo pueden ser abiertas por el jefe de los guardianes. Dicho jefe se encuentra entre vosotros, y ha sido elegido teniendo en cuenta su experiencia y su capacidad. En caso de que él muriera durante su intervención, será inmediatamente reemplazado por otro cuyo nombre me reservo.

«¿Está Gregori presente en la sala?

El aludido se levantó poco a poco, lívido y procurando dominar el temblor de sus piernas. Su voz fue casi inaudible al contestar:

—Sí, aquí estoy. Le escucho.

Pero su respuesta era innecesaria ya que todos los robots-ujier tenían la mirada fija en él. Y aquello era suficiente para que la acción concentrada de sus ojos mecanizados transmitieran los impulsos de sus células supersensibles, que captados por algún oculto cerebro artificial ejercieron de inmediato sus poderes sobre Gregori. Se trataría de algún poderoso elemento oculto en las profundidades de la nave y que habría permanecido hasta entonces completamente inactivo, ciego, sordo e inservible, pero que acababa de ser puesto súbitamente en actividad por las ochenta y nueve llaves al introducirse en las cerraduras. Se expresaba mediante la voz de un hombre aún no nacido, e iba a calibrar la gravedad de una situación fundándose en unas leyes todavía no escritas ni promulgadas. Era imposible sustraerse a todo aquello.

—Bien prosiguió la voz—. Ha sido condicionado para la misión que ahora va a emprender, aunque usted mismo la ignora. En su gran sabiduría, los cancilleres de la Guilda decidieron poner seguro remedio a las insuficiencias humanas en material legal. Usted no es ni va a ser otra cosa sino el brazo de la ley. Puesto que ese brazo debe ser completamente seguro y fuerte, ninguna consideración de afinidades ni de intereses podrá influir en su actuación. Esta fuerza y esta seguridad, así como el conocimiento de las leyes, han sido grabados en su mente, Gregori, junto con ciertas particularidades de este navio que nadie a bordo conoce y que van a darle absoluto control del mismo. Sin embargo, un bloqueo hipnótico instalado en su inconsciente le impide por ahora el acceso a tales conocimientos. Tal dispositivo será inhibido por un mecanismo del que existen varios ejemplares ocultos en diversos puntos del «Vasco», y a uno de ellos van a conducirle ahora mismo los robots-ujier.

—No..., no lo acepto —murmuró Gregori. El cerebro artificial, o el canciller invisible (éste era el nombre que se daba a los guardianes cuando las gentes comentaban entre sí su posible existencia), pareció vacilar un breve instante. Gregori reconoció en aquel cúmulo de sutilezas y precauciones, tan arteramente previstas, toda la minuciosidad de los recelosos juristas de Magallanes, toda su astucia de ladinos mercaderes, y experimentó una náusea irreprimible al considerar el laberinto hacia el cual iba a verse empujado.

—No tiene usted elección, Gregori —sentenció la voz.

El canciller, o lo que fuese, habría elegido aquella respuesta entre diversos registros disponibles y que contendrían frases y palabras pronunciadas por el hombre aún no nacido. Cabía sospechar que sus entrañas metálicas contendrían todo un repertorio de argumentos que oponer a cualquier posible objeción.

—Repito que no tiene elección —insistió la implacable autoridad—. Los robots-ujier tienen instrucciones de obligarle, empleando la fuerza si es necesario, a sufrir un tratamiento especial destinado a desactivar la sugestión hipnótica. Y debe hacerlo en un plazo máximo de doce horas.

»No tema, Gregori. Tan pronto como consideremos terminada su misión, será devuelto a su antigua personalidad y no conservará ningún recuerdo de lo que haya hecho en este lapso. Sólo va a ser, más allá de su propia conciencia y al margen de su misma persona, el brazo ejecutor de la justicia de Magallanes.

»Contará con la ayuda de los robots-ujier provistos de su espada de oro, así como la de los hombres que usted mismo elija y que también serán objeto de cierto tratamiento psicológico. Nadie podrá eludir la designación, y quienquiera que sea el adversario, nadie podrá oponerse a la justicia que usted representa. Así es la ley y debe ser cumplida.

»Si sufriese algún accidente, otro ocupará su lugar. De este modo lo dispongo y refrendo con mi firma, yo, Arno de Lurve, arconte de Suni y de Lorna, supremo mercader de Magallanes y presidente de la Guilda de los navegantes.

Y se hizo el silencio.

—¡ Es imposible! —suspiró Gregori.

Pero nadie lo oyó. Los robots-ujier acudieron a rendirle honores y se desplegaron a su alrededor. Cuando sintió que una mano buscaba la suya, volvió la cabeza y vio junto a sí la rubia cabellera de Norma, con los ojos brillantes y los labios lívidos.

—Es preciso —susurró ella quedamente—. Debes hacerlo. Pero Gregori la rechazó y se abrió camino hacia la salida, seguido por los robots. Todas las caras se volvían hacia él, interrogantes. Se irguió y procuró tranquilizarse. Cuando alcanzó la puerta, comprendió que la única escapatoria imaginable le sería negada: los robots-ujier no se separarían de su lado y velarían para que nada le ocurriera, incluso contra su propia voluntad.

Le quedaban doce horas.

Un hombre se levantó y le interpeló. Era Amo Linz, el jefe de las patrullas exploradoras, viejo compañero de Shangrin y quizás el hombre más duro de la nave.

—¡No lo permita, Gregori! ¡Nada se ha perdido aún! Mis hombres ocupan el centro de la nave, y cuidarán de que...

—Queda arrestado, Arno Linz —le previno uno de los robots.

—¿Sí? ¡Entonces venid a detenerme! —replicó el oficial empuñando su arma.

Pero un penetrante rayo le alcanzó instantáneamente entre los ojos. Se desplomó como un títere sobre el respaldo de su butaca, y una pequeña mancha roja empezó a brotar en su frente.

Era la primera sangre derramada, pero habría más. Todos los robots-ujier se habían colgado del cuello la pequeña espada de oro.

CAPITULO 14

La situación era dramática. Los exploradores adictos al capitán acababan de advertir que nadie se acercase a la sala de navegación sin permiso del propio Shangrin, y que estaban dispuestos a disparar contra cualquier intruso, incluso contra los guardianes.

—¿Una guerra civil? —preguntó Norma mirando a Smirno.

—Eso me temo —contestó el xenólogo—. Disponen de armas pesadas y pueden resistir mucho tiempo, salvo que Gregori se someta pronto al tratamiento y descubra el modo de hacerles entrar en razón.

«Y mientras tanto, seguimos alejándonos», pensó el científico.

—No quiero que a él le suceda... —empezó a decir la joven con voz serena, pero que se quebró antes de terminar la frase.

Y se echó a llorar volviéndose contra la pared. Los sollozos sacudían sus hombros.

—¡Basta! —exclamó Smirno.

Quiso parecer duro, pero sólo logró ser desagradable. Él mismo estaba muy afectado por lo sucedido. Henrik entró en el despacho del xenólogo.

—¡ Hemos de hacer algo! —apremió—. Es preciso que Gregori acepte. Pero ahora mismo, no dentro de doce horas. Nos alejamos rápidamente del cúmulo estelar de Xandra, y como casi todos los cibernadores de navegación estén desconectados, nos exponemos a perdernos para siempre.

«Doblemente perdidos», pensó Smirno. «Perdidos en el tiempo y en el espacio, perdidos entre las vacilaciones y la rebelión, entre la fidelidad y la ley.»

—He intentado discutir con Shangrin —dijo en voz alta—, pero se niega a escucharme. Dice que invertirá el rumbo cuando hayamos cambiado de parecer.

—¿Quién es ella? —preguntó Henrik señalando a Norma. El xenólogo se encogió de hombros.

—Norma Shundi —contestó—. La amante de Gregori, o algo parecido.

La calva de Henrik se meneó mientras abría los ojos de par en par.

—¡ Espacio! —exclamó—. Si alguien es capaz de convencerle, tendrá que ser ella. ¿Cómo no ha sido enviada ya?

—No quiere. Teme por él.

—¡Vaya ¿Es que todo el mundo tiene miedo?

—¿Usted no?

—Verá, yo...

—¡ Pues entonces cállese!

«Esta situación resultaría interesante para el Runi», pensó Smirno. «¡Qué complejidades en el juego! ¡Qué caos en los movimientos de las piezas!» Se acercó a Norma y la tomó de los hombros, odiándose a sí mismo por lo que iba a decirle.

—Irá usted en busca de Gregori —dijo con voz sombría, automática—. Debe convencerle de que se someta al tratamiento. Si no lo hace será ejecutado por los robots antes de las doce horas, y otra persona será designada en su lugar.

La joven se volvió lentamente, fijando en él sus ojos dilatados y brillantes de llanto. El xenólogo temió que ella hubiese adivinado doblez, pero acabó por leer en el mudo lamento de sus labios que Norma le creía. Aquello le hizo desviar la mirada.

«¿Y si fuera verdad?», pensó. «¿Y si me tocase a mí la próxima vez? ¿Qué haría yo si tuviera que someterme al tratamiento? ¿Cuáles serían mis reacciones? ¿Aceptaría sin vacilar una operación que me convertiría durante algunas horas, algunos días o quizá por toda la eternidad en una infalible máquina destructora, en la suprema encarnación de la Némesis?» La idea del hipotético sacrificio le invadió como un repentino alivio, como una promesa de paz. «Yo podría tomar el lugar de Gregori y todo saldría bien. Lograría sobrevivir y, al menos por una vez, habría sido Smirno el hombre elegido, el hombre de acción.» Pero no era posible, probablemente no figuraría en la lista, ni habría recibido nunca el condicionamiento previsto. El canciller invisible no le permitiría ocupar el puesto de Gregori. Es preciso que cada cual cumpla su destino. Ningún hombre es sustituible, hasta que resulta necesaria su sustitución porque ha desaparecido.

—Vaya a buscarle —le dijo finalmente a Norma.

La orden salió casi a su pesar de entre sus apretados labios.

—Sí —contestó la joven con docilidad.

Cuando el xenólogo se atrevió a mirarla, pudo leer en sus ojos una decisión absoluta y tan desolada, que habría sido capaz de sobrecoger al propio Shangrin.

—No quiero ver a nadie —contestó Gregori a través del fonóforo.

—¿Ni siquiera a mí? —suplicó norma.

—No, tampoco a ti.

—¿Has dejado de quererme? Hubo una pausa.

—No lo sé. Y luego:

—No es momento.

Pero Norma se obligó a explicarse muy de prisa:

—No puedes quedarte ahí esperando, Gregori. Tampoco permitirás que nuestros hijos queden condenados a ese horrible pasado. Dime que no me impedirás ver algún día los jardines de Suni y de Lorna donde nos conocimos. No lo dudes, Gregori. Piensa que son un anciano y un... extranjero, frente a miles de niños, mujeres y hombres. No tienes derecho a dudar, Gregori. Hazte cargo de que todo depende de ti, de que tú eres ahora el sucesor del capitán, y recuerda que el antiguo Shangrin jamás abandonó a los suyos en la dificultad o la tristeza. Debes actuar como él hizo siempre, Gregori, y salvarnos a todos aunque cueste un sacrificio.

Gregori no contestó. Norma procuró adivinar a través de la pantalla y de su expresión si la había oído, pero él parecía sordo. Ni siquiera parpadeaba. Sólo su labio superior temblaba imperceptiblemente, sacudiendo minúsculas gotas de sudor.

—Por favor, Gregori —insistió la joven.

Desde dentro, el segundo vio como los labios de Norma se aplastaban contra la pantalla y cómo la fría superficie de cristal le deformaba las mejillas y la nariz, mientras que el largo cabello suelto se agitaba como si ella tratara de alcanzarle físicamente atravesando aquel obstáculo.

Entonces cortó el contacto y la pantalla se oscureció.

«Es preciso que antes le hable —pensaba Gregori—. Debo hablar con Shangrin antes de que algo me convierta en una máquina implacable únicamente capaz de aplicar la ley. Tengo que dedicar al empeño de hablarle la misma energía que emplearía después para dominarle.» Volvió la cabeza y vio a los robots que le rodeaban, como un negro enjambre marcado por el signo de la estilizada espada.

«Tengo que quitármelos de encima», pensó.

La gran nave se hundía en el espacio. Las alteraciones introducidas por Shangrin en el sistema de navegación del «Vasco» habían debilitado peligrosamente los márgenes de seguridad de su rumbo, haciéndole rozar en el subespacio ciertas aberraciones crónicas capaces de arrancarle del continuum sin una explosión siquiera.

Henrik asediaba a Smirno.

—Todos nos acusan por no hacer nada —decía—. Han empezado a formar grupos de asalto. Algunos han saqueado un depósito de armas y se han provisto de equipos aislantes, con los que han emprendido ya la tarea de forzar las puertas principales. Dicen que acabarán con las patrullas exploradoras y que nada les detendrá hasta llegar a la cabina de navegación.

—¿Quién les dirige? —preguntó al xenólogo—. ¿Qué hacen los robots-ujier?

—Se trata de una acción más bien anárquica, y son varios los grupos que actúan independientemente. No vacilarán en atreverse contra los mismos robots porque, al faltar el orden, éstos no se deciden a emplear armas mortales y se dejan destruir uno tras otro.

—¿Quién podría detenerles?

—No lo sé. Lo he intentado, pero sin éxito. Tal vez Gregori. Tendría usted que convencerle.

—Piensa usted lo mismo que yo, ¿verdad?

—Marchan hacia una muerte segura, en masa...

—Así es. No saben combatir. Los hombres de las patrullas exploradoras, en cambio, son profesionales. Sólo Shangrin podría impedir este desastre.

Henrik se acarició la brillante calva.

—No hay manera de llegar hasta él. Se niega a contestar.

—Espere. Trataré de hablar a los amotinados.

Smirno maniobró en el teclado de los comunicadores y carraspeó para aclararse la voz, pero no consiguió desatascar el nudo que le atenazaba la garganta.

—¡Oídme todos! ¡Deteneos y escuchadme! —exclamó con la voz desfigurada por la emoción—. Me dirijo a vosotros, hombres de las patrullas exploradoras, que pretendéis

defender por encima de vuestro deber a un hombre que os ha condenado a una situación sin salida; y especialmente, también a los que se han apoderado, indebidamente y violando la ley, de unas armas con las que pretenden emprender una acción suicida, desesperada e inútil. Pensad todos que la situación del «Vasco» es ya en sí demasiado grave para que nadie quiera añadirle...

Pero su voz acabó por quebrarse. Luego, como una marejada, potentes como el rumor del mar, invadieron todas las salas y pasillos del navio los abucheos que rechazaban aquel mensaje. Eran el odio, el terror y la violencia desatados.

Gregori consultó su reloj. Le quedaban casi diez horas. En ese tiempo tendría que atravesar casi la mitad del navio, evitar las hordas amotinadas, pasar los controles establecidos por las patrullas de exploración y desafiar la muerte contenida en las paredes puestas bajo tensión.

Se desnudó, eligió un equipo aislante y se lo puso. Tras leve vacilación, tomó también un arma. Los robots-ujier le miraban sin moverse; sólo intervendrían en caso de que intentara volverla contra sí mismo.

Alcanzó luego un fonóforo y marcó un numero.

—¿Smirno? —preguntó—. ¿Me oye?

—Le escucho, Gregori —contestó la voz del xenólogo.

—Preste atención. Voy a tratar de establecer contacto con Shangrin, para ver si consigo hacerle cambiar de actitud. ¿Hay algún medio de hablarle? No lo he logrado a través del circuito normal.

—Tampoco yo. Habrá desconectado los comunicadores.

—Entonces iré a buscarle —dijo Gregori—. Intentaré pasar.

—¿Por qué no acepta el tratamiento, Gregori?

—¿Hace falta decirlo? '

—En cierto sentido, le comprendo. ¿Qué puedo hacer para ayudarle?

_¿Cuál le parece el mejor camino para alcanzar la.cámara de navegación?

Hubo un breve murmullo al otro lado del hilo.

—Henrik le aconseja que trate de alcanzar el parque artificial tres, y que desde allí, siguiendo las canalizaciones del fondo del lago, intente llegar a los circuitos de refrigeración de los generadores. Si consigue practicar una abertura en el lugar adecuado, saldrá junto a la cámara.

—¿No se derramará todo el lago en los generadores?

—No, porque la brecha se cierra automáticamente. Pero queda el peligro de las radiaciones. Tendrá una oportunidad entre diez de evitarlas.

—Tendré que correr ese riesgo. Otra cosa: ¿cómo podría deshacerme de los robots-ujier?

—No veo la forma —confesó Smirno.

—Bien. Algún medio habrá; de lo contrario, no me dejarían llegar hasta el final. Smirno vaciló.

—Yo..., le deseo buena suerte, Gregori.

—Gracias.

La puerta se abrió ante Gregori, que lanzó una ojeada al pasillo. Estaba desierto. Avanzó lentamente hasta la gran arteria radial del navio y vio allí, junto a la boca de otro pasadizo, algunas siluetas que corrían entre violentos destellos.

Les volvió la espalda y apresuró el paso para deslizarse por una de las vías secundarias. Buscaba algún conducto que le condujera directamente al parque artificial, y examinaba cuidadosamente cada puerta antes de pasar, vigilando al mismo tiempo que nadie le siguiera.

Por fin encontró un pozo. El corazón le latía con violencia mientras levantaba la tapa y consideraba la brillante y cilindrica profundidad que se abría bajo sus pies. Aquellos pozos no se utilizaban normalmente para circular por el navio, pero enlazaban entre sí los distintos niveles y, en caso de emergencia, permitían pasar de uno a otro en un mínimo de tiempo.

Inspiró profundamente y saltó. El campo antigravitatorio frenó su caída. La pared lisa y desprovista de accidentes le pareció inmóvil.

Comprendió que acababa de cometer un error, al escuchar varias voces en el fondo del pozo, y más aún cuando aterrizó en el mismo centro de una plaza, en medio de un vociferante grupo.

Una sola mirada le bastó para adivinar que eran amotinados. Los hombres llevaban armas heterogéneas y parecían carecer de jefe. Gregori les había sorprendido, pero no sería fácil escapar y le faltaba tiempo para dedicarlo a explicaciones.

Corrió hacia el único paso relativamente libre, pero una mano le agarró por un hombro y, haciéndole perder el equilibrio, le empujó a un lado. Un haz mortífero pasó muy cerca de su cabeza. Gregori rodó buscando el amparo de una pared. El parque estaba cerca, pero tendría que correr por terreno descubierto para alcanzar la entrada. Oyó tras él voces que intercambiaban preguntas y órdenes. Le habían reconocido y querían su piel. Por lo visto habían decidido que, si lograban matarle, cualquier posible sucesor tardaría menos en aceptar el tratamiento y la crisis podría resolverse con mayor rapidez.

Gregori desenfundó su arma, apuntó con cuidado y disparó. El flujo radiante recortó un gran trozo del techo metálico, que se desplomó entre una nube de chispas, mientras que varios cables de alta tensión establecían cortocircuito y empezaba a prender el fuego. Los extintores automáticos entraron en acción, añadiendo nuevas humaredas a las ya provocadas. Gregori abandonó su escondite y se lanzó hacia el parque.

El humo atacó su garganta mientras cruzaba entre sombras confusas, pertenecientes a hombres que le buscaban con rabia. Finalmente consiguió alcanzar el recinto artificial.

Era un paisaje de dunas, instalado por los jardineros la noche anterior. Sólo algunas palmeras proyectaban su sombra bajo un sol tórrido.

Varios hombres surgieron de entre las dunas. No dispararon en seguida, sin duda tratando de adivinar a qué bando pertenecía. Le gritaron algunas frases que no entendió. Luego vio que los emboscados trataban de cortarle el paso y comprendió que le habían reconocido.

Las dunas descendían en pendiente hacia el lago. Algunos fogonazos levantaron la arena junto a Gregori mientras éste corría. Rodó sobre sí mismo y así llegó a la orilla. Cuando intentó levantarse, sintió un agudo dolor en el tobillo. Entonces vio a sus perseguidores y cerró los ojos convencido de que todo había acabado.

Pero la muerte no llegó. Aunque oyó gritos, no le alcanzó ningún rayo flamígero. Se sentó en la arena y se tocó el tobillo dislocado. Cuando volvió a mirar hacia arriba, comprendió que debía su salvación a los robots-ujier, que le habían seguido y acababan de dispersar a sus enemigos. Ahora se acercaban planeando, lentos y majestuosos.

Esta vez no iban a dejarle escapar. Gregori se levantó como pudo y empezó a penetrar en el lago, tambaleándose. El agua no tardó en cubrirle hasta la cintura. Entonces se dejó caer hacia adelante y empezó a nadar.

Los robots planeaban sobre él y parecían preguntarse cómo rescatarle. Gregori se sumergió tratando de burlar la persecución. Quiso ajustar el respirador al resto de su equipo, pero no pudo y tuvo que salir a la superficie, donde tomó una profunda inspiración mientras veía las siluetas que se lanzaban sobre él como gigantescos aberrojos.

Volvió a sumergirse y esta vez consiguió acoplar el respirador. Luego, nadó a grandes brazadas hacia el fondo. El agua era tibia, pero tenía que desarrollar todo su esfuerzo para mantenerse sumergido, pues no llevaba lastre.

Una forma oblonga y negra pasó ante Gregori. Era uno de los robots. No cejaban en su propósito de rescatarle contra su voluntad. Comprendió que sólo cumplían con su deber, en realidad.

Procuró seguir las canalizaciones instaladas en el fondo del lago, hasta que descubrió las grandes bocas rodeadas de un ligero remolino, que aspiraban y proyectaban alternativamente el agua. Las aberturas estaban enrejadas.

Ligeros como escualos, los robots le acosaban estrechamente. Gregori tanteó los cierres de las rejas, tomó su arma y apretó el gatillo. Los enrejados saltaron entre torbellinos de vapor. Buscó refugio en la oscuridad de la canalización, donde apenas disponía de espacio para deslizarse, pero cuya angostura haría imposible que los robots pudieran seguirle.

Se dejó arrastrar por la corriente. El agua del lago era aprovechada para refrigerar los generadores, aunque se distribuía entre un gran número de colectores. Le convenía no extraviarse en aquel laberinto.

Se detuvo en la primera bifurcación y acercó la cabeza a la pared, tratando de percibir un sonido más intenso y nadó largo rato en la más completa oscuridad, palpando con sus manos las mismas entrañas del navio, como si fuese un pez perdido en aquellas cavernas artificiales.

Finalmente acabó por orientarse al salir por unos tubos enormes y paralelos que, con toda seguridad, debían atravesarla sala de los generadores. Dudó entonces sobre cuál de las paredes le convenía perforar. Según recordaba, algunas de aquellas tuberías quedaban a varias decenas de metros sobre el suelo, mientras otras penetraban en los mecanismos de los generadores. Le era indispensable salir lo más cerca posible del suelo y bien lejos de cualquier fuente de radiactividad. Trató de recordar el plano de la instalación.

Cuando decidió su ruta, atacó la canalización por donde formaba un ángulo. La pared resistió bastante antes de ceder, y entonces fue arrastrado por el torrente y arrojado al suelo, apenas un metro más abajo. Quedó momentáneamente aturdido, tumbado sobre la plancha metálica que las bombas ya estaban secando, mientras aullaba uña sirena de alarma y el chorro empezaba a ser reducido.

Se incorporó sobre los codos e hizo una mueca que quería ser una sonrisa. Había superado la primera parte de su plan. Consultó el reloj: había transcurrido menos de una

hora desde que confió su proyecto a Smirno. También el tiempo de la acción resultaba relativo.

Pero lo más difícil, quizá lo más laborioso, quedaba por hacer. Debía llegar hasta Shangrin y, sobre todo, convencerle.

CAPITULO 15

—¡ Vamos! ¡ En pie! —gritó.

Gregori le miró, atónito. El hombre tenía una expresión hosca y llevaba el cráneo afeitado. Vestía el equipo de las patrullas de exploración y sostenía su arma como si fuese una herramienta. Se acercó a Gregori, y al ver que no se movía, le empujó con el pie.

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿De dónde ha salido? Gregori retiró penosamente el respirador de su rostro.

—Soy Gregori —dijo—. He venido para hablar con el capitán.

Conocía al soldado. Trató de recordar su nombre, pero la memoria le falló.

—Conque Gregori, ¿eh? —contestó el hombre—. Ya sé que se ha pasado usted al otro lado, y que hizo matar a Linz. Ahora quiere la cabeza del viejo, ¿verdad? Pues ha venido en mal momento.

Y levantó su arma, mientras Gregori gesticulaba frenéticamente.

—¡Espere! ¡ No cometa otra insensatez! He venido para salvarle. Tiene que llevarme a su presencia.

El hombre vaciló. Gregori recordó que había formado parte de la expedición que luchó en Xandra. Le había tenido a sus órdenes, y el otro lo recordaría sin duda.

—¿Me supone usted capaz de traicionarle? —preguntó.

—¡ No se mueva! Puede que me equivoque, pero voy a darle una oportunidad.

Lanzó un silbido y varios hombres se aproximaron. Entre ellos iba un suboficial.

—¿Están locos? —les increpó Gregori mientras trataba de incorporarse bajo la amenaza de sus armas—. ¡Deben obedecerme! ¡Yo soy el segundo a bordo de esta nave!

—Sólo obedezco a Shangrin —replicó el suboficial. Pero Gregori advirtió que vacilaba. Los arraigados reflejos de la disciplina seguían actuando en él.

—Shangrin no aprobaría lo que hacen ahora —insistió—. Sé que...

—Nos ordenó montar guardia aquí, con instrucciones de no dejar pasar a nadie, ni hombre ni máquina.

—¡Dígale que he venido a parlamentar!

La voz de Gregori sonó seca y cortante. Tuvo que apoyarse en la pared, pues el tobillo le dolía tanto que apenas podía sostenerse en pie. Pero advirtió el desconcierto en la expresión del suboficial.

—No podemos comunicarnos con él porque ha desconectado los fonóforos. Dijo que quería paz y silencio. Gregori meneó la cabeza. Estaba empapado.

—Necesito hablar con él.

—¿Se ha sometido usted a... al tratamiento? —preguntó el suboficial, indeciso.

—¿Cree que estaría aquí en este estado, si lo hubiera hecho?

—estalló Gregori—. ¡ Haga algo, pronto! No olvide que van a ser atacados de un momento a otro.

—No tememos a nadie. Eran tercos como mulas.

—¿Realmente desean disparar contra otros magalláneos? Los hombres se miraron. Entonces el suboficial pareció tomar una decisión.

—Deje ahí su arma y sígame.

—Que me ayude uno de sus hombres. No puedo caminar.

Volvieron a mirarse, y el jefe de la patrulla hizo una señal afirmativa. Uno de los guardianes se colgó el arma al hombro y se acercó a Gregori, que se apoyó en él mientras caminaba con el rostro contraído por el dolor.

—De todos modos, no creo que esto dé ningún resultado —decía el suboficial—. Nadie puede hablar ya con el capitán.

—¿Sigue todavía en la cámara de navegación?

—Se ha encerrado en la recámara de los cibernadores.

—¿Podré acercarme hasta que me oiga?

—Es posible. Yo no lo he intentado.

—Vamos allá —dijo Gregori.

El grupo cruzó la inmensa sala de los generadores. Formaban un singular cortejo.

—El capitán puso todas las paredes bajo tensión —advirtió el suboficial—. No toque nada.

—Gracias —contestó Gregori.

Ayudado por el guardián, llegó hasta la puerta circular de la esfera. Rematando la estrecha pasarela, pudo distinguir la cámara de navegación, y más arriba el comienzo del pasadizo al extremo del cual, en el angosto recinto donde los cibernadores meditaban en silencio la ruta del navio, se había refugiado Shangrin con el Runi. Era una especie de madriguera para ratas.

—¡ Shangrin! —gritó Gregori.

Su voz resonó dentro de la esfera como reflejada por la bóveda celeste, como un eco recogido por las inmensidades de aquel universo huidizo. Hinchó sus pulmones e insistió.

—¡ Shangrin!

Aguzó el oído y creyó notar algunos roces al otro lado del perfil luminoso de la puerta, como si una masa pesada se arrastrase por el suelo. Avanzó un paso.

—¡Cuidado! —gritó el guardián. Pero Gregori le ignoró.

—¡ Oiga, Shangrin! —aulló—. ¡ Soy yo, Gregori! La voz del capitán respondió al fin, amplificada por algún megáfono. Parecía estallar en aquel espacio reducido.

—¡ Vayase! —decía Shangrin—. ¡Vuelva con los suyos! Gregori esperó a que el eco se extinguiera.

—¡ Regrese, capitán, por favor! Todo el navio está abocado al caos. No permita que sus hombres se maten entre sí. ¡ Vuelva antes de que sea demasiado tarde!

Hizo una pausa. Sus palabras tenían que cruzar aquella esfera hecha a imagen del universo, y alcanzar a través del falso cielo a los dioses refugiados en su caverna metálica. A su alrededor, en el resto de la enorme esfera, reinaba el caos tras la destitución del capitán. Así consideraría Shangrin la situación desde el corazón del «Vasco», microcosmos artificial que contenía la imagen del universo y que huía a través del cosmos real con aceleración incesante.

—¡ Es inútil, Gregori! —replicó Shangrin—. He tomado mi decisión.

—¡Pero no podrá salir del paso! —Gregori modificó el tono de su voz—: ¿Puede oírme el Runi? Hubo una pausa.

—Sí —contestó finalmente Shangrin—. Está aquí, conmigo.

—Preferiría que hablásemos a solas.

—Es imposible. No voy a salir de aquí.

—Pues bien, tanto peor —dijo Gregori—. Dejemos que el Runi sepa lo que voy a decirle.

Carraspeó para aclararse la garganta, porque la voz le empezaba a fallar a fuerza de tanto gritar para hacerse oír. ¿O estaba gritando demasiado sin darse cuenta de ello, como deseoso de que le escuchase el universo entero?

—No puede sacrificar al «Vasco» ni a los hombres y mujeres confiados a su tutela, por defender a un extranjero, un monstruo. ¡ Vuelva, se lo ruego! Todavía está a tiempo de resolverlo todo, y conseguirá un nuevo triunfo.

—¡ No! —rechazó Shangrin—. ¡Déjeme, ya soy demasiado viejo! Esta vez le toca el turno a usted, Gregori.

—Permita entonces que me acerque, y déjeme devolver el «Vasco» a su punto de partida. Nos está condenando.

Shangrin rugió de cólera, aunque su arranque traslucía agotamiento.

—También usted me cree loco, ¿verdad? Sólo les pido algo de tiempo. Restableceré la situación, no lo dude. ¿O acaso cree que no he tenido en cuenta todas las posibilidades?

—¿Qué espera entonces? ¿Qué está haciendo? La respuesta tardó bastante en llegar.

—He hecho un trato con el Runi —contestó lentamente el capitán—. Jugamos una partida de ajedrez. Le propuse esa última partida. Si gano yo, él se conformará con salvar la vida y aceptará abandonar inmediatamente la nave para probar suerte en el espacio. Si pierdo, tendré que cumplir lo que prometí. Necesito tiempo; debo ganar. ¡Déjeme en paz, Gregori! Avise a los demás para que me concedan unas horas.

Gregori meneó la cabeza, apesadumbrado.

—Está loco —susurró.

El guardián le oyó y le miró con hostilidad.

Por última vez, Gregori quiso convencer al capitán.

—Recuerde, Shangrin, que aunque consiga ganar, no podrá ofrecer nada a los amos del tiempo. No podrá negociar la devolución de su pueblo a su época, cosa que usted había prometido.

—Jamás regresaré a Magallanes, Gregori. Lo sé. Pero sí lo hará mi pueblo, mientras no pierda esta partida. Y no pienso perderla. He tomado drogas para agudizar mi inteligencia. El Runi lo ha admitido. Me concede esa ventaja. ¡Vuelva ahora con los suyos, Gregori!

—La partida es apasionante —terció el Runi, con la voz clara como el cristal.

—Pero ¿por qué, por qué? —gritó Gregori.

—Ya sabe usted que hice una alianza con otro pueblo, y que jamás la traicionaré. Eso es todo. ¿Hay algún guardián cerca de usted?

—Sí, está a mi lado.

—Que le acompañe al consejo. Le prohibo que permanezca más tiempo en este sector del navio.

El rectángulo luminoso empezó a reducirse al otro lado y la puerta acabó por cerrarse.

—Vamonos —dijo el guardián.

Gregori se apoyó en su hombro y le siguió, desesperado. Se reunieron con los demás y el suboficial salió a su encuentro, con una mueca.

—Los robots-ujier han llegado hasta aquí —dijo—. Vienen a recogerle.

Allí estaban, y Gregori halló cierta semejanza entre ellos y el huevo del Runi. Ambos representaban el mismo aspecto inhumano e incomprensible del universo. Los robots-ujier se apoderaron de él con mucha consideración, mientras Gregori cerraba los ojos y se dejaba conducir a través de los pasillos desiertos.

Unas manos se deslizaban sobre su cuerpo dulcemente, y parecían llevarse el dolor. Gregori estaba tendido de espaldas, seguía con los ojos cerrados y reflexionaba. Unas voces, que parecían salmodiar extrañas plegarias, revoloteaban a su alrededor.

La mente de Gregori permanecía aún allá lejos, en el centro del navio, donde tenía lugar la partida entre el capitán y un demonio. Todo por el obstinado empeño de un anciano en respetar a ultranza su ética personal. ¿Significaría acaso aquella contienda algo mucho más profundo que él no llegaba a captar, aunque lo presentía vagamente? El juego podía constituir un medio de comunicación entre dos especies, y haría falta emplearlo para que ningún equívoco definitivo llegara a crearse entre ellas. Las consecuencias de la partida podían extenderse como ondas a través de la sustancia

fluida del tiempo, animadas por los movimientos sucesivos de unos jugadores inimaginables. El juego podía ser para Shangrin un último recurso para sondear la naturaleza del Runi, y para éste, el procedimiento más cómodo para calibrar la infinita complejidad de la naturaleza humana. Porque tanto la pasión como la razón intervenían en la partida, y toda la fisonomía de la historia futura podía depender de aquel enfrentamiento. Los paralelismos podían ser impresionantes entre la partida sostenida por Shangrin y el Runi y aquella otra incomparablemente más vasta que, como dijo el enviado del futuro, disputaban los Runi al mover a los humanos como simples peones sobre escaques de estrellas.

Gregori vio que los astros se disponían en forma de tablero, hasta que todo el conjunto empezó a girar vertiginosamente y se rompió por el centro, haciéndole caer en aquel pozo de oro y de tinieblas. A su alrededor, el sonido de las voces se hizo más intenso.

Emergió de un largo sopor. Luego parpadeó y reconoció los rostros de Smirno, Norma y Zoltan que, inclinados sobre él, le miraban con ansiedad.

—No quiero someterme al tratamiento —dijo.

Era una idea fija. Siguió dándole vueltas en su mente hasta que acabó por abandonarla, al tiempo que una especie de velo parecía desgarrarse en su interior. Gregori se sintió de pronto mucho más maduro y decidido que nunca. Comprendía con claridad la situación del «Vasco» y sabía exactamente cuál era su obligación. Había que proteger a Shangrin a toda costa, incluso actuando contra su voluntad. Ahora también conocía las características del navio con una rigurosidad jamás sospechada. De pronto recordaba infinidad de pasadizos secretos cuya existencia había olvidado por completo, así como el emplazamiento exacto de ciertos dispositivos que permitían cortar o desviar la alimentación energética en diversos sectores de la nave.

—Demasiado tarde —contestó una voz lejana, que reconoció como perteneciente a Smirno—. Acaba de superarlo. Con éxito, por supuesto. ¿Cómo se siente?

—Bien —contestó fríamente Gregori.

Examinaba las posibilidades de la situación. No se sentía inhumano, ni experimentaba odio contra Shangrin ni contra nadie. Al contrario, le parecía comprender mejor al capitán y le respetaba aún más: el velo mental que le hacía dudar y le impedía interpretar correctamente los actos de Shangrin se había levantado. Las pequeñas pasiones que entorpecían el ejercicio de su inteligencia y su sensibilidad pasaban a carecer de importancia. Comprendió que el capitán no era ni un dios ni un héroe, sino un hombre como él mismo, y que todos sus actos obedecían a la determinación propia de un hombre.

—Así son las cosas —murmuró.

Se levantó sin esfuerzo y contempló con curiosidad los instrumentos que le rodeaban. Eran muy sencillos: una bola minúscula y brillante que giraba y brincaba en un campo magnético, tan rápida que se hacía difícil seguir su movimiento. Parecía oscilar según ciertos ritmos acordes con los impulsos cerebrales.

—Necesitaré treinta hombres —decidió Gregori—. Sólo voluntarios. Los demás deberán entregar sus armas. Supongo que ahora me obedecerán.

—Temo que no lo hagan los hombres de las patrullas exploradoras —opinó Smirno—. Pero dígame: ¿está seguro de que no desea descansar un poco antes de actuar?

—Le veo en plena forma —juzgó Zoltan, el biólogo.

—Quiero que estén dispuestos dentro de media hora —insistió Gregori.

Se palpó la pierna. Quedaba cierta debilidad, pero el dolor había desaparecido. Podría caminar sin ayuda.

De pronto le preocupó una idea.

—¿Cuánto tiempo he dormido? —preguntó.

—Unas siete horas —contestó Zoltan—. No ha hablado en sueños. Solamente supimos que había llegado adonde Shangrin. ¿Qué hace?

Gregori vaciló. Siete horas. La partida habría desarrollado ya todas sus complicaciones. ¿Tal vez había terminado? No podía explicarles lo del juego porque no lo comprenderían.

—Nada —contestó—. Sólo espera.

Treinta y un hombres avanzaban por los pasadizos secretos del navio, encaminándose hacia la esfera central de navegación. Gregori iba en cabeza. Ahora conocía el laberinto de pozos, canales y recovecos que los desconfiados constructores del «Vasco» habían distribuido por toda la estructura de la nave. Llegaron hasta los cables conductores de energía que Shangrin utilizaba para aislar su reducto, los desconectaron. En la oscuridad siguieron avanzando, alumbrándose con sus focos, moviéndose como extraños y relucientes gusanos en busca de un fruto enorme y artificial.

Llegaron a la sala de los generadores. La voz de Gregori sonó poderosa en aquellas tinieblas cargadas de tensión y de odio.

—¡ Rendios! —gritó a los hombres de las patrullas de exploración—. ¡No tenéis ninguna oportunidad!

Pero, más allá de los soldados, Gregori interpelaba realmente al propio Shangrin. Esperaba ser oído, recibir contestación, escuchar las órdenes indispensables. Pero sólo oyó insultos y desafíos de los soldados, por lo que hizo una señal y un gas ligero e inodoro empezó a brotar de delgadas cápsulas. Esperaron unos instantes sumidos en el silencio y en las sombras, hasta que percibieron sordos y distantes ruidos atribuibles a varios cuerpos que se desplomaban. Los hombres de las patrullas ni siquiera supieron lo que les ocurría, y no tuvieron tiempo de ponerse sus respiradores. Habían perdido la conciencia, y aquel sueño les proporcionaría el olvido.

—Quédense aquí —ordenó Gregori a sus hombres.

Y continuó solo, tanteando en la oscuridad, temiendo servir de blanco a algún soldado no adormecido por el gas. Por eso no encendió su foco. Se arrastró hasta la puerta de la esfera, donde sabía que su cuerpo perfilaría una silueta sobre el horizonte estelar, y esperó en tensión. Pero no se oyó ningún disparo. Volvió a aplicar la voz a través del fonóforo.

—¡Shangrin! ¡Oiga, Shangrin! ¡Escúcheme! Las estrellas seguían huyendo, trazando breves rasgos de luz, y él se sintió atrozmente solo.

—¡He vuelto, Shangrin!

Silencio. Una angustia indefinible atenazó el corazón de Gregori. Quiso imaginar lo que habría podido ocurrir entre el anciano y el Runi. Pero, desde aquel punto central de la nave, el Runi no podía escapar.

—¿Shangrin?

La puerta permanecía cerrada al final de la pasarela, y la recorría una corriente mortal. No era posible neutralizar aquel sector porque al mismo tiempo habría suprimido la alimentación energética de los cibernadores, y ello equivalía a una catástrofe inmediata.

—¡ Shangrin! —gritó.

Avanzó un paso y oyó entonces una especie de jadeo.

—¡ Espere! —contestó alguien—. ¡Déme todavía unos segundos!

Aunque no la reconoció en seguida, aquella voz sólo podía pertenecer al capitán. Parecía débil y ajada, deforme, como si hubiese surgido de una boca desdentada, expresando todo el cansancio de un millón de años consumidos recorriendo infinidad de mundos.

Comprendió la angustia que lo había destrozado: las drogas, esas drogas que incrementan la inteligencia pero que agotan el sistema nervioso, que disminuyen la cronaxia pero arruinan las células nerviosas devorando sus envolturas de mielina, fatales estimulantes que obligan a girar mil veces más rápidos los engranajes de la inteligencia, pero que acaban agarrotándolos.

—¿Qué hace, Shangrin? —aulló.

—¡ Sólo unos minutos, muy pocos! —jadeó la voz—. Casi he terminado.

—Jaque al rey —pronunció el mecanismo del Runi.

Gregori sintió un escalofrío en la nuca y sus músculos se contrajeron. Quiso llamar otra vez al capitán, pero aquello ya carecía de sentido, como tampoco serviría de nada lanzarse contra la puerta mortal para asaltar el puente tendido sobre las estrellas. Aguzó el oído y creyó percibir una especie de estertor, acompañado de un roce de piezas de madera sobre un tablero. Podían ser figuraciones suyas; quizá sólo fuera la música de aquellas estrellas imaginarias recorriendo sus trayectorias inimaginables.

—¡Jaque mate!

Era la voz del capitán, y el sonido de sus palabras fue como un eco de la antigua fanfarronería de Varun Shangrin, de su acerba ironía y de su talante altanero, aunque reducido todo a una caricatura espectral.

—¡ Shangrin! —llamó Gregori por enésima vez.

—¡Un momento ahora! —imploró el capitán.

Algunos sonidos metálicos brotaron del silencio, ruidos de resortes que alguien rompía o aflojaba. «Dijo que le pondría en libertad inmediatamente», recordó Gregori. «Pero, ¿cómo va a hacerlo? ¿Piensa abrirse paso hasta uno de los módulos exploradores del "Vasco", instalar en él al Runi y lanzarlo al espacio exterior?» Se preguntó lo que estarían pensando sus hombres, a quienes había dejado atrás, en la oscuridad. Él había ido solo, no para recoger la decisión de los dioses, sino para obligarles a ceder. Pero he aquí que se limitaba a esperar, siendo el único que sabía lo que esperaba, condenado a seguir siéndolo para siempre.

«Puedo arriesgar el todo por el todo», meditó. «Confiar en mi equipo aislante, arrojarme contra esa puerta e impedir que el Runi,..»

Avanzó por la estrecha pasarela hasta alcanzar la puerta, donde se detuvo unos segundos. Podía concederle aquel breve tiempo a Shangrin, tomar sobre sí la responsabilidad de otorgárselo. ¡Qué importaba! Si el capitán tardaba demasiado, aquélla sería su última vacilación.

—Ya puede pasar —pronunció la voz de Shangrin, muy lejana, muy débil y desoladoramente fatigada.

CAPITULO 16

Gregori apoyó las manos en la puerta, esperando la sacudida mortal que pondría fin a su vida, que le abrasaría en una fracción de segundo, sin darle siquiera tiempo a quejarse. Pero nada sucedió; la puerta era inofensiva.

La puerta cedió. Él cruzó la oscura cámara de navegación y luego el pasillo, procurando mantener el ritmo de su paso y vencer una debilidad repentina que empezaba a invadirle. Las luces se habían quemado cuando las paredes fueron puestas bajo tensión, y el perfil luminoso que vio en su visita anterior procedía del reducto donde se había refugiado Shangrin. Resultaba curioso avanzar a tientas por aquel lugar tan familiar, tan curioso como redescubrirlo tanteando con los pies y con la punta de los dedos, rozando en las tinieblas las paredes a cada lado.

El pasillo daba a una puerta. Gregori la empujó con el pie y abrió. Lo primero que distinguió bajo aquella luz deslumbrante fue el huevo del Runi. Estaba vacío. A su alrededor, había una maraña de hilos de oro y de cobre, toda la estructura compleja que había alimentado a aquel ser y le había permitido comunicarse con los hombres.

Aquello le recordó algo. Toda aquella trama de oro y de cobre, aquellos detectores sutiles, ¿no se parecían demasiado a un detector de mentiras? ¿Cómo no lo había pensado antes? ¡ El dispositivo traductor del Runi funcionaba además como un detector de mentiras, y el propio Runi lo habría sabido desde el principio!

Tal revelación iluminaba con inquietante claridad una serie de acontecimientos. Gregori forzó su memoria y hurgó más a fondo en sus recuerdos, para recordar determinadas circunstancias en que el sistema traductor pareció estropearse, en que el dispositivo entero vacilaba y tartamudeaba.

Le hirió como un rayo la sospecha de que el Runi mintiera sistemáticamente. De nada serviría ya averiguar en qué ocasiones habría ocultado la verdad el Runi, y no se veía con fuerzas para recordarlas una por una. De nada iba a servir, puesto que el Runi se había marchado. ¿Era posible que les hubiese mentido desde el primer momento? ¿Habría desempeñado acaso una comedia, jugando en solitario su partida personal y exclusiva, cuidadosa y diabólicamente planeada? Pero ya no estaba allí, y el secreto de su huida le pertenecía. ¿Se habría desvanecido en el espacio imaginario de las falsas estrellas? ¿O conocía quizá desde siempre los secretos que permitían a los enviados del futuro aparecer o esfumarse en un abrir y cerrar de ojos? Pero ya no tenía sentido plantearse problemas inútiles ni empeñarse en averiguar si había mentido o no, pues nadie podría preguntárselo nunca. Ni él mismo volvería a encontrar jamás a los suyos, ni tampoco podría regresar a su época.

Gregori meneó la cabeza. Casi tenía ganas de echarse a reír, pero con una risa fatigada, decepcionada y triste. El Runi había estado mintiendo y un hombre bueno, un gran hombre, un hombre como había habido pocos en la historia de Magallanes, llegó a la propia destrucción por haber depositado su confianza en aquel monstruo. Era una ironía tan amarga como definitiva. ¿Cabía quizás alguna pequeña posibilidad, algún lugar para la duda? ¿Tal vez el Runi no había hecho otra cosa sino obrar a su manera, sin perversidad, sino obedeciendo a su propia naturaleza, consistente en ser buen jugador de ajedrez y en saber mentir?

Pero así había sido el juego de los demás, lo mismo que la naturaleza contraria de Shangrin consistió en ser leal hasta más allá de la fidelidad. Gregori se volvió hacia el capitán, que parecía dormitar en su butaca, con la cabeza caída sobre el pecho. Pero que tenía abiertos los ojos.

Existía un mundo en donde los juegos tenían reglas respetadas, siempre obedecidas por los jugadores: era el mundo de Shangrin. Y había otro, un mundo real, donde las reglas no contaban: el Runi, Gregori, Smirno y todos los demás habitaban en él. Shangrin pudo pasar por loco porque ignoraba este reverso de su verdad, y era preciso que siguiera ignorándolo. Ahora, lo único importante para Gregori era conseguir que el capitán continuara en su desconocimiento de tan fea realidad.

Levantó con suavidad la cabeza de Shangrin. Vio que la barba aparecía lacia y que las arrugas impresas en aquel rostro eran tan profundas como si hubiesen pasado, en una sola noche, aquellos doscientos treinta millones de años que tan desesperadamente había tratado de ganar al juego aquel hombre. Sólo sus ojos seguían claros e infantiles, sin contener ni haber contenido nunca el menor vestigio de doblez: eran el fiel reflejo del alma de Shangrin.

El capitán movió los labios y un murmullo profundo brotó de sus pulmones. Todos sus músculos manifestaban una flaccidez y un cansancio abrumador. Y unas palabras afloraron a sus labios, tan quedamente que Gregori tuvo que inclinarse hasta casi tocar con el oído la boca del anciano.

—Le he engañado —susurró Shangrin—. He hecho trampa para ganar, y él no se ha dado cuenta.

Aunque aquellos ojos seguían sin perder su nitidez, Gregori observó con horror cómo las pupilas se alzaban poco á poco hasta quedar fijas en el techo. Varan Shangrin había muerto, y Gregori se echó a llorar.

Iban a regresar todos, salvando el gran abismo del tiempo.

Dejarían tras ellos a Shangrin, dueño absoluto de su navio, capaz de seguir navegando con él un millón o diez millones de años más, capaz de intentar por sus propios medios el tránsito de aquella sima de tiempo que él no pudo superar. Le dejarían tras ellos y todo sería justo e incruento, sin implicar olvidó ni ingratitud, condena ni venganza, sin rastro de aquellas pasiones humanas que le habían poseído y que él había dominado. Le dejarían tras ellos porque necesitaban emprender otra ruta y no podían llevar consigo a través del tiempo ningún muerto ni navio alguno. Y le dejarían enterrado en el sarcófago más vasto, más complejo y más costoso de la historia de Magallanes. Entre los recuerdos nebulosos del planeta legendario donde un día nació la especie humana, se registran ciertas leyendas relativas a reyes enterrados bajo pétreas montañas piramidales, o emperadores de los mares depositados por sus hombres, entre procesiones de antorchas, a bordo de naves funerarias cuyo purpúreo velamen era hinchado por fríos vientos y que derivaban por las penumbras septentrionales hasta alcanzar el país de los hielos eternos. Shangrin ocupaba un lugar en aquel augusto linaje...

Le cedían el reino del pasado porque el porvenir volvía a abrirse ante ellos, según les prometieran los enviados del futuro. Pues éstos habían vuelto, esta vez por partida doble y tan iguales entre sí, que se les creería gemelos a no ser por la rivalidad que latía en el fondo de su mutua relación. Pero aceptaron la versión que Gregori y Smirno les ofrecieron de los acontecimientos, encajando sin parpadear la desaparición del Runi. Eran en verdad unos jugadores consumados, hábiles en el disimulo de sus reacciones.

Admitieron la buena fe de los hombres de Magallanes y volvieron a ofrecerles, esta vez incondicionalmente, el regreso hacia el futuro. Intuyendo la satisfacción con que acogían la conformidad de Gregori, Smirno consideró que aquellos personajes seguían

temiendo que los turbulentos hombres de Magallanes pudieran trastornar todavía sus metódicos planes. Por ello pronunciaron las palabras e hicieron las cosas necesarias, indicando al «Vasco» una cita en cierto sector del espacio que correspondía a un planeta expresamente destinado por ellos a tal fin. Allí encontrarían, cobijados en inmensas criptas, los campos de estasis donde los siete mil ochocientos veintidós ocupantes del «Vasco» iban a iniciar el inmóvil presente de un sueño que duraría doscientos treinta millones de años, viviéndolo al margen del frenesí de las moléculas y de la danza íntima de la materia.

Durante tres días brotó del «Vasco» un continuo torrente de hombres. Lo deslizadores iban y venían, trasladando a su cargamento de viajeros del tiempo hasta las gigantescas criptas excavadas en las montañas. El planeta era pequeño y estaba situado en una zona del espacio casi vacía de estrellas. Su cielo permanecía oscuro durante las largas noches; llegado el día, el resplandor del lejano sol apenas lograba atravesar las nubes cargadas de cristales de hielo que flotaban en la alta atmósfera.

Smirno fue el último en abandonar la nave. Antes observó cómo Gregori y Norma se alejaban por la explanada rocosa, hacia el último deslizador. El segundo del «Vasco» y la joven caminaban en silencio. Entre ellos gravitaría durante un tiempo una especie de sombra, el recuerdo del desatino y la grandeza de Shangrin, hasta que los años y una razonable dicha extinguieran aquella inquietud. El xenólogo no se sentía muy seguro de ello, pues intuía en Gregori el temple de otro Shangrin: tarde o temprano, ciertos impulsos le inducirían a emprender fabulosos viajes para desafiar espacios y tiempos, o incluso a la misma ley, arrastrado por una necesidad imperiosa.

¿Cuál sería aquella necesidad que arrebataba a los hombres, alejándolos de sus mundos y de sus esposas, para lanzarlos a los abismos espaciales y temporales? ¿La conocerían acaso los amos del tiempo? Lo que ellos llamaban el final de la historia, ¿no correspondería a la desaparición de aquella necesidad? ¿Qué clase de universo sería para el hombre aquel en que todos los planetas llegaran a ser conocidos, y medidas todas las fatalidades?

Shangrin había buscado la respuesta a aquellas preguntas valiéndose del Runi y del juego, a través del implacable movimiento de las piezas sobre el tablero. Y a su modo la había encontrado. Así lo admitía Smirno, mientras veía elevarse al enorme y ahora desierto «Vasco», majestuoso como una gigantesca y silenciosa burbuja, menguando en el suelo su sombra esférica hasta perderse finalmente en los grises ámbitos del cielo. Shangrin había encontrado mientras él seguiría buscando, escrutando aún el cielo cuando ya ni rastro se vislumbraba del «Vasco». Ahora pensaba en aquel otro navio idéntico que los enviados del futuro les habían prometido y que habría de devolverles a Magallanes.

Creyó que la paz se adueñaría de él cuando viera abrirse ante sí las puertas del futuro, cuando volviese a acariciar el sueño de ser un xenólogo de los mundos centrales, uno de los elegidos que edificaban teorías y sondeaban los arcanos de la vida y de la inteligencia. Pero la paz no acudió, sino sólo la conciencia de que simplemente había acertado, y de que había vencido en su desquite contra el capitán. Había estado en lo cierto.

Pero la amargura no abandonaba su ánimo, y con ella la angustia. Ahora sabía que había envidiado a Shangrin, su poder, su audacia, su vitalidad. Había conseguido ganar, pero su victoria costó la pérdida de un gran hombre.

Montó en el deslizador y contempló la árida llanura que huía bajo sus pies, donde algunas matas de liqúenes aprovechaban las grietas de la roca para asegurar una precaria vida. Vio las montañas crecer ante ellos, como si brotasen lentamente del suelo. Por fin llegaron, y las grandes puertas de las criptas se cerraron silenciosamente a sus espaldas.

Entraron entonces bajo aquella inmensa bóveda, sumergida en un resplandor frío y azulado, en cuyas paredes se abrían millares de alvéolos: en cada uno de aquellos nichos

dormía un magalláneo. Si algún día los liqúenes evolucionaban hasta una forma de vida superior, algo que tratara de abrirse camino hacia la inteligencia, y si aquella vida descubría por casualidad el extraño lugar, sin duda creería hallar un infierno, o algún recinto sacro a donde se hubieran retirado los dioses para esperar en sueños un renacer del mundo.

Dirigiéndose a su nicho, Smirno vio que Gregori y Norma se separaban después de besarse. Entonces se dijo que todos debían cumplir en solitario aquel tránsito a través del tiempo, aunque estaba convencido de que serían miles los espectros que perturbarían su propio sueño. ¿Quién podía contemplar impunemente el velado rostro del futuro? Todos los hombres por nacer serían ahora sus semejantes, todos los hombres destinados a vivir hasta saturar el universo con su presencia futura. Y no sólo los hombres, sino todos los pueblos, incluidos los Runi. Los jugadores y las piezas necesarias para el juego. ¿Sería aquello lo que había vislumbrado Shangrin?

Smirno comprendió con amargura que todo venía a completar maravillosamente el cuadro. Lo mismo que la historia constituía un todo en su conjunto y relataba unos acontecimientos, los Runi y los humanos se complementaban también entre sí. Era probable que, sin los Runi, los humanos no hubieran alcanzado ni sombra de sus plenas posibilidades. Ellos habrían sido el supremo desafío que empujaba por el camino de la superación a las civilizaciones humanas.

Y hasta la misma guerra, tal vez como cabría concebirla en sus múltiples diversidades futuras, podría no ser necesariamente mortífera. Existen infinitas formas de guerra. La guerra podía ser puramente económica, cultural o social, o asumir quizá modalidades aún inimaginables. Todos sus aspectos coincidían en el punto común del odio, pero la misma agresividad podía significar también lo contrario. Y él, Smirno, jamás podría juzgar a los humanos ni a los Runi, pues era por naturaleza el ser eternamente extraño: un observador, un apatrida, un xenólogo.

De una sola cosa se sentía seguro. En los cientos de millones de años venideros, nadie volvería a plantearse en aquellos términos la cuestión de los Runi. El proferir semejantes enormidades sería para un humano un crimen peor que el homicidio.

Y era ese mismo crimen lo que, hasta cierto punto, él había reprochado a Shangrin. Venció al capitán, pero su victoria no le había aportado nada. Y ahora se sentía como un despojo que el oleaje del tiempo azotaría durante doscientos treinta millones de años.

Así meditaba Smirno mientras, sumergido en la luz azulada, iba invadiéndole la estasis para helar sus nervios durante una fracción de eternidad. Shangrin les había conducido hasta las puertas del futuro recobrado pero, por dudar de los dioses y atreverse a vislumbrar algo mucho más importante y trascendental, no pudo franquear el umbral de las eras. Sin embargo, bien hubiera sido víctima o juguete, o bien hubiera elegido deliberadamente su propio destino, pudo creer por un instante que concedía al Runi la ventaja de unas reglas de juego establecidas por él. Y había obrado en consecuencia, redimiéndose a través de su propia empresa.

Por lo menos en aquello, Shangrin había ganado.

Transcurrió el tiempo. Un dedo invisible empujó un peón sobre el tablero. Gregori se movió. Sus labios se despegaron y murmuró:

—¿Qué hora es?

En el universo sin límites, la humanidad había hecho su aparición.

THE END

ESCANEADO EL 8 DE OCTUBRE DE 2003 POR A.G.M.

CORREGIDO EL 9 DE OCTUBRE DE 2003 POR A.G.M.